ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

Misterio en la ruta del terror

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 39

ePub r1.0

Titivillus 29.03.2017

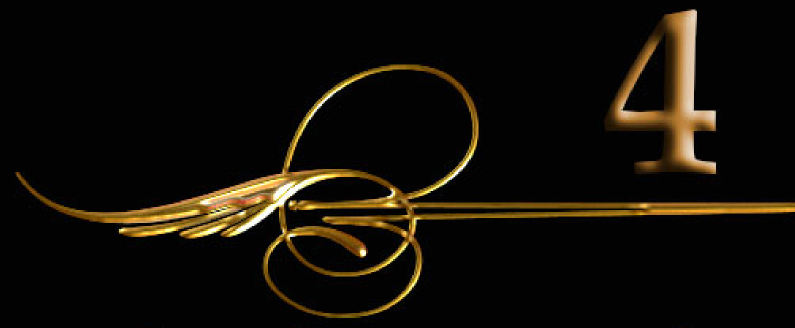
Título original: *The Mystery of the Trail of Terror*
M. V. Carey, 1984
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Más libros,
más libres



Aniversario

UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

Me es muy grato presentaros a los Tres Investigadores. Si ya conocéis a estos magníficos detectives pasad directamente al capítulo 1. De lo contrario, permitidme que yo les haga los honores.

Empezaremos por Júpiter Jones, el jefe del grupo. Es más inteligente que los muchachos de su edad y ha leído y recuerda más cosas que la mayoría de personas que conozco. Y también es capaz, con sólo unos pocos datos, de estudiarlos y llegar a las conclusiones más sorprendentes.

Pete Crenshaw es el más atlético de los Tres Investigadores y también es alegre, leal y campechano. Considera que Jupe algunas veces tiene unas ideas demasiado peligrosas, y tal vez no es el único que opina así.

Bob Andrews es tranquilo y menos temerario. Se encarga de los archivos e investigaciones. Eso no significa que permanezca sentado mientras los demás llevan a cabo las hazañas más arriesgadas. Bob es tan valiente como sus colegas.

En cuanto a mí, soy un detective retirado que ahora se dedica a escribir novelas de misterio. Conocí a los Tres Investigadores a través de un mendigo con una cicatriz en la cara, pero eso es otra historia. Baste decir que les envío todos los misterios que surgen en mi camino y que presento sus casos. Este misterio lo encontraron ellos solos. En él, los Tres Investigadores dejan su casa de Rocky Beach, en California, para emprender un viaje de vacaciones a través de Estados Unidos. Las vacaciones se convierten en una huida constante al ser perseguidos por una amenaza imprevisible que siempre permanece fuera de su alcance y les llena de terror.

¿Sentís curiosidad? ¿Y quién no? ¡Entonces pasad al capítulo 1 y comenzad la aventura!

CAPÍTULO 1
UNA CALAMIDAD ANDANTE

La puerta de la cocina se abrió de par en par y luego se cerró de golpe. La señora Crenshaw acababa de entrar hecha una furia con los labios apretados y las mejillas sonrojadas.

—¡Le mataré! —anunció—. ¡Ese viejo pillastre es una calamidad andante! ¡Le pegaré un tiro y ningún juez me condenará jamás!

Miró a su hijo Pete y a los amigos de éste: Júpiter Jones y Bob Andrews.

—¡Las ha dejado empapadas! —continuó la señora Crenshaw—. ¡A todas las damas de la Sociedad Femenina… completamente empapadas! Encontré a la señora Harrison en el mercado y me lo dijo.

—¡Oh! —exclamó Pete—. ¡Otra vez el abuelo!

—¿Quién sino podía ser? —preguntó su madre—. ¿Sabéis lo que ha hecho esta vez? Siguiendo los impulsos de su corazón generoso ha regalado un nuevo sistema de extintor automático contra incendios para la sala de reuniones de la iglesia. Lo equipó con un dispositivo ultrasensible que se activa mediante el humo. Un invento suyo, naturalmente. ¡Ayer las señoras celebraban un desfile de modelos y el pastor tuvo el descuido en aquel justo momento de encender un cigarrillo!

Pete procuraba no reír, pero no podía evitarlo.

—¡No es divertido! —protestó la señora Crenshaw. Pero luego se relajó y sus labios se entreabrieron con una sonrisa. Los muchachos se echaron a reír y pronto todos, la señora Crenshaw inclusive, se desternillaron de risa.

—Me figuro que fue una extraña forma de mantener la

atmósfera limpia —admitió la señora Crenshaw, riendo.

Se sentó a la mesa de la cocina, secándose los ojos, y los muchachos permanecieron donde estaban apoyados en las encimeras y comiendo galletas.

—Incluso antes de retirarse, mi padre no ha sido nunca como las demás personas —dijo la madre de Pete—. Una vez construyó una casa con un tejado que se doblaba hacia atrás como un automóvil descapotable. ¡Una locura! Nadie quería vivir en ella. ¡Tenía goteras!

—El señor Peck tiene algunas ideas originales —dijo Jupe con tacto.

La señora Crenshaw hizo una mueca.

—El desfile de modelos de ayer debió resultar de lo más original.

—Vamos, mamá, el abuelo las indemnizará, ¿no? —dijo Pete—. Siempre lo hace.

—Por eso nunca fuimos ricos —dijo su madre—. Algún día dará con sus huesos en la cárcel por culpa de sus locos inventos. No todo se puede arreglar con dinero.

Eso era cierto. Pocos días antes, unos hombres del Departamento de Parques y Jardines de Rocky Beach intentaron arrancar un olmo enfermo que crecía delante de la casa del señor Peck. El anciano, resuelto a defender su árbol, salió disparado con un palo de béisbol y obligó a los tres hombres a volver a su camión. Dos ayudantes del comisario Reynolds trataron de hacer entrar en razón al señor Peck. Al fracasar, tuvieron que llevárselo esposado a la cárcel. Los cargos fueron reducidos afortunadamente de asalto a mano armada a conducta desordenada. El señor Peck sólo pagó una multa y escuchó un buen sermón. Los tres hombres no se atrevieron a volver para quitar el árbol que permaneció como un monumento al valor y a la voluntad inquebrantable del señor Peck.

—Y ahora quiere ir a Nueva York —dijo la señora Crenshaw.

Pete estaba asombrado.

—¿A vivir? —preguntó—. ¿No se marchará de verdad, eh?

—No. Ha inventado algo tan importante, que ni siquiera quiere hablar de ello. Está decidido a ir a Nueva York para presentarlo a las personas adecuadas, que por lo visto están allí. Tu abuelo dice que no puede hacerlo por teléfono ni tampoco por correo; que tiene

que ir personalmente.

—Está bien —dijo Pete—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Supongamos que esas personas no quieran recibirle. Supongamos que le dicen que vuelva a casa y les escriba una carta. ¡Entrará por la fuerza!

—Mamá, exageras.

—No exagero. Conozco a mi padre. No admite un no como respuesta. Y si a esa gente que quiere ver no les gusta su idea perderá los estribos y les tachará de imbéciles.

—La verdad mamá…

—¡Creedme, le conozco! —insistió la señora Crenshaw—. Les amenazará y ellos llamarán a los guardias. Será igual que aquella vez que mejoró tanto el calentador de agua solar que en realidad no calentaba el agua sino que la hacía hervir. O cuando inventó el nuevo humedecedor de ambiente…

—¡Eso funcionó! —exclamó Pete.

—Ya lo creo. Sólo que alguien lo había inventado antes que papá, y él juró que le habían robado el invento. ¡Si podéis explicarme por favor, cómo un tipo que vive en Duduque, Iowa, puede robar una idea a otro que vive en Rocky Beach, California, os lo agradeceré de veras!

Pete guardaba silencio.

Júpiter y Bob intercambiaron una mirada divertida.

—Aparte de que papá vaya a Nueva York, es casi seguro de que tendrá problemas durante el viaje —prosiguió la madre de Pete.

—Mamá, el abuelo ya ha ido en avión otras veces. Le acompañaremos al aeropuerto y…

—Piensa ir en coche —replicó la señora Crenshaw—. Todo el camino conduciendo. Atravesando todo el país. Quiere ir por Montana. Dice que nunca ha visto Montana ni tampoco ha estado nunca en Oregón ni Washington, y que no quiere perderse nada. Dice que las mejores ideas creativas se le ocurren cuando conduce. Tal vez eso explique por qué le ponen tantas multas por exceso de velocidad.

Pete sonrió.

—Mamá, si estás tan preocupada, ¿por qué no vas tú con el abuelo? Papá y yo ya nos las arreglaremos, y el viaje será divertido…

—No sería nada divertido —declaró la señora Crenshaw—. Por lo menos para mí si voy con papá. Ya sabes que no podemos estar juntos ni diez segundos sin pelearnos. Si crees que atravesar todo el país en su compañía habría de resultar tan agradable, ¿por qué no vas tú?

Pete abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¡Caramba, sería fantástico!

—¿Serías capaz de ir? —le desafió su madre—. ¿Evitarías que se metiera en líos? ¿Vigilarías para que no le arrestasen y para que no atacase a nadie?

—Eh, mamá, seguro. Quiero decir que haría cuanto estuviese en mi mano para evitarlo, pero…

—Pero no crees que puedas conseguirlo, ¿no? —dijo su madre —. Está bien. Siempre ha sido…

De pronto se interrumpió para mirar a Júpiter que se disponía a engullir una galleta de chocolate con toda parsimonia. Pero aunque su boca estaba activa, sus ojos tenían una mirada lejana, como si estuviera soñando. Era una mirada que no engañaba a la señora Crenshaw. Jupe, como le llamaban sus amigos, era el jefe de los Tres Investigadores. La señora Crenshaw sabía que Jupe era capaz de prestar gran atención a todo lo que sucedía a su alrededor y, sin embargo, parecer soñoliento y distraído. No ignoraba, además, que Jupe poseía una memoria casi perfecta. De preguntárselo, probablemente hubiera repetido la conversación que acababa de sostener, palabra por palabra.

Algunas veces Jupe la intimidaba. ¡Estaba tan seguro de sí mismo! No parecía natural en nadie tan joven. Pero ahora Jupe le pareció la respuesta a sus plegarias.

—Me gustaría contratar a los Tres Investigadores —dijo la señora Crenshaw de pronto.

«Los Tres Investigadores» era una agencia de jóvenes detectives que habían formado los tres muchachos. Sus padres pensaban que era poco más que un club, pero en realidad habían resuelto algunos misterios importantes.

—Aquí tenéis un caso para vuestra sociedad de detectives aficionados —continuó la señora Crenshaw—. Conseguid que mi padre llegue sano y salvo a Nueva York, y yo os recompensaré.

Júpiter sonrió.

—No es un caso como los que nos encargan normalmente —indicó—. Nosotros somos detectives, no guardaespaldas.

—Podrías considerarlo como una experiencia valiosa —dijo la señora Crenshaw—. No querréis hacer siempre lo mismo, ¿verdad? Os quedaríais anticuados.

Jupe miró a Bob y vio una lucecita en sus ojos.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Bob.

—Es un buen reto, supongo —admitió Jupe.

—No sabes hasta qué punto —exclamó Pete—. El abuelo es increíble cuando está en pie de guerra.

—Y lo estará —pronosticó su madre—. Está convencido de que las personas creativas como él son tratadas a menudo con desprecio, y eso le duele profundamente. Por eso, si conseguís que no ataque a nadie ni haga daño a la gente que se cruce en su camino, os lo agradeceré eternamente.

Sonó el teléfono.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señora Crenshaw—. La verdad es que no tengo ganas de contestar.

—Yo iré, mamá —dijo Pete.

Los demás le oyeron decir: «¿Diga?», y luego: «¿Está usted seguro?». Escuchó unos instantes más y prosiguió: «Espere un momento. Se lo diré a mi madre».

Se volvió hacia ella.

—Es el señor Castro, el amigo del abuelo que vive enfrente de su casa. Tenía que jugar al ajedrez hoy con él, pero cuando llegó no había nadie en la casa. Dice que la puerta de atrás está abierta y el grifo del fregadero también. Cree que deberíamos avisar a la policía.

—¿La policía? —exclamó la señora Crenshaw—. ¡Qué bobada! Papá habrá salido a hacer algún recado. No tardará en volver.

—Mamá, su coche está aparcado delante de la casa, pero él no está. ¿Y tú crees que se habría marchado, dejando la puerta y un grifo abiertos?

—Oh, cielos. De acuerdo. Iré a ver.

Fue entonces cuando Júpiter intervino.

—Iremos nosotros en su lugar, señora —se ofreció—. Usted quería contratar a los Tres Investigadores y ahora ya tenemos algo que investigar. Usted espere aquí. La llamaremos desde la casa del

señor Peck.

Los tres muchachos se dirigieron apresuradamente hacia la puerta, preguntándose en qué lío se habría metido el abuelo de Pete esta vez.

CAPÍTULO 2
ENCUENTRO CON EL ENEMIGO

El señor Castro paseaba de un lado a otro por delante de la casa del señor Peck cuando los Tres Investigadores llegaron allí en sus bicicletas. Era un hombre enjuto y nervioso, con un mechón de cabellos grises cayéndole sobre la frente y un rostro moreno y arrugado, que en aquel radiante día de primavera estaba terriblemente agitado.

—Tu abuelo no hubiera hecho una cosa así —le dijo a Pete—. Íbamos a jugar al ajedrez y no se hubiese perdido esta partida por nada del mundo. La última vez que jugamos perdió y está deseando la revancha. A tu abuelo no le gusta perder.

—Eso seguro —convino Pete.

Los muchachos entraron por la puerta principal que estaba abierta. El señor Castro fue tras ellos lleno de aprensión.

—Sé que le ha ocurrido algo terrible —dijo—. Tu abuelo no se hubiera marchado nunca dejando el grifo del agua abierto y la puerta de atrás de par en par.

Los Tres Investigadores fueron hasta la cocina y se quedaron mirando el fregadero como si pudiera decirles algo.

—Se disponía a hervir agua —observó Júpiter—. Mirad, la tetera está encima del mármol con la tapadera quitada. Estoy seguro de que mientras permanecía ante el fregadero miró a través de la ventana que hay encima y vio… algo.

Jupe miró al exterior a través de la ventana y se preguntó qué habría visto el abuelo de Pete. Él podía ver desde allí una franja de césped y el seto cuidadosamente recortado que separaba el jardín del señor Peck de la propiedad colindante. Más allá del seto había

un patio descuidado y lleno de hierbajos. La casa de al lado era un edificio destartalado donde la pintura se caía de los marcos de las ventanas y en el tejado faltaban varias tejas.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Jupe al señor Castro.

Fue Pete quien contestó.

—Un tipo llamado Snabel, pero el abuelo no puede estar ahí. Snabel y él se odian. Hay una batalla cada vez que se encuentran.

—Es posible —replicó Júpiter—, pero alguien ha pasado a través de ese seto muy recientemente. ¿Veis esas ramitas rotas? La madera debajo de la corteza todavía está tierna, lo cual significa que se rompieron hace muy poco.

Los muchachos atravesaron el patio hasta el seto.

—Es lo bastante bajo como para que el señor Peck haya pasado por encima —dijo Júpiter—. Y, al hacerlo, pudo romper estas ramas accidentalmente.

El señor Castro lanzó un gemido.

—La última vez que Ben Peck entró en el patio de Ed Snabel, éste le amenazó con pegarle un tiró. La señora Milford, del otro lado de la calle, avisó a la policía y Ben y Snabel hicieron sus denuncias. Ben dijo que Snabel le había quitado su segadora de césped, y Snabel que Ben había intentado descerrajar su garaje. Al fin los dos retiraron su denuncia, pero las cosas se pusieron bastante feas.

—Entonces considero prudente convencer al señor Peck de que abandone la propiedad del señor Snabel —dijo Jupe—. En el supuesto, claro está, de que sea ahí donde esté… y yo creo que sí.

Jupe pasó por encima del seto, rompiendo algunas ramitas más, y Pete y Bob le siguieron. El señor Castro vacilaba, pero al fin pasó él también y los cuatro se dispusieron a dar la vuelta a la casa destartalada.

No tuvieron necesidad de ir muy lejos. Detrás de la casa estaba el garaje y más allá un pequeño recinto de madera y cristal… un invernadero. Su estado no era de abandono como la casa grande. El armazón de madera estaba recién pintado de blanco y los paneles de cristal de las paredes y el tejado parecían limpios, aunque estaban velados por la niebla.

De pronto, del otro extremo del invernadero les llegó una alegre y maliciosa cancioncilla:

¡Corre todo lo que puedas maldito Snabel, o te daré en las posaderas!

—¡Oh, Dios nos valga! —exclamó Pete—. ¿Abuelo?

—¿Qué?

El señor Bennington Peck se asomó por la esquina del invernadero. Era un hombre esbelto y anguloso, notablemente derecho y erguido para sus años. El señor Peck enrojeció y sus ojos azules brillaron.

—¡Pete, muchacho! ¡Júpiter! ¡Bob! Venid a ver lo que he encontrado. Oh, Castro, le ruego que me perdone. Teníamos una cita, ¿no? Lo siento. Me temo que le he hecho esperar.

—Durante un buen rato —replicó el señor Castro—. Yo quería avisar a la policía, pero su familia lo consideró prematuro. Peck, ¿qué diablos está haciendo?

—Intentando abrir la puerta de este invernadero —repuso el señor Peck, y lo demostró hurgando en la cerradura con un cortaplumas.

—¡Ed Snabel le hará detener! —le advirtió Castro.

—¡Abuelo, nos has asustado! —le dijo Pete.

El señor Peck pareció arrepentido.

—Oh, lo siento, Pete. No era mi intención. Sólo quería acercarme al cristal y mirar al interior. ¡Mira que hay ahí!

—Abuelo, el señor Snabel te denunciará por allanamiento de morada.

—¡Tonterías! ¡No he roto nada! Sencillamente intento abrir esta puerta para recuperar lo que es mío. ¿Ves esa lata? ¡Insecticida! El mismo que compré en Harper la semana pasada. ¡Cuando fui a rociar mi olmo chino, el insecticida había desaparecido! Y ésta es la lata que creía haber perdido. Tiene una mella en el asa. De modo que Snabel no sólo roba mi segadora de césped, sino que también se apodera de mis latas de insecticida. Y me espía. ¿Para qué quiere una segadora si nunca corta su césped que yo sepa? Lo hace sólo para fastidiarme. ¡Apuesto a que cuando lleva sus orquídeas por los clubes y les dice a los otros chiflados por las orquídeas lo fantástico que es, no les dice que es también lo bastante mezquino como para no comprar sus propios insecticidas!

El señor Peck introdujo con fuerza su cortaplumas en la cerradura del invernadero, pero ésta no cedió.

—Abuelo, no puedes tener la certeza de que esas cosas sean tuyas —dijo Pete.

—¡Yo conozco mis cosas cuando las veo! —insistió el señor Peck —. Me desapareció el insecticida. Vi las ramitas rotas en mi seto… Aún no soy tan viejo como para no saber atar cabos, ¿sabes?

En aquel preciso momento oyeron detenerse un automóvil en la entrada de la casa de Snabel, y un hombre rechoncho y de cabellos oscuros apareció en la esquina del garaje. Tenía los ojos hundidos bajo las pobladas cejas y fruncía el entrecejo con fiereza.

—¡Ed Snabel, ya ha vuelto a entrar en mi cobertizo! —le acusó el señor Peck—. ¡Abra este invernadero y devuélvame mi segadora y mi insecticida!

—Es usted un viejo tonto y entrometido —replicó Snabel—. Deberían encerrarlo. ¡Ahora salga de mi propiedad o llamo a la policía! ¡Esta vez no retiraré los cargos!

El señor Peck dobló su cortaplumas. Y con él cerrado lo agitó ante el rostro de Snabel.

—Por una vez dejaré que se salga con la suya —dijo, dándose importancia—, pero si vuelvo a sorprenderle husmeando por mi patio, yo mismo me encargaré de usted. ¡Y al diablo la policía!

—¡Abuelo, por favor! —le suplicó Pete.

—¡No me molestes, muchacho! —exclamó el señor Peck—. ¡No soporto que me molesten, ni siquiera los de mi propia sangre!

Y el señor Peck se alejó del invernadero. Los Tres Investigadores le siguieron por el patio en tanto el señor Castro cerraba la marcha muy aliviado.

—Algunas veces aborrezco tener que venir aquí —gimió Castro —. Es como entrar en zona de guerra.

—¡Ese ladrón! —dijo el señor Peck al pasar de nuevo por encima del seto para dirigirse a su casa—. Deberíamos tener una asociación de vecinos como en esas casas de apartamentos. Entonces podríamos votar quién puede comprar una propiedad y quién no.

—Supongo que eso sería anticonstitucional —dijo el señor Castro—. ¡Además, podrían votar contra usted!

—¡No sea ridículo! —exclamó el señor Peck—. Y ojalá dejara de perder el tiempo, Castro. ¿Quiere que juguemos al ajedrez o no?

El señor Castro emitió un sonido parecido al de una olla hirviendo, pero siguió al señor Peck al interior de la casa. El señor

Peck puso al fin le tetera al fuego. Luego fue con el señor Castro a la sala de estar donde ya estaba dispuesto el tablero de ajedrez.

Había un teléfono en la encimera de la cocina. Pete lo cogió y marcó el número de su casa. Deseaba decirle a su madre que todo iba bien, por lo menos de momento.

—¿Tú crees que lograremos apartarle de los conflictos si vamos con él de viaje? —le dijo Pete a Jupe en voz baja.

Jupe no parecía muy seguro, pero al fin se animó y respondió sonriente:

—No será fácil, pero desde luego no será aburrido.

Júpiter aceptó el caso. No podía adivinar que los Tres Investigadores estaban a punto de emprender la aventura más loca de sus vidas.

CAPÍTULO 3
EMPIEZA LA AVENTURA

La semana siguiente al escándalo de los accesorios de jardinería, la señora Crenshaw invitó a su padre a comer. Le sirvió todos sus platos preferidos, incluyendo un pastel de chocolate súperrico recubierto de crema. Cuando el señor Peck y los tres Crenshaw hubieron comido, la señora Crenshaw sirvió el café, y luego sugirió, como un comentario casual, que un viaje de costa a costa les resultaría muy educativo a Pete y sus amigos, y que estaba casi segura de poder conseguir unas vacaciones anticipadas en la escuela, si el señor Peck quería llevarles con él cuando se fuera a Nueva York.

El señor Peck parecía confundido.

—Vamos, papá —dijo la señora Crenshaw—. ¿Te acuerdas del viaje que hicimos cuando yo tenía diez años? Mamá, tú y yo fuimos a las cuevas de Carlsbad, ¿recuerdas? ¡Fue maravilloso! Jamás lo olvidaré. ¡Y significaría tanto para Pete si pudiera acompañarte! Y si Jupe y Bob van también, Pete no sería un estorbo. No tendrías que preocuparte de los chicos. Son muy responsables.

El señor Peck removió su café y miró a su hija a los ojos. La madre de Pete conocía aquella mirada; con ella le daba a entender que podía leer sus pensamientos.

La señora Crenshaw se sintió enrojecer y empezó a doblar su servilleta haciendo pequeños pliegues con gesto nervioso.

—Tú crees que necesito niñera —dijo el señor Peck—. Sí, los chicos son muy responsables, me cuidarán bien.

—Papá, no es eso. Pero ya que vas a ir tan lejos, y los muchachos no tienen oportunidad de… bueno, me parecería una

lástima…

—¿Desperdiciar gasolina? —dijo el señor Peck.

Se volvió al señor Crenshaw que, muy prudente, no había dicho nada. No le gustaba discutir con su suegro. Y no es porque perdiese siempre cuando no estaba de acuerdo con él, sino porque ninguno de los dos salía ganando. Las discusiones nunca terminaban en treguas pacíficas, sino en empates. Y siempre quedaba la promesa de una nueva batalla que librar al día siguiente.

Pero el señor Crenshaw no pudo evitar esta discusión.

—¿Tú también crees que necesito niñera? —preguntó el señor Peck a su yerno.

El señor Crenshaw tomó aliento y se dispuso a ser sincero con el anciano.

—La mayor parte del tiempo, no —le dijo—. Pero si tengo que dejarlo todo y volar a Indiana o Idaho, pues bien, yo solo…

—¿Quién dice que vas a tener que ir volando a Indiana o Idaho? —exclamó el señor Peck—. ¿Por qué motivo? Para sacarme de la cárcel, supongo. Por el modo de hablar de vosotros dos cualquiera diría que he ido a parar a la cárcel cada sábado por la noche durante los últimos cuarenta años. Permitidme que os recuerde que he sido arrestado, realmente arrestado, una sola vez, y fue por no permitir que esos ignorantes del Departamento de Parques y Jardines destrozaran mi árbol. Desde entonces, actuáis como si estuviera loco, o fuese un criminal, o algo peor. Bien, os diré lo que pienso…

Se detuvo para mirar a Pete que había permanecido callado sin atreverse apenas, a respirar.

—¡Yo creo que es una gran idea que los muchachos vengan conmigo! —anunció el señor Peck—. Es un viaje largo; me gustará tener a alguien con quien hablar. Los muchachos son mejores que esos viejos como Castro o Harry Jacobson. Castro lleva siempre una maleta especial para sus medicinas cuando viaja. Y Jacobson se retiró del negocio de seguros, pero ahora no sabe hablar más que de pólizas. ¡Bah! De modo que si Pete y sus amigos pueden obtener permiso de sus familias y sus colegios, será estupendo. En realidad, puesto que sólo quedan dos semanas para que cierren los colegios, retrasaré mi viaje hasta entonces. Si salimos a primeros de junio podremos atravesar las grandes llanuras antes de que el calor

apriete de firme, y tal vez regresemos a través del Canadá. ¿Te gustaría, Pete?

Pete pegó un brinco.

—¡Uau! —exclamó—. ¡Ya lo creo!

Y corrió al teléfono para llamar a Bob y Júpiter.

A Bob no le costó mucho convencer a sus padres para que le dejasen ir. Tenían una gran confianza en la madurez de los Tres Investigadores, sobre todo en Júpiter, y pensaron que sería una magnífica oportunidad para que Bob conociera el país. Durante los días siguientes Bob consiguió la baja temporal en la Biblioteca de Rocky Beach, donde trabajaba.

Jupe era huérfano y vivía con su tía Matilda y su tío Titus Jones, propietarios de la chatarrería el Patio Salvaje. Tía Matilda y tío Titus dudaron un poco antes de dar su consentimiento. Pero Júpiter les hizo ver que atravesar el continente, no una vez, sino dos, sería la aventura de su vida.

—Las grandes experiencias forman el carácter —dijo Júpiter con aire pomposo—, y ésta será una gran experiencia.

—Tu carácter ya está bastante formado —replicó tía Matilda. Sin embargo, subió a la buhardilla, bajó su saco de dormir y lo extendió sobre el césped para que se ventilara.

Júpiter la seguía como una sombra.

—¿Eso significa que puedo ir? —dijo.

—Me pregunto que tal tiempo hará en junio en Minnesota —repuso tía Matilda.

—¡Maravilloso! —exclamó tío Titus. El rostro de Júpiter se iluminó.

—Prometo terminar el inventario de la chatarrería antes de marcharme —declaró.

—Ojalá pudiera ir contigo —dijo tío Titus pesaroso. En su juventud había tocado un órgano a vapor en el circo, y algunas veces añoraba la excitación de la vida circense y los viajes a través del país.

—Alguien tiene que quedarse en casa y atender el negocio —dijo tía Matilda con una sonrisa.

Júpiter trabajó durante las frescas y largas tardes primaverales para terminar el inventario.

El tiempo transcurría y al fin llegó el último día de colegio.

Luego los muchachos se dedicaron frenéticamente a hacer el equipaje y a las despedidas. Una mañana de junio con niebla, el señor Crenshaw depositó a los muchachos y su equipaje en el césped del señor Peck. Los muchachos no llevaban sacos de dormir: el abuelo de Pete se había negado, rotundamente y había puesto el veto a su proposición de ir de acampada.

—Soy demasiado viejo para jugar a los *boy scout* —declaró el señor Peck—. Esta puede ser mi última gran aventura en mi ocaso y tengo intención de vivirla con estilo. Nos hospedaremos en hoteles y moteles para estar más cómodos.

Al fin los muchachos y el equipaje quedaron instalados en el antiguo, pero resistente «Buick» del abuelo, y partieron. Pete se volvió para decir adiós a su padre antes de doblar la esquina; lo mismo hizo Jupe. Los dos muchachos vieron una figura rechoncha que salía sigilosamente del lado de la casa del abuelo y permanecía semiescondida entre los arbustos, observando la partida.

Era Edgar Snabel.

—¿Conque no pierde el tiempo husmeando por la casa del abuelo, eh? —murmuró Pete.

—¿Qué has dicho, Pete? —gritó su abuelo.

—Nada, abuelo —se apresuró a responder Pete—. Me preguntaba si podríamos parar a comer algo en aquel sitio tan estupendo de Santa Bárbara. Ya sabes, el que tiene las mesas al aire libre.

—Has acertado —replicó el señor Peck—. Ya tengo apetito. Es curioso lo poco que dura el desayuno cuando uno se levanta temprano. ¿O no he desayunado esta mañana? No me acuerdo.

El señor Peck se dirigió muy animado hacia la autopista de la Costa del Pacífico, y Júpiter sonrió. El reto había sido aceptado. Puede que el viaje fuese tranquilo al fin y al cabo.

Pero en el fondo de su corazón, Jupe no lo creía.



CAPÍTULO 4
UN HOMBRE ENTRE LA NIEBLA

El segundo desayuno en Santa Bárbara fue una fiesta. Los Tres Investigadores y el señor Peck comieron en el patio de un edificio erigido en los tiempos en que California era una colonia española. Había salido el sol y disipado la niebla. El aire era nítido y fresco.

—¡Maravilloso! —exclamó el señor Peck—. Todavía será mejor. ¡Ya lo veréis!

Continuaron hacia el norte, algunas veces siguiendo la playa y los escollos, y otras encaramándose hasta lo alto de los acantilados que dominaban el océano. A unos pocos kilómetros de Gaviota entraron en un túnel. Al salir por el otro lado estaban en un país distinto. Vieron ganado en vez de olas. Los pastos estaban verdes después de las lluvias invernales y las plantas de mostaza estaban en flor, salpicando el verde de amarillo. Aquí y allá unas cuantas cabras triscaban por las lomas y los potros corrían por los prados.

A primera hora de la tarde volvieron a ver el mar.

—¡Playa Pismo! —exclamó el señor Peck—. Cuando yo era joven, Pete, antes de que naciera tu madre, solíamos tu abuela y yo venir a Pismo los fines de semana a buscar almejas. Hace años que no lo he hecho. Ahora las almejas no me parecen tan apetecibles, pero todavía me divertiría conducir por la playa.

—¿Quiere usted decir conducir el coche por la arena? —preguntó Bob—. ¿Se puede hacer eso?

—En Pismo, sí —contestó el señor Peck—. Veamos si sé encontrar el lugar.

Se salió de la autopista y dio vueltas por caminos sin salida, hasta que al fin encontró uno que iba desde el final de una calle

hasta la arena compacta que bordeaba el océano.

—¿No nos atascaremos? —preguntó Pete, que tenía tendencia a echar por tierra las grandes ideas de su abuelo—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —repuso el señor Peck—. Mirad allí.

Señaló hacia un «Volkswagen» que corría por la playa junto a la línea del mar. De vez en cuando una ola rompía más cerca de la playa y el coche pasaba sobre el agua, lanzando rociadas de espuma.

—¡Fantástico! —exclamó Pete—. ¿Pero acaso los «Volkswagen» no están hechos a prueba de agua? Suponte que el «Buick» se atasca.

—Te preocupas demasiado —replicó su abuelo.

Pete suspiró. Cierto que se preocupaba, pero con un señor Peck en la familia, ¿cómo evitarlo?

El «Buick» descendió hasta la playa y se deslizó suavemente sobre la arena. Volvía a caer la niebla.

—Por alguna razón, aquí tienen mucha niebla —comentó el señor Peck. Detuvo el coche, puso el freno de mano y se volvió hacia los muchachos—: Necesito estirar las piernas. ¿Alguien quiere dar un paseo?

—¡Ya lo creo! —exclamó Pete.

Las cuatro puertas se abrieron a un tiempo. Los muchachos se apearon, el señor Peck cerró el coche y echaron a andar por la playa. A los pocos minutos habían pasado ya el pueblo de Pismo: un grupo de edificios muy juntos sobre un muro de contención. Más allá del pueblo los acantilados estaban repletos de hoteles.

La bruma, ahora más próxima, les rodeaba lentamente, borrando de su vista la playa que se extendía ante ellos. El aire tenía la calma encantada que suele acompañar a la niebla. Los muchachos sabían que la autopista estaba más allá de los hoteles del acantilado, pero no se oía el menor ruido de tráfico.

La playa estaba casi desierta. Una figura solitaria avanzaba hacia ellos, caminando muy deprisa. De pronto la niebla se hizo más densa y el caminante solitario desapareció. Quedaron envueltos en una fría nube gris.

Jupe sintió la inquietante sensación de que algo peligroso se ocultaba entre la bruma, algo que podría apoderarse de ellos y llevarles a alguna parte, y que apagaría sus gritos de auxilio.

Se estremeció. Sabía que no era nada. Allí no había ninguna amenaza, sólo la niebla inocente que ocultaba el sol, haciendo que la playa pareciese húmeda e inhóspita.

—¿No hemos ido ya bastante lejos, señor Peck? —dijo Bob.

Iba delante de Jupe, apresurándose ligeramente para seguir el paso de Pete que era más alto y más atlético. Bob miró hacia su derecha donde supuso debería estar el señor Peck, pero ahora no se le veía por ninguna parte.

Pete se detuvo.

—¡Eh, abuelo! —gritó—. ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

—¿Señor Peck? —llamó Jupe confiado.

Aguardaron unos segundos, y luego Jupe dijo que no había por qué preocuparse. Jupe habló en su tono más confiado, pero sentía una creciente inquietud incluso cuando intentaba tranquilizar a Pete. ¿Dónde estaba el señor Peck? No podía desaparecer así entre la niebla. ¿O tal vez sí?

—Permanezcamos juntos, ¿eh? —dijo Pete que no era más que una silueta al lado de Bob, y le tocó en el hombro como si temiera que fuese a desvanecerse entre la bruma.

—¿Señor Peck? —insistió Bob.

—Abuelo, ¿dónde estás? —el tono de Pete era suplicante.

—¡Callaos! —dijo aquella voz gruñona y familiar.

Una repentina ráfaga de viento despejó la niebla por un momento y los Tres Investigadores vieron al señor Peck acurrucado junto a una roca al pie del acantilado en actitud tensa y vigilante.

—¿Qué ocurre, abuelo? —susurró Pete.

El anciano le hizo señas para que guardara silencio.

—¡Aja! ¡Lo que pensaba! —gruñó al fin el señor Peck; parecía muy enfadado.

El paseante solitario que vieran antes los muchachos, ahora estaba más cerca, muy cerca en realidad. Avanzaba cautelosamente, andando a tientas entre la niebla y tropezando.

—¡Tunante! —exclamó el señor Peck, y saliendo de detrás de la roca se abalanzó sobre el desconocido.

El hombre se echó hacia atrás, exhalando un grito ahogado.

—¿Cómo se atreve? —gritaba el señor Peck, sujetando al hombre por la pechera de la camisa—. ¿Cómo se ha atrevido a

seguirme hasta aquí?

—¡Tenga cuidado, maniático! —gritó el desconocido.

—¡Oh, cielos! —profirió Pete.

—¡Peck, viejo loco! —gritaba el hombre—. ¡O me suelta o le retuerzo su flaco pescuezo!

La voz era terriblemente familiar. Era Ed Snabel, el odiado vecino del señor Peck. El abuelo de Pete no soltó a su enemigo. En vez de eso le zarandeó.

—¡Hipócrita! ¡Entrometido! —rugía—. ¡Ya sé lo que anda buscando! ¡Descubrió mi último invento! ¿No es cierto? ¡Husmeando mientras la gente decente duerme! No le basta con robar mis herramientas, también quiere apoderarse de mis ideas, porque usted tiene un cerebro como un guisante seco.

El hombre logró desasirse y se apartó del señor Peck.

—¡Es un lunático! —dijo Snabel; luego alzó más la voz y gritó—: ¡Policía! ¡Socorro! ¡Asesino!

—Señor Snabel, por favor —Pete se interpuso entre su abuelo y Snabel a quien sujetó por un brazo—. Por favor, mi abuelo no ha querido ofenderle. Él sólo…

—¡Cómo te atreves! —exclamó el señor Peck—. ¿Es que vas a pedir perdón por mí? He medido cada una de mis palabras. Sé lo que está haciendo este parásito indigno y no se saldrá con la suya. ¡Voy a partirle en dos! ¡Eso es lo que haré!

De nuevo trató de agarrar a Snabel. Esta vez el hombre no gritó. Retrocedió muy erguido sin apartar sus ojos del rostro de su agresor.

—¡Espía! —le insultó el señor Peck—. ¡Serpiente! ¡Estafador! ¿Y por qué no está trabajando donde debiera, siendo jueves, eh? Porque piensa que puede ganar más dinero en algún otro sitio, ¿no?

Snabel dio media vuelta y se alejó por la playa dando tumbos.

—Las verdades duelen, ¿no es cierto? —le gritó el señor Peck a sus espaldas.

Pero Ed Snabel había desaparecido tragado por la niebla, a salvo del terrible anciano que ahora rugía preso de cólera.

—¡Increíble! —gruñía el señor Peck—. ¡Vergonzoso! ¡Si vuelve a intentarlo le enseñaré lo que es bueno!

Pete temblaba. Aquello era una pesadilla y su abuelo estaba loco, total y completamente loco. Era peligroso. Podía hacer

naufragar el barco antes de que llegasen siquiera a San Francisco. Acabaría en la cárcel de cualquier ciudad de la costa. O tal vez Júpiter y Bob decidieran que habían emprendido una tarea imposible y cogerían sus bártulos para regresar a Rocky Beach en el próximo autobús.

—Abuelo —dijo Pete al fin—, ¿por qué crees tú que el señor Snabel te ha seguido hasta aquí? Quiero decir que es algo tan absurdo. Él también tiene derecho a viajar, ¿verdad? Tal vez tenga amigos aquí en Playa Pismo y haya venido a verles.

—¡Qué simpleza! —replicó el señor Peck—. Snabel no tiene amigos en ninguna parte. No sabría lo que es un amigo aunque se lo presentasen envuelto en papel de celofán. Recuerda mis palabras, no será ésta la última vez que le veamos. Pero no conseguirá lo que busca. ¡Antes muerto!

—¿Qué es lo que persigue, señor Peck? —preguntó Júpiter, simulando estar dispuesto a dejarse convencer; eso, de alguna manera, calmó al señor Peck.

—Quiere robar una de mis ideas —replicó el anciano.

—¿El invento? —dijo Pete—. ¿El que vas a presentar en Nueva York?

—Claro. Y no hables como si yo fuera un excéntrico. Es una novedad importante, capaz de revolucionar todo el… todo…

Tras una breve pausa, prosiguió:

—No. Por vuestra seguridad será mejor que no os explique nada más. Snabel puede que no sea el único que quiera hacerse con él. Y será mejor que continuemos la marcha si queremos llegar a Monterrey antes de que oscurezca.

De repente echó a andar por la playa tan calmado e indiferente como si nada hubiera ocurrido. Los Tres Investigadores le siguieron en silencio, haciendo cabalas sobre aquel anciano. Tenían por delante un largo viaje. Iban a estar ausentes un mes o, posiblemente, incluso más tiempo. ¿El abuelo de Pete era tan sólo un excéntrico, o estaban atravesando el país con un hombre realmente loco?

CAPÍTULO 5
ALGO INVEROSÍMIL

—Durante este viaje —dijo el señor Peck—, no pienso compartir mi habitación con nadie. Los jóvenes siempre quieren cosas raras como vasos de agua o incluso galletas y queso a las tres de la mañana, y yo estoy demasiado viejo para que me despierten por semejantes tonterías.

Hecho este anuncio, el señor Peck tomó dos habitaciones en un motel a pocas manzanas del muelle de pescadores de Monterrey. Luego invitó a los muchachos a una exquisita cena de pescado en uno de los restaurantes del Paseo Cannery. Habló con muy buen humor de Monterrey y de la California española. El encuentro con Snabel parecía lejano y olvidado y, desde luego, intrascendente. A todas luces, el señor Peck lo había desterrado de su memoria.

Aquella noche los Tres Investigadores se acostaron temprano. Comprendieron en seguida que el señor Peck había tomado una decisión acertada respecto a las habitaciones, pero por una razón equivocada. De haber compartido la habitación, hubieran sido ellos los que no hubieran pegado ojo en toda la noche. El abuelo de Pete roncaba con tal fuerza que hacía temblar la pared que separaba las dos habitaciones.

—Tiene un problema de tabique nasal —decidió Bob.

—Mamá dice que no —intervino Pete—. Ella opina que al abuelo no le gusta que le ignoren, ni siquiera cuando duerme.

Pero con la pared entre el anciano y ellos, los muchachos pronto olvidaron los ronquidos y durmieron de un tirón hasta la mañana siguiente cuando el sol entró por entre las rendijas de las cortinas.

El señor Peck ya estaba levantado. Pudieron oír el ruido de su

ducha mientras canturreaba, y tuvieron que darse prisa cuando llamó a la puerta de su habitación.

El desayuno consistió en salchichas, barquillos y un zumo de naranja, en un lugar cerca del muelle. Júpiter acostumbraba a estar callado por las mañanas. Comía lenta y concienzudamente, mirando por la ventana hacia la bahía, cuando de pronto reconoció a un transeúnte. El hombre acababa de cruzar la calle delante del restaurante. Jupe no pudo evitar un ligero sobresalto. Luego, bajó la vista al plato y empezó a sorber su zumo con un barquillo.

Pete estaba sentado frente a Júpiter al lado de su abuelo.

Reparó en el sobresalto de Jupe y su repentino cambio de expresión, y abrió la boca para hacer una pregunta. Jupe frunció el ceño y movió la cabeza ligeramente, y Pete volvió a cerrarla.

—¿Has tenido bastante, Júpiter? —le preguntó el señor Peck.

—Sí, gracias señor Peck. Estaba muy bueno.

—¡Buenísimo! —apostilló Bob.

El señor Peck retiró su silla y fue a la caja a pagar la cuenta.

—¿Qué ocurre, Jupe? —Pete se inclinó hacia adelante—. Pusiste una cara tan… tan rara por unos segundos.

—Snabel está aquí.

Pete miró hacia la ventana.

—¿Aquí? ¿Estás seguro?

—Ha pasado por aquí en dirección al Paseo Cannery.

El señor Peck regresó y dejó una propina encima de la mesa.

—¿Queréis dar una vuelta por el muelle? —preguntó—. Luego continuaremos el viaje. Me gustaría llegar más allá de San Francisco esta noche, tal vez hasta Santa Rosa. Mañana podríamos pasar el día en los bosques de secoyas.

Los tres muchachos siguieron al señor Peck al otro lado de la calle. Bob llevaba su cámara fotográfica, pues deseaba tomar algunas instantáneas de la bahía. Fue hasta casi al final del muelle desde donde tenía una magnífica vista de los botes que se mecían en sus embarcaderos y los yates navegando por la bahía hacia el mar abierto.

Todavía era temprano, pero el muelle de pescadores estaba ya muy animado. Los turistas entraban y salían de las tiendas que vendían conchas y chucherías de importación. Bob hizo sus fotografías y Pete observó las gaviotas que revoloteaban, trazando

círculos encima de sus cabezas.

El señor Peck contemplaba distraído el escaparate de una tienda de conchas. Luego miró calle abajo, hacia el bullicio del muelle, y de golpe se puso tenso.

—¡El miserable! —vociferó.

Jupe lo adivinó sin mirar. Era Snabel. Tenía que serlo. Había vuelto a aparecer y el buen humor del señor Peck desapareció para dar paso a su furor.

—Eh, abuelo —le dijo su nieto—, tómalo con calma, ¿quieres? Éste es un país libre. Ese tipo tiene derecho a estar aquí si lo desea.

—Muy bien —dijo el señor Peck con rabia—, pero yo me niego a estar aquí al mismo tiempo.

Y entonces se metió en la tienda y se agachó detrás de un gigantesco caparazón de concha marina que se exhibía en el escaparate. Los muchachos pudieron ver lo alto de su cabeza blanca, pero nada más.

Snabel se acercaba por la calle tranquilo y ajeno a que le estaban observando. Llevaba la funda de su cámara colgada del hombro y la máquina en la mano. Era una «Canon», idéntica a la de Bob. Igual que él, Snabel parecía buscar algo pintoresco que fotografiar. Era el típico turista mañanero, con el cuello de su camisa abierto y sus tejanos rígidos y nuevos. También sus zapatillas deportivas eran nuevas; en algún lugar del camino había adquirido el sombrero de paja de ala ancha que ahora daba sombra a su rostro.

Pete vaciló. ¿Debía advertir a Snabel de que su abuelo podía aparecer de un momento a otro? De hacerlo, el señor Peck podría considerarlo como una traición.

Sin embargo, Pete no deseaba presenciar otro altercado, pero tampoco deseaba volver las iras de su abuelo sobre su propia cabeza.

Pete decidió al fin mirar hacia el otro lado de la bahía. Jupe hizo lo mismo y Bob anduvo dos o tres metros más hasta un banco donde se sentó, fingiendo mirar al mar y no ver a Snabel.

Snabel siguió aproximándose con su cámara y se detuvo tan cerca de Pete que sus hombros casi se rozaban.

Pero Snabel no se fijó en Pete. No cesaba de mirar hacia el lugar por donde había venido y de consultar su reloj, como si esperase a

alguien.

Al cabo de un par de minutos ese alguien se aproximó.

—¿Y bien, Snabel? —dijo una voz masculina.

Había cierta ironía y un ligero desdén en el tono del recién llegado. Jupe volvió la cabeza para mirarle. Era un hombre de unos cuarenta años, de cabellos oscuros y lisos. Su rostro no tenía arrugas y vestía pantalón de seda y una camisa ligera muy moderna y cara. El hombre usaba gafas de sol que ocultaban parte de su rostro, pero Jupe vio una nariz delgada de puente alto y unos labios finos que se curvaban en una semisonrisa burlona. Sus orejas pequeñas estaban muy pegadas a su cabeza y, en conjunto, su aspecto era el de una persona educada acostumbrada a tener lo mejor. Al lado de este elegante individuo, al rechoncho Snabel se le veía envarado e incómodo con sus tejanos nuevos y sus blanquísimas zapatillas.

—Lo traje —dijo Snabel.

El recién llegado miró a Júpiter, que volvió su mirada inocentemente hacia el mar.

—Vamos —dijo el hombre a Snabel, y avanzó algunos pasos por el muelle seguido de éste.

Jupe volvió a mirarles. Ambos estaban ahora muy cerca de Bob. Snabel procuraba aparentar naturalidad. Puso su pie encima del banco donde estaba sentado Bob y balanceó su cámara por la correa.

Y de pronto sus ojos se fijaron en Bob que hubiera querido volverse invisible.

—¡Qué diablos! —exclamó Snabel, que inclinándose miró directamente a Bob. Jupe estaba seguro de que Snabel se había puesto pálido.

Se enderezó de nuevo para mirar a su alrededor y vio a Pete y a Jupe, y también el mechón de cabellos blancos que asomaba por encima del caparazón de concha marina. Entonces el señor Peck se incorporó con toda su furia; sus ojos azules echaban chispas.

Snabel palideció.

Pete se dirigió hacia Snabel, pensando interponerse entre él y la tienda de conchas, pero era demasiado tarde. El señor Peck salió disparado de la tienda con el rostro enrojecido, y los puños apretados como si fuese a golpear a Snabel hasta matarle.

Snabel dejó rápidamente su cámara encima del banco y alzó las

manos. Al principio los muchachos pensaron que se disponía también a atacar, pero no lo hizo. Se limitó a dar uno o dos pasos atrás, manteniendo las manos en actitud defensiva.

El elegante individuo del pantalón de seda se limitó a alejarse y desaparecer.

—¡Ah! —exclamó Ben Peck, agarrando de nuevo a Snabel por la camisa—. ¿No pensaba que volvería a verme tan pronto, verdad? Bien, sé lo que anda buscando, Snabel, pero no voy a permitir que lo consiga. ¡Se lo advierto! ¡Déjelo ahora que todavía puede!

Snabel se humedeció los labios. Iba a decir algo pero su voz se convirtió en un gorjeo y carraspeó.

Por extraño que parezca no trató de apartarse. Ni intentó retroceder, ni pegar, ni huir. Se limitó a mirar al señor Peck, y su rostro tenía un color espantoso.

El señor Peck soltó la camisa de Snabel, pero le golpeó en el pecho como si fuese una puerta.

—Siga mi consejo y márchese ahora, o lo lamentará el resto de su vida.

Satisfecho por el efecto producido, el señor Peck se volvió alegremente hacia los muchachos.

—Sigamos nuestro camino —dijo—. Aquí el ambiente ha decaído mucho durante estos últimos minutos.

Pete se dio cuenta de que había dejado de respirar… y respiró.

Bob recogió su cámara del banco.

Los Tres Investigadores siguieron al señor Peck muelle abajo hasta la zona de aparcamiento donde dejaron el «Buick». El señor Peck se reía mientras abría las puertas y subía al coche; luego estalló en carcajadas cuando enfilaron la calle en dirección a la autopista.

Alguien gritaba tras ellos. Era Snabel. Les perseguía con el sombrero de paja en una mano y la cámara en la otra.

—¡Esperen! —gritaba—. ¡Peck! ¡Solo un segundo!

El señor Peck pisó el acelerador y el coche salió disparado.

—Abuelo, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Pete.

—¿Tú qué crees? Esa miserable sanguijuela ha intentado entrar en mi casa, y ahora nos sigue porque piensa que tengo aquí mis notas y el prototipo de mi modelo. Quiere apoderarse de mi invento y reclamarlo como suyo. ¡Valiente pretensión! Prefiero verle en la

cárcel antes que permitir que se apodere de lo mío.

—Vas a verle en el hospital con un ataque al corazón si vuelves a hacer lo de hoy —le advirtió Pete—. Le has dado un susto de muerte. Abuelo, si sigues comportándote así serás tú quien vaya a la cárcel. ¡Y mamá me desollará vivo!

CAPÍTULO 6
PETE VISLUMBRA PROBLEMAS

—¡Cuando el abuelo está bien, está realmente bien! —dijo Pete—. Quiero decir que, ¿quién estaría dispuesto a recorrer el país con un montón de niños? Y a él parece que le gusta nuestra compañía.

—Pero cuando se vuelve loco… ¡asusta!

Jupe asintió. Hacía muchos años que conocía al señor Peck, pero nunca había pasado tanto tiempo con él como ahora. A Jupe le sorprendían y extrañaban algunas de sus reacciones. El Primer Investigador no solía permitir que las personas mayores le aventajaran, pero el señor Peck era una excepción. Jupe estaba ahora seguro de que tendrían más problemas antes de acabar el viaje, auténticos problemas.

Era la una y media de la tarde. Júpiter y Pete apoyados contra el parachoques del «Buick» observaban al señor Peck. Bob y él habían subido un trecho por la verde colina, y el muchacho estaba muy entretenido sacando fotos. El señor Peck contemplaba feliz la bahía de San Francisco y el puente, el Golden Gate. Estaba de muy buen humor. Pete confiaba en que su estado de ánimo durara.

En realidad, el enfado del señor Peck había durado poco aquel día. Estuvo murmurando y gruñendo sólo hasta llegar a la autopista 101. Luego, el recuerdo de Snabel se desvaneció como la niebla bajo el sol, y empezó a silbar. Habían llegado pronto a San Francisco donde se detuvieron para comer y comprar algunos recuerdos. Después de la comida, el señor Peck les estuvo contando anécdotas del gran terremoto que sufrió la ciudad en 1906.

—Ardió casi por completo, ¿verdad? —preguntó Júpiter. El señor Peck asintió.

—Las conducciones de agua y las tuberías del gas se reventaron durante el temblor de tierra y, cuando el gas se inflama, no hay agua que pueda apagar las llamas.

Miró su reloj y anunció que ya era hora de marcharse.

Eran más de las dos cuando cruzaron el Golden Gate. Dejaron la autopista en Sausalito y fueron a las colinas para que Bob pudiera hacer más fotografías. A las dos y media estaban todavía allí cuando Bob descubrió sorprendido que se había terminado el carrete de su cámara.

—¡Qué extraño! Hubiera jurado que todavía quedaban muchas fotos en este carrete.

Bob bajó trotando de la colina, se acercó al «Buick», sacó del coche el estuche de la cámara y cambió el rollo. Luego hizo algunas fotos más.

Regresaron a la autopista y fueron hacia el norte por la apacible campiña. El sol se ponía por el oeste mientras el señor Peck conducía.

Se detuvieron en Santa Rosa a la hora de cenar y el señor Peck tomó dos habitaciones en un motel, que se comunicaban por una puerta. El abuelo de Pete bromeó diciendo que así podría controlar a los chicos.

—Me figuro que en este viaje nos vigilamos mutuamente —dijo Pete, y se puso triste, pero sólo un momento. Su abuelo sugirió ir a nadar a la piscina del motel y esto le animó. La cena en el restaurante del motel le animó todavía más. Después de cenar sintió una agradable somnolencia mientras miraba la televisión en su cuarto en compañía de Bob y Jupe.

Pete decidió ir a buscar un refresco a la máquina que había junto a la piscina. Al pasar por delante de la ventana miró al exterior e inmediatamente se olvidó del refresco.

La habitación de los Tres Investigadores estaba en el segundo piso y daba a la zona de aparcamiento. El «Buick» estaba allí justo debajo del balcón y más allá había un «Lincoln» nuevo y resplandeciente.

Edgar Snabel acababa de apearse de aquel «Lincoln».

Pete contuvo la respiración y, por un segundo, quedó inmóvil, paralizado por la sorpresa. Luego se volvió y dijo:

—Jupe, Bob, venid a ver esto.

Al instante, los dos estaban al lado de Pete. A través de la ventana pudieron ver a Snabel que daba la vuelta lentamente alrededor del coche del señor Peck. Se inclinó para atisbar por las ventanillas. En la parte de atrás intentó abrir el maletero. Luego miró hacia las ventanas de arriba del motel.

Los tres muchachos se escondieron de inmediato.

Snabel frunció el ceño, subió a su «Lincoln» y se marchó.

Por unos instantes los Tres Investigadores guardaron silencio. Júpiter lo rompió el primero.

—Quizá tu abuelo estaba en lo cierto al sospechar de Snabel. Puede que sí trate de robarle sus inventos.

Pete meneó la cabeza.

—No lo sé. Estaba convencido de que se trataba de otra de las ideas fijas de mi abuelo, pero tal vez no esté tan loco. O tal vez lo esté, y Snabel también. Pero no le digamos que hemos visto a Snabel, seguro que iría a la comisaría más cercana para hacerlo detener. Claro que podría acabar detenido él. Nunca se sabe.

—Y que lo digas —convino Júpiter—. Sobre todo, tratándose de tu abuelo.

—Sabes, podría tratarse de una coincidencia —añadió Bob—. Snabel podría estar también de vacaciones y haber venido aquí por casualidad. Sin embargo, al ver el «Buick», decidió que lo mejor sería pasar la noche en cualquier otro sitio.

—Eh —apostilló Pete—. Eso me recuerda… ¿De dónde ha sacado Snabel ese «Lincoln» tan nuevecito, si siempre conduce un «Chevy» muy viejo?

—Puede que lo haya alquilado —repuso Júpiter—. Tal vez haya pensado que su coche viejo no resistiría el viaje.

Dicho esto los Tres Investigadores volvieron a contemplar la televisión. El señor Peck entró a verla con los muchachos un rato, y a las diez y media se dio por finalizada la jornada y apagaron las luces.

El señor Peck se durmió en seguida y pronto sus ronquidos retumbaron en la habitación contigua. Bob suspiró y Jupe se echó a reír. En cuanto a Pete, fue a cerrar la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Volvió a la cama y se durmió al instante.

Tuvo un sueño extraño, aunque terriblemente familiar. En el sueño seguía a su abuelo por el vestíbulo de un hotel. Era un

vestíbulo grande, lleno de gente elegante y bien vestida que los miraba, los señalaba y se reía de ellos. Pete se daba cuenta de pronto de que su abuelo llevaba puesto sólo una camiseta roja y calzoncillos blancos con corazones bordados en rojo. ¡Y en cuanto a él, no llevaba nada en absoluto!

Pete se despertó con un escalofrío. Era de noche y todo estaba tranquilo. Pensó que debía ser muy tarde. Bajó de la cama para dirigirse al cuarto de baño y beber un poco de agua, y pasó por delante de la ventana.

Otra vez vio a alguien caminando despacio por detrás de la hilera de coches aparcados. Pete se quedó helado.

La figura se agachó detrás del «Buick».

Pete corrió a la cama de Jupe y le zarandeó.

—¡Jupe! ¡Deprisa! ¡Despierta! Es Snabel. ¡Está abajo en el aparcamiento, hurgando en nuestro coche!

CAPÍTULO 7
EL CÍRCULO DEL TERROR

Descalzos, los Tres Investigadores bajaron por la escalera exterior.

Jupe tropezó, y el porrazo retumbó en la escalera. Tuvo que agarrarse al pasamanos para no caer.

La figura agazapada tras el «Buick» se enderezó, y tras lanzar una rápida mirada hacia la escalera, corrió por detrás de la hilera de coches en dirección a la calle.

Los muchachos corrieron tras él, cojeando con sus pies descalzos. Al llegar a la calle, el hombre había desaparecido.

—¡Maldita sea! ¡Lo hemos perdido! —exclamó Bob.

—Muchísimas gracias, Jupe —dijo Pete.

—¿Estás seguro de que era Snabel? —preguntó Jupe, haciendo caso omiso de su sarcasmo.

—Seguro —declaró Pete—. Pude verle la cara cuando pasó corriendo por debajo de las luces del porche.

Los muchachos volvieron al lado del «Buick». Dieron una vuelta a su alrededor, comprobando que las puertas seguían cerradas lo mismo que el maletero. Jupe se puso a gatas para mirar debajo del automóvil, pero no vio nada.

—Tendré que coger la linterna —decidió.

Una puerta se abrió sobre ellos y el señor Peck apareció en el balcón.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. ¡Son casi las cuatro de la mañana!

Aquello quería ser un susurro, pero los susurros del señor Peck se podían oír a un kilómetro de distancia. Se empezaron a encender luces en el motel y varios huéspedes se asomaron.

—Alguien andaba husmeando por aquí —dijo Pete.

—¡Apuesto a que era Snabel! —replicó su abuelo.

Pete no se lo confirmó, pero tampoco lo negó. El señor Peck ordenó a los muchachos que subieran a su habitación y él se puso a gruñir y a murmurar.

—Snabel sospecha lo que tengo —declaró—. Pues bien, no lo conseguirá.

—¿Qué es lo que tienes, abuelo?

—No te importa, Pete. Cuanto menos sepas más seguro estarás. Ahora muchachos, volved a la cama. No tiene sentido consentir que ese tunante os quite el sueño, puesto que no ha ocasionado ningún daño, ¿verdad?

—Creemos que no, señor Peck —dijo Jupe.

Este asintió con la cabeza.

—¡Es su estilo! ¡Acechar y espiar, pero nada de acción!

El abuelo de Pete volvió a acostarse y en un breve espacio de tiempo roncaba de nuevo.

—Espero que el abuelo tenga razón —dijo Pete preocupado—. Pero ¿y si Snabel hace algo más que acechar y espiar? ¿Y si se propone estropearnos el coche? ¿O si lo inutiliza? Esta noche me voy a dormir abajo por si acaso vuelve.



Pete cogió la manta de su cama y entró con sigilo enla habitación de su abuelo. Sin perturbar sus atronadores ronquidos, cogió las llaves del coche que estaban encima del bureau. Luego, Jupe y él bajaron la escalera hasta el aparcamiento. Sacaron la linterna de la guantera, pero no se encendió.

—Maldita sea —dijo Pete—. Se agotaron las pilas. No lo entiendo. ¿Qué es lo que intentaba hacer Snabel?

—Sea lo que fuere no tuvo éxito —replicó Júpiter—. De acuerdo, y ahora, si vuelve a aparecer, grita.

Pete le prometió que lo haría… a pleno pulmón. Jupe volvió a subir a la habitación y Pete se acurrucó en el asiento posterior del «Buick», seguro de que no podría pegar ojo.

Y durmió —aunque intranquilo—, y tuvo más sueños extraños. Cuando despertó, había salido el sol, los pájaros cantaban subidos a los árboles y una mujer regordeta con un chándal rojo golpeaba con los nudillos el cristal de la ventanilla.

—¿Estás bien? —se interesó la mujer.

Pete se escurrió del asiento al suelo.

Alarmada la mujer intentó abrir la puerta, pero Pete las había cerrado antes de dormirse.

—¡Estoy perfectamente! —exclamó Pete—. ¡Gracias, pero estoy bien!

Envuelto en la manta para ocultar el pijama, abrió la portezuela y salió tambaleándose.

—¿Qué es lo que piensan tus padres? —rezongó la mujer—. ¡No es sano dormir en los coches!

—Sí, señora.

«¡Hay qué ver! —se dijo la mujer para sus adentros—. ¡Algunas personas son capaces de cualquier cosa con tal de ahorrarse el pago de una habitación!».

Pete corrió escalera arriba e hizo girar varias veces el pomo de la puerta, para que Jupe o Bob le abrieran. Fue Bob quien le abrió.

—No le digáis nada al abuelo —dijo Pete—. Si oyera a esa mujer le daría un ataque.

—Seguro —dijo Bob, riendo.

Aquel día se dirigieron hacia el norte por la autopista de los Secoyas. El señor Peck estaba de un humor excelente. Los gigantescos árboles que bordeaban la autopista le recordaban

anteriores viajes, de cuando su esposa aún vivía.

—¿Tú no recuerdas demasiado bien a tu abuela, verdad? —le preguntó a su nieto.

—Sólo un poco. Solía hacer un pastel de manzana sensacional; eso sí lo recuerdo.

—Ya lo creo. Bueno de verdad.

Jupe observaba al anciano mientras se decía que en el señor Peck había dos personas distintas. Una era el abuelo cariñoso y entusiasta, capaz de llevar a su nieto y a los amigos de éste a realizar un maravilloso viaje. La otra, un viejo camorrista que sospechaba exageradamente de un vecino. Aunque al principio le había parecido loco de remate, ahora Jupe tenía que admitir que había un asomo de verdad en sus acusaciones. Edgar Snabel había estado husmeando alrededor del «Buick»; eso era cierto. ¿Fue porque esperaba hacerse con uno de los inventos del señor Peck? ¿Existía alguna otra razón que justificase su comportamiento?

Jupe se preguntaba por enésima vez cuál podría ser el invento del señor Peck. Sin embargo, lo mejor era no preguntar. El señor Peck estaba decidido a no contarlo. Pero no le importaba hablar de Snabel; y Jupe pensaba que los Tres Investigadores hubieran averiguado algo más si el señor Peck hubiese estado dispuesto a hablar.

—¿Y qué será de las orquídeas? —preguntó Jupe de pronto.

—¿Orquídeas? —Bob miró a Jupe con extrañeza—. ¿Qué orquídeas?

—¿Acaso el señor Snabel no cultivaba orquídeas? —dijo Júpiter.

—Sí —replicó el señor Peck.

—Pues no parece poseer la paciencia necesaria para dedicarse a la jardinería —aseveró Júpiter—. Ni siquiera corta su césped.

—Eso es porque el cortar césped no proporciona dinero —observó el señor Peck—, a menos que se sea un jardinero profesional. A Snabel no le interesan las plantas, sólo el dinero. Si dedica mucho tiempo a sus orquídeas es porque dan pingües beneficios. Las floristerías se las compran. Además, es socio de un club de cultivadores de orquídeas tan chiflados como él, que se reúnen una vez al mes para comparar sus plantas. Apuesto a que también les roba.

—¿Quién le cuida ahora sus orquídeas? —inquirió Júpiter.

—Tal vez uno de los socios del club —contestó el señor Peck—. Debo confesar que eso no me quita el sueño. ¿Sabías que cuando él era nuevo en el barrio, me cortaron el agua? La compañía encontró un escape en el conducto principal entre la calle y mi casa. Mientras lo arreglaban, me cortaron el agua. De modo que fui con mi tetera a casa de Snabel para pedirle que me dejara coger un poco del grifo que tiene en el patio. ¿Sabes lo que ocurrió?

—¿Llamó a la policía? —sugirió Bob.

—Me amenazó con hacerlo. Además, me acusó de haber enchufado mi manguera a su grifo cuando él no estaba en casa y utilizar su agua para regar mi césped. ¡Como si yo fuera capaz de hacer semejante cosa!

El cogote del señor Peck estaba ahora muy rojo y, por primera vez durante aquel día, no le prestaba atención a los secoyas.

—Snabel es un paranoico —prosiguió—. Por eso pensó que yo le robaba el agua. ¿Sabéis lo que es un paranoico? Pues alguien que está tan mal de la cabeza que se imagina que todo el mundo le persigue. ¡Eso es Snabel, un paranoico!

Júpiter estaba un tanto sobrecogido por el ímpetu y el furor del señor Peck y decidió que ya había oído hablar lo suficiente de Snabel, y se abstuvo de hacer más comentarios para que el señor Peck olvidara el tema de su polémico vecino.

Durante un rato guardaron silencio.

Pero el día era demasiado espléndido y los secoyas sorprendentes e inspiradores. El señor Peck olvidó su enfado y volvió a sus recuerdos. Su buen humor duró todo el camino hasta Crescent City, California.

El sol estaba bajo cuando entraron en la pequeña población costera, de modo que fueron a un motel para lavarse y luego salieron a explorar el paseo marítimo.

El muelle de pescadores era mucho más pequeño que el de Monterrey. Sin embargo, había aparcamiento en el mismo paseo, varios restaurantes y un par de tiendas. Frente a los restaurantes se hallaba el embarcadero donde atracaban los barcos de vela. El lugar estaba muy animado, los marineros remendaban las velas o baldeaban las cubiertas. Varias parejas paseaban pausadamente, disfrutando del sol y contemplando las gaviotas.

—Parece que hemos perdido a Snabel —dijo de pronto el señor

Peck.

Pete sintió un ligero malestar. Su abuelo no había mencionado al antipático cultivador de orquídeas durante horas, y supuso que ya lo habría olvidado. Pero se equivocaba por completo.

—He observado la carretera por el espejo retrovisor y parece que nadie nos ha seguido —dijo a los muchachos—. Debisteis asustar a ese tunante anoche, cuando lo descubristeis rondando nuestro automóvil.

—Eso espero —dijo Pete con vehemencia.

Entonces se volvió hacia el paseo al escuchar ruido de motos y algunos gritos.

Siete motocicletas aparecieron en el muelle. Los motoristas eran todos jóvenes fornidos y vestían cazadoras de cuero negro.

—¡Hummm! —profirió el señor Peck—. ¡Vaya una pandilla de gamberros!

Lo eran. Además de ir vestidos de cuero negro la mayoría llevaban barba; unas, tan completas y pobladas que amenazaban con meterse en los ojos de los motoristas, otras, pequeñas y recortadas de forma extraña. Llevaban también muñequeras y cinturones de cuero claveteados y guantes con tachuelas relucientes.

—¡Eh, abuelo! —gritó uno de ellos, dirigiéndose hacia el señor Peck en su moto y esquivándolo después.

Los muchachos esperaban el ataque de ira del señor Peck, pero no llegó. En vez de eso el anciano miró a los motoristas y sonrió.

—Estoy seguro de que habrá gente muy decente que monte en motocicleta —dijo—, pero lo que es hoy brillan por su ausencia.

—Vámonos, abuelo —rogó Pete.

Los motoristas habían llegado al final del muelle. Se congregaron alrededor del que había intentado asustar al señor Peck, y se volvieron para mirar al anciano y a los muchachos con aire especulador.

—¡Vámonos! —Pete tiró de la manga de su abuelo—. Salgamos de aquí.

—¡Iiiii-aaaaa! —vociferó uno de los motoristas.

Una moto empezó a rugir y el tipo de antes se lanzó a toda velocidad contra el señor Peck y sus muchachos.

—¡No os separéis! —gritó el anciano, colocándose delante para

hacer frente a la moto.

Jupe sintió que el estómago se le contraía de miedo. Detrás de su líder los otros motoristas también se acercaban gritando y riendo burlonamente. Uno de ellos blandió algo en el aire. Era un cinturón… ¡con puntas de metal! ¡Una tira asesina!

Los transeúntes que se hallaban alrededor de los muchachos se apartaron.

—¡Llamad a los guardias! —gritó alguien.

Los motoristas pasaron como una exhalación junto al señor Peck; luego dieron la vuelta para arremeter de nuevo contra él. Ahora reían más fuerte. Formaron un círculo alrededor del anciano y los muchachos. Moviéndose constantemente iban estrechando el cerco, acercándose cada vez más a su presa atrapada en el centro. ¡Era un juego, un juego horrible!

—¡A por él! —gritó uno de los hombres, separándose del círculo para volver a arremeter velozmente contra el señor Peck. En el último instante paró en seco.

Los muchachos vieron unos ojos pequeños y negros que brillaban por encima de la barba y unos dientes blancos y cuadrados en un rostro tiznado. Oyeron su risa por encima el estrépito de las otras motos.

Entonces el señor Peck se desplazó. Hizo un ligero movimiento que los muchachos apenas percibieron. Había arrojado algo.

Sonó una fuerte detonación y surgió una humareda densa que descendió sobre el círculo de atacantes.

Los ojos pequeños se abrieron desmesuradamente; la boca sonriente se crispó en un alarido. El motorista pegó un brinco e hizo girar su moto con tal brusquedad que la tiró.

El señor Peck repitió la operación y sonó otra vez una detonación, apareciendo el humo negro y denso.

Los motoristas retrocedieron asustados, preguntándose dónde estaría el que disparaba.

Sonaron las sirenas. Dos coches de la policía entraron en el muelle con sus luces centelleantes.

—¿Nos vamos a comer, muchachos? —dijo el señor Peck.

Rápidamente se dirigió a uno de los restaurantes del muelle. Los muchachos corrieron tras él.

En la entrada del restaurante se había congregado un montón de

gente que contemplaba lo que sucedía en el paseo. Se apartaron para dejar paso al señor Peck.

—No se pueden gastar bromas con esos tipos —dijo uno de los mirones—. ¡Pueden ser peligrosos!

—Jovencito, yo no estaba bromeando —declaró el señor Peck—. Si los agentes no hubiesen llegado tan pronto, esos gamberros hubieran descubierto lo serio que puedo llegar a ser.

CAPÍTULO 8
DÍAS LLENOS DE PELIGRO

El señor Peck miraba por la ventana del restaurante. Vio a la policía en el muelle, enfrentándose con los motoristas que de mala gana les enseñaban sus permisos de conducir.

—Si no tuviera tanta prisa por continuar nuestro viaje presentaría una denuncia contra esos desalmados —dijo el señor Peck, abriendo el menú—. Los denunciaría por asalto para que les metieran en la cárcel donde no podrían amenazar a nadie más por una temporada.

Fuera, en el muelle, los motoristas habían puesto sus máquinas en marcha, y el grupo abandonaba el paseo lentamente. Los agentes subieron a sus coches y les siguieron.

—¿Usted cree que les meterán en la cárcel? —dijo Bob.

—Lo dudo —replicó el señor Peck—. Supongo que la policía les hará salir de la población y… buen viaje.

—Abuelo, ¿qué era ese ruido? —preguntó Pete.

—¿Ruido? ¿Qué ruido? —el señor Peck estaba concentrado en el menú y parecía haber olvidado a los motoristas.

—Tú le tiraste a ese individuo que iba a lanzarse sobre ti, algo que sonó como un tiro. ¿Qué era? ¿Un petardo?

—¡Por supuesto que no! —exclamó el señor Peck, montando en cólera—. Los petardos están prohibidos en muchos sitios. Ese era uno de mis pequeños inventos. Espero que sea un éxito comercial cuando lo lance al mercado. Es un ingenio muy sencillo que produce una fuerte detonación acompañada de una nube de humo. Es legal y completamente inofensivo. Podría ofrecerse al público como un artilugio de autodefensa. Para asustar a los asaltantes y

poderlos detener.

Pete sonrió.

—Si asusta a un delincuente asustará a todo el mundo. ¿Pero qué ocurrirá cuando corra la voz y todos los delincuentes y asaltantes sepan que es un arma inofensiva?

—Entonces se lo venderé a los empleados de correos —replicó el señor Peck en tono jocoso—. No puedes imaginar los problemas que tienen los pobres carteros con los perros agresivos.

Dicho esto, el señor Peck volvió a dedicar su atención al menú y eligió pargo colorado para su cena.

Eran más de la una de la tarde del día siguiente cuando cruzaron Portland, en el estado de Oregón, y Pete se fijó en un cartel al lado de la carretera.

—Eh, abuelo, ahí dice que hay una buena panorámica del monte Santa Helena. ¿Podemos parar?

—Pues claro —fue la respuesta de su abuelo—. ¿Cuántos volcanes en actividad puede uno ver durante su vida? Nunca dejes pasar una oportunidad, es lo que digo siempre.

Se desviaron por la carretera de segundo orden y subieron por las colinas hacia la cumbre. El día se había vuelto gris y de repente empezaron a aparecer jirones de niebla flotando en el camino.

Al fin llegaron a la cima a sabiendas de que deberían imaginarse el monte Santa Helena. Ahora se hallaban por encima de las nubes bajas y, cuando miraron hacia el este, donde debía estar la montaña, sólo vieron espesos nubarrones grises y nada más.

—¡Maldita sea! —exclamó Pete.

Su abuelo sonrió.

—No te preocupes. Tenemos todo el país ante nosotros y está lleno de vistas maravillosas.

Dio la vuelta al coche y comenzaron a descender hacia la civilización. Antes de llegar a la carretera principal, la lluvia mojaba el parabrisas.

En la autopista 5 algunos automóviles llevaban los faros encendidos. Inmediatamente el señor Peck decidió parar en Longview, en el estado de Washington, y no seguir adelante. Estaba tan absorto en sus planes que no se fijó en un «Lincoln» aparcado en el arcén a un lado de la carretera. Tenía las luces apagadas, pero los limpiaparabrisas iban de un lado a otro. Un penacho de vapor se

alzaba en la densa atmósfera.

Jupe se puso tenso a la vista del coche. Y, al pasarlo, mezclados entre el tráfico que se dirigía al norte, se volvió.

Alguien estaba inclinado sobre el volante. ¿Acaso Snabel? El coche parecía el mismo que conducía en Santa Rosa, pero Jupe no estaba seguro. Había cientos de «Lincoln» color gris en la carretera. Casi automáticamente tomó nota en su memoria de la matrícula: 920-XTJ.

—¡Snabel! —exclamó el señor Peck de pronto, y sin previo aviso pisó el freno. El automóvil que iba detrás de ellos por la autopista hizo sonar con fuerza su claxon.

—¡Abuelo, ten cuidado! —le gritó Pete.

El señor Peck volvió a acelerar, justo cuando el coche de atrás frenaba, esquivándoles al mismo tiempo. No llegaron a colisionar. Sin embargo, los muchachos estaban asustados y el señor Peck arrepentido.

—Lo siento. Ese coche aparcado que acabamos de pasar, apenas pude verle, pero juraría que era Snabel.

Los muchachos se volvieron a mirar. El «Lincoln» seguía allí junto a la carretera y su color gris se confundía con el matiz grisáceo de aquel día lluvioso.

—No nos sigue —dijo Jupe—. Está parado, como si su conductor consultase un mapa, o averiado.

—Snabel todavía puede seguirnos. Si tiene algo de cerebro puede imaginar que seguiremos esta carretera por lo menos hasta Seattle. Puede que intente disimular para que no sospechemos.

Continuaron el viaje en silencio. Aquel día llegaron pronto y recorrieron las calles de Longview hasta encontrar un motel en las afueras. Al señor Peck le pareció conveniente por estar bastante apartado de la autopista. Snabel nunca les localizaría allí.

—No es que no me guste —dijo el señor Peck—. Nunca rehuí una pelea en mi vida, pero con Snabel tendría que estar peleando siempre. Ya me ocuparé de él más tarde. Lo importante es llegar a Nueva York sanos y salvos y, si es posible, pasarlo bien por el camino.

Al igual que el señor Peck, los Tres Investigadores no estaban acostumbrados a huir de los problemas. Pero en este caso la huida era la única solución. Si Snabel les perseguía, ellos no podían hacer

nada sin que él diera el primer paso. Si sólo eran imaginaciones del señor Peck, lo mejor que los muchachos podían hacer era mantenerse lo más cerca posible del anciano.

Aquella noche Jupe se despertó algo después de las doce. Oyó roncar al señor Peck en la habitación contigua, pero no eran sus ronquidos lo que le había despertado; ya estaba acostumbrado a ellos. Fue la brillante luz de los faros de algún automóvil que había entrado lentamente en el acceso al motel para luego detenerse.

Oyó abrir una portezuela, a pesar de que el conductor no paró el motor, y luego pasos que corrían, se detenían y volvían a correr.

Júpiter saltó de la cama.

La portezuela de un automóvil se cerró cuando Jupe llegaba a la ventana. Al asomarse vio a un coche grande que enfilaba la calle.

¿Era el «Lincoln»? No podía estar seguro.

Regresó a la cama y pensó que se volvía tan suspicaz como el señor Peck. De seguir así, pronto vería al señor Snabel agazapado detrás de cada arbusto o persiguiéndoles por todas las autopistas. Era ridículo. Incluso, aunque les siguiera a lo largo de toda su ruta, ¿qué esperaba Snabel ganar con eso? Ni siquiera había forzado el «Buick» ni registrado sus habitaciones.

¿Y el invento que el señor Peck pensaba presentar en Nueva York? ¿Dónde estaba? A menos que fuese lo bastante pequeño como para caber dentro de una maleta, a Jupe no se le ocurría ningún lugar del coche donde pudiera estar escondido.

Júpiter se durmió por fin. Cuando despertó de nuevo, Bob y Pete ya estaban levantados y vestidos. Tuvo que apresurarse.

Aquel día viajaron hacia el este a través de Washington, subieron por la montaña de las Cascadas y luego bajaron hasta una gran planicie que casi era un erial.

—¡Es un desierto! —exclamó Pete terriblemente decepcionado —. Yo creía que todo el estado de Washington estaba lleno de bosques de abetos.

—Pues estabas equivocado —le dijo su abuelo.

Pero más allá de Spokane volvieron a encontrar montañas y algunos arroyos que discurrían al lado de la carretera rodeada de bosques.

Aquella noche se detuvieron en Coeur dAléne, en Idaho. El señor Peck se empeñó en quedarse en un motel pequeño y apartado, muy

parecido al de Longview. Todos pensaban otra vez en Snabel.

Pero el señor Peck estaba muy contento.

—Puede que le hayamos perdido. He mirado por el retrovisor todo el día y no he visto nada sospechoso, pero no quiero correr riesgos. Nos quedaremos aquí.

El señor Peck no volvió a mencionar a su vecino durante la cena ni durante la animada partida de minigolf que jugaron después.

El señor Peck condujo a los muchachos de nuevo al motel. Se sentía muy satisfecho de sí mismo.

Aquella noche, cuando todos dormían, sonó un agudo y penetrante sonido por todo el edificio.

«¿Y ahora qué pasa?», se preguntó Pete, incorporándose.

El silbido continuó perforando sus tímpanos. Olfateó el ambiente y luego se puso a gritar:

—¡Jupe! ¡Bob! ¡Levantaos, deprisa!

Y golpeó la pared para despertar a su abuelo.

—¡Abuelo! ¡Es la alarma de humo! ¡El motel está ardiendo!

CAPÍTULO 9
LA PANTALLA DE HUMO

¡Iiiiiiii!

El chillido agudo de numerosas alarmas taladraron la noche.

Los Tres Investigadores oían correr y gritar a la gente. Puertas de automóviles que se cerraban. El aire estaba cargado de humo.

Júpiter descolgó el teléfono y llamó al parque de bomberos.

Pete salió de la habitación en pijama y comenzó a aporrear la puerta de la habitación de su abuelo.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Levántate! ¡El motel está ardiendo!

¡Iiiiiiii!

Entonces Bob ya se había puesto sus tejanos y estaba fuera también, llamando a todas las puertas con el fin de despertar a los huéspedes con el sueño pesado.

De una de las puertas apareció una mujer con una bata rosa, frotándose los ojos y todavía dormida.

—¿Qué sucede? —murmuró.

—¡Hay fuego en el motel, señora!

Se despertó sobresaltada.

—¡Norman, despierta! ¡Ya te advertí que no debíamos quedarnos en esta pocilga! —gritó la mujer en un sobre salto, mirando hacia el interior de la habitación.

Por aquel entonces el señor Peck y los Tres Investigadores llamaban a las puertas del edificio en forma de U. El humo les iba envolviendo. Al parecer salía de uno de los extremos de un ala.

Se escuchó un encontronazo y ruido de cristales rotos. En la zona de aparcamiento un automóvil con matrícula de Indiana había chocado al hacer marcha atrás con otro de Oregón. El conductor de

este último asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡A ver si mira por dónde anda, estúpido! —gritó.

Los huéspedes salían de sus habitaciones tosiendo y ciñéndose sus batas para resguardarse del frío. Algunos corrían a sus coches y escapaban a toda prisa; otros se reunieron en el patio para observar lo que ocurría.

—¿Ha llamado alguien a los bomberos? —preguntó una mujer.

—Sí —respondió Jupe—. Ya están en camino.

—Mira eso, Jupe —dijo Pete.

En un extremo del edificio había una puerta en la que se leía: SOLO PARA EMPLEADOS. El humo salía a chorros por las rendijas.


28

—¡Ahí es! —señaló Jupe a toda prisa—. ¡Que todo el mundo se eche hacia atrás! ¡No se acerquen al fuego!

Pete y Bob apartaron a los huéspedes de la puerta todo lo posible.

En aquel momento se oyó el ronquido de los motores de los coches de bomberos que subían por la calle y el aullar de sus sirenas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó un hombre bajito y calvo que vestía una bata vieja. Llevaba unas llaves en una mano y en la otra un extintor—. Soy el gerente del motel.

—Parece que el fuego esté localizado detrás de esta puerta —dijo Jupe.

El gerente se dispuso a abrirla al instante.

—¡Espere! —le advirtió Jupe—. ¡No abra…!

Demasiado tarde. La llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Una cortina de fuego salió por ella y el gerente del motel se echó hacia atrás; se cubrió el rostro con los brazos y dejó caer el extintor. Una oleada de calor intenso llegó hasta los muchachos.

Pete corrió a auxiliar al hombre y Bob recogió el extintor. Lo puso boca abajo y lanzó un chorro de líquido espumoso contra las llamas del interior del diminuto cuarto.

Los dos coches de bomberos se detuvieron frente a la fachada del motel. Los bomberos corrían y gritaban y, a los pocos segundos, apartaron a Bob. Uno de ellos dirigió la manguera a las llamas; un potente chorro de agua penetró en el pequeño recinto y el fuego se apagó. Las alarmas de humo cesaron de aullar. En el pequeño cuartito almacén no había nada más que unas escobas y ropas chamuscadas, un cubo de plástico que, al derretirse, había perdido la forma, y un montón negro de trapos empapados en el suelo.

Un bombero entró en el cuartito y miró con el ceño fruncido la masa empapada que tenía a sus pies. Luego le dio un puntapié. Cogió uno de los trapos y lo olió.

—Huele a aguarrás. ¿Han estado pintando?

La pregunta había sido hecha directamente al gerente del hotel que ahora no tenía cejas.

—¡No! —dijo el hombre, que juntó las manos como si rezara—. ¡Por supuesto que no! ¡No se ha pintado nada en el motel desde hace semanas, qué digo, meses!

El bombero volvió a olfatear insistentemente.

—¿Barniz de muebles?

—¡No! —exclamó el gerente—. Imposible. Quiero decir que no permito que los empleados dejen por ahí trapos empapados de aceite y pringosos.

—Podría estar equivocado —dijo el bombero, que dejó caer el trapo ennegrecido al suelo.

El señor Peck le acosó unos metros más allá.

—No tendría usted esos problemas si usara Furglow.

—¿Furglow? —repitió Bob.

—Es uno de los inventos del abuelo —explicó Pete—. Unas gamuzas desechables tratadas especialmente. Puedes sacar brillo con ellas y luego tirarlas.

—¡Les vendí el invento a una compañía de jabones y debieron guardarlo en alguna caja fuerte y después olvidarlo! —dijo el señor Peck con amargura. Y se marchó a su habitación donde instantes después gritaba como si le hubiesen mordido.

—¡Maldito ladrón y espía! —chilló—. ¡Pete! ¡Júpiter! ¡Bob! ¡Venid aquí!

Los muchachos acudieron.

—¡Mirad en vuestra habitación, deprisa! —gritaba el señor Peck.

Estaba de pie ante su puerta, mirando su cama que había sido levantada. El colchón estaba tirado en el suelo y las sábanas esparcidas por todos lados. Sus camisas, su ropa interior y sus calcetines estaban también tirados por todas partes y habían volcado su neceser encima del escritorio.

Jupe se quedó sin respiración y por unos instantes no se movió. Luego entró en la habitación del señor Peck y fue al cuarto de baño.

Había una ventana alta encima del inodoro en la pared posterior del edificio. Estaba abierta. Algunas pisadas en la tapa evidenciaban que alguien se había subido encima de ella con zapatos.

Jupe se subió también y examinó el pestillo de la ventana.

—Alguien hizo saltar el pestillo y entró por la ventana —le dijo Jupe al señor Peck—. Puede que haya salido por el mismo sitio o quizá por la puerta. Le habrá sido fácil escapar entre la multitud con tanto alboroto y tanto humo.

Bob llegó corriendo de la habitación contigua.

—Eh, muchachos, ¿sabéis una cosa?

—Sí —contestó Jupe—. Que alguien ha estado en nuestra habitación revolviéndolo todo.

—Eso es —asintió Bob—. Pero que yo sepa no falta nada.

—¡Snabel! —exclamó el señor Peck—. ¡Nos ha seguido hasta aquí!

—¿Cómo, abuelo? —dijo Pete—. Aunque fuese suyo el coche que aparcó ayer en la entrada, no hemos vuelto a verle. ¿Cómo podía saber que estábamos aquí?

—Tal vez nos sigue de cerca —insistió el señor Peck—. Suponte que el «Lincoln» que llevaba fuese alquilado. Puede haberlo devuelto y ahora llevar otro coche distinto.

Júpiter recordó haber visto un coche grande la noche anterior ante el motel de Longview, pero no dijo nada. No hacía falta excitar más al anciano.

Pete examinó la revuelta habitación.

—Abuelo, ¿no vas a comprobar si se ha llevado tu invento?

—No se lo ha llevado. Ni se lo llevará tampoco.

Dicho esto, volvió a salir al patio y los muchachos le siguieron.

Algunos de los huéspedes todavía estaban allí, observando al gerente del motel y la confusión reinante. Los coches de bomberos esperaban en la calzada con los motores en marcha. Un coche patrulla había aparcado en la acera. Su luz giratoria no cesaba de lanzar destellos color naranja contra la fachada del motel.

El señor Peck se dirigió al policía que estaba en la puerta del cuartito almacén, conferenciando con uno de los bomberos.

—No necesitan hacer más averiguaciones. El fuego fue provocado.

El bombero y el agente le miraron con recelo y curiosidad.

—¿Sabe usted algo al respecto? —¡Pueden apostar a que sí!

Pete suspiró.

—Ya estamos otra vez —le dijo a Jupe.

—Ed Snabel es quien lo ha provocado —dijo el señor Peck—. Lo hizo para poder entrar en mi habitación y registrarla. Acabo de descubrir que la mía y la habitación de los muchachos han sido registradas. Ese hombre no tiene conciencia. Ha puesto en peligro la seguridad de un montón de gente sólo para lograr sus propósitos. ¡Este lugar pudo arder hasta los cimientos y él ni siquiera hubiese parpadeado!

El gerente del motel sonrió al señor Peck como si el anciano acabara de caer del cielo.

—¡Se lo dije! —exclamó—. Les dije que aquí no hay nunca trapos grasientos. Los empleados de la limpieza tienen órdenes estrictas. ¡De modo que no fue un descuido, sino sabotaje!

El policía entró en el cuartito y examinó la ventana de la pared del fondo. Era igual a la del cuarto de baño del señor Peck y estaba entreabierta con el pestillo roto.

—¿Cuánto tiempo hace que está así?

—Nunca estuvo así —declaró el gerente—. Lo tengo todo cerrado y conservo las cosas en buen uso. No permitiría que el cierre de una ventana permaneciera roto más de un par de horas.

El policía se volvió al señor Peck.

—Me gustaría ver su habitación.

Al señor Peck le encantó mostrársela. A continuación los muchachos le enseñaron la suya.

El policía tomaba notas. Su compañero abandonó el coche y empezó a llamar a las puertas para interrogar a los huéspedes que habían regresado ya a sus habitaciones. No tardó en informar que únicamente las del señor Peck y los muchachos habían sido allanadas.

—Podría ser un ladrón de hotel —dijo el primer agente—, pero no acostumbran a operar de este modo.

—¡Le digo que ha sido Ed Snabel! —declaró el señor Peck—. Nos ha seguido hasta aquí desde Rocky Beach.

—¿Rocky Beach? —se extrañó el agente.

—Está en California. Escuche, nos esperaba en Playa Pismo y también en Monterrey. En mi opinión lanzó sobre nosotros esa horda de motociclistas. Quiero que le detengan. ¡Es peligroso!

—Sí, señor —repuso el agente—. ¿Y por qué les sigue? ¿Por qué ha registrado sus habitaciones? ¿Qué es lo que busca?

—Mi invento.

—¡Oh! —dijo el agente—. ¿Qué invento?

El señor Peck se quedó helado, y una mirada astuta apareció en su rostro.

—No creo que pueda decírselo. Todavía no puedo decírselo a nadie.

—Ya —dijo el agente—. Bien. Si pudiera describirnos a ese

hombre, su automóvil, podríamos…

—Conducía un «Lincoln», pero ahora es probable que haya cambiado de coche. ¿Por qué perdemos el tiempo divagando? ¡Ha escapado!

El agente asintió con una sonrisa para tranquilizarle; luego anotó el nombre y la dirección del señor Peck, así como los datos de los muchachos. También apuntó el número de la matrícula del «Lincoln» cuando Jupe se lo dio. Luego se subió al coche patrulla y se marchó con su compañero.

—¡Maldito gandul! —dijo el anciano—. ¡No hará nada, os lo aseguro!

—Piensa que estamos locos —dijo Pete—. Abuelo, afrontemos los hechos. ¡Si Snabel nos sigue, tendremos que solucionarlo nosotros!

CAPÍTULO 10
PÁNICO EN EL PARQUE

Dos días más tarde, el señor Peck y los muchachos habían atravesado Idaho hasta Livingstone, Montana, y luego fueron hacia el sur, al Parque Nacional de Yellowstone, en Wyoming. El tráfico en las carreteras era escaso al principio de temporada. En Yellowstone vieron chorros de vapor saliendo entre las grietas del suelo y varios géiseres lanzando agua hirviendo a más de veinticinco metros de altura. Contemplaron con asombro las charcas de barro burbujeantes y perdieron la cuenta de los fantásticos lagos y cascadas. Ante las maravillas de la naturaleza en aquella zona volcánica, los viajeros olvidaron sus cuitas transitoriamente.

Pepe se volvió para mirar la carretera del parque y Bob suspiró. Ambos presentían la aparición del enemigo.

—No hemos visto nada sospechoso desde que fuimos al monte Santa Helena —dijo Bob.

Júpiter decidió que había llegado el momento de romper su silencio, y les habló del automóvil grande que viera entrar en la explanada del motel de Longview.

—Claro que no tengo prueba alguna de que el conductor fuera Snabel —admitió Jupe.

—Tal vez Snabel esté ahora en Rocky Beach, regando sus orquídeas —dijo Bob—. Quizás el incendio del motel fue una Coincidencia. Dio la casualidad que llegamos allí la noche en que un ladrón decidió incendiarlo para robar en las habitaciones y…

—¡Ladrón! —exclamó el señor Peck—. No fue ningún vulgar ladrón quien registró mi habitación, ni tampoco la vuestra. Mi cartera estaba encima de la mesilla de noche, y el que entró, ni

siquiera la tocó. Tampoco se llevaron tu cámara, Bob.

—¿Cómo iban a llevársela si estaba en el coche? Me olvidé de cogerla.

—¿Pero y mi dinero? —insistió Ben Peck—. He oído hablar de los ladrones de hotel: huelen el dinero a una velocidad de vértigo. Y no van por ahí incendiándolo todo para crear confusión. No es ese su modo de actuar.

La alegría que experimentaron los muchachos contemplando los géiseres había desaparecido; de nuevo sentían una sorda inquietud.

—Será mejor que nos marchemos —anunció el señor Peck. Él también estaba nervioso—. Este lugar está demasiado solitario. Me saca de quicio.

En circunstancias ordinarias Pete le hubiera dicho: «¡Oh, abuelo, no exageres!», sin embargo, hoy no estaba tan seguro de que exagerase.

A última hora del día llegaron a un motel de una pequeña población cerca de Montana, en la línea fronteriza de Wyoming. Una vez hubieron dejado sus equipajes, el señor Peck se llevó el «Buick» para aparcarlo en una calle lateral. Transcurrieron el resto de la tarde yendo del motel al automóvil para asegurarse de que el «Buick» estaba a salvo.

—Con eso, echas por tierra tu plan de aparcar el coche lejos del motel —le dijo Pete a su abuelo después del quinto viaje hasta el coche—. Si Snabel nos sigue realmente, te verá ir y venir de este modo, y entonces todo lo que tiene que hacer es seguirte hasta aquí y… ¡zas!, nuestras habitaciones del motel cambiarán la decoración gratuitamente.

Enviaron al señor Peck a su habitación donde no tardó en roncar ruidosamente. Los Tres Investigadores permanecieron despiertos, comentando el incendio de Coeur dAléne.

—No puede haber sido Snabel —insistía Pete—. ¡No vimos que nos siguiera ningún coche!

—Tal vez tenga un helicóptero y nos vigile desde el aire —sugirió Bob.

—¿Y dónde podría haber conseguido un helicóptero? —replicó Pete—. Además, los helicópteros hacen ruido. Le habríamos descubierto.

Jupe se incorporó en la cama de un brinco.

—¡Le telefonearemos! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Llamaremos a su casa de Rocky Beach y, si contesta, sabremos que todo ha sido una coincidencia y dejaremos de preocuparnos.

—¿Sabes su número? —dijo Bob.

—Claro que no, pero aunque su teléfono no esté en la guía lo pediremos a información.

Jupe descolgó el teléfono que estaba en la mesilla de noche junto a su cama. Un minuto más tarde oía sonar el timbre del aparato de Edgar Snabel.

—Se pondrá furioso si le despiertas —manifestó Bob.

—En Rocky Beach es una hora menos —indicó Jupe—. No olvidéis que estamos en la zona de las Montañas Rocosas.

Cuando el teléfono hubo sonado tres veces se oyó un clic como si hubieran descolgado. Jupe oyó un absoluto silencio y a continuación un segundo clic.

«Lo siento —dijo una voz grabada—. Aquí Ed Snabel. Ahora no puedo ponerme. Si deja su nombre y un número donde pueda localizarlo, le llamaré en cuanto pueda. Aguarde a la señal para dejar su mensaje. Gracias». Y a esto siguió un pitido.

—¡Maldita sea! —exclamó Jupe al dejar el aparato—. Tiene contestador automático.

—De modo que estamos igual que antes —dijo Pete.

—Podemos volver a probar por la mañana —propuso Júpiter—. Quizás entonces conteste.

Pero cuando Jupe repitió la llamada a las ocho de la mañana, el contestador automático volvió a repetir su cantinela y los Tres Investigadores se dieron por vencidos.

Se sentían molestos y desilusionados cuando salieron. Sin embargo, el día era claro y hermoso, con un radiante cielo azul y ligeras nubéculas. Viajaron kilómetros y kilómetros atravesando las tierras de pasto de Wyoming donde se apacentaba el ganado. Al aproximarse a Rapid City, en Dakota del Sur, el señor Peck anunció que no estaba dispuesto a permitir que Snabel arruinase sus vacaciones.

—Vamos a pasarlo bien aunque le pese a ese tunante gordinflón —dijo Ben Peck—. No vamos a perdernos ninguna de las cosas que queremos ver.

Los muchachos estallaron en vítores y rieron ruidosamente

durante la comida en Rapid City. Luego consiguieron llegar al monte Rushmore sin volver la cabeza ni una sola vez.

No obstante, Jupe observó que el señor Peck miraba por el retrovisor más a menudo de lo que era recomendable para su seguridad.

La carretera hasta el mirador de observación del Rushmore ascendía serpenteante durante varios kilómetros de curvas; al fin llegaron a una zona llana con aparcamiento donde dejaron el automóvil. El señor Peck y los tres muchachos continuaron a pie por un amplio paseo donde las banderas de los cincuenta estados ondeaban al viento. Fue una ascensión fácil, de tal vez unos doscientos cincuenta metros desde el aparcamiento hasta el mirador. Desde allí pudieron contemplar los gigantescos rostros de cuatro grandes presidentes, que habían sido esculpidos en la piedra de la ladera de la montaña de Dakota del Sur.

—¡Qué obra! —exclamó Pete.

Júpiter llevaba consigo una guía.

—Las colosales cabezas de Washington, Jefferson, Lincoln y Teodoro Roosevelt fueron esculpidas bajo la dirección del difunto Gutzon Borglum —leyó en voz alta—. Cada una de ellas mide doce metros de altura.

Pete se echó a reír de pronto.

—Puede que la madre de Borglum le dijese de pequeño que de mayor hiciera algo realmente grande para poder sentirse orgullosa de él.

—¡Muy agudo! —dijo una voz detrás de los muchachos.

Pete se volvió y el señor Peck hizo lo propio.

—¿Sus nietos? —dijo sonriente una señora regordeta que vestía unos tejanos demasiado ceñidos.

—Uno de ellos, sí —contestó el señor Peck.

—¡Los niños son maravillosos! —gorjeó la mujer—. ¡Tienen unas ideas tan frescas y originales!

El señor Peck miró a los muchachos como si intentara descubrir en ellos algún signo de frescura u originalidad. Pete y Bob se sonrojaron.

Júpiter, que no podía soportar que le llamasen niño, le dedicó una mirada aplastante. La mujer parecía tener cerca de sesenta años. Llevaba una blusa con rosas estampadas de color muy intenso.

Sus pendientes y su lápiz de labios eran exactamente del mismo color que las rosas. Sonriendo empalagosamente dio un par de pasos hacia el señor Peck.

—Mi única pena —dijo con cierta amargura—, es no haber tenido hijos. Todo el mundo me dice: «Betsy, hubieras sido una madre maravillosa». Por eso me gustan tanto los niños de los demás.

El señor Peck se encontró mirándola a los ojos desde una distancia demasiado corta para su gusto. Quiso dar un paso hacia atrás para apartarse de la dama, pero descubrió que le tenía sujeto de una manga. Llevaba las uñas pintadas del mismo color de las rosas.

Pete miró su reloj y carraspeó. Luego dijo:

—Abuelo, tenemos que marcharnos. La abuela nos espera en el motel.

Fue una mentira que causó efecto; ni mejor se le hubiera ocurrido a Júpiter. La animación de la mujer desapareció. Apartó su mano del brazo del señor Peck y se separó de él.

—¡Oh, válgame Dios! —exclamó—. No debo retenerles. ¡Ha sido una charla tan agradable!

—¡Agradabilísima! —dijo el señor Peck, sonriendo galante, mientras echaba a andar camino del aparcamiento. Los muchachos le rodearon como guardaespaldas, protegiendo sus flancos.

—¡Abuelo, eres un tunante! —le dijo Pete cuando estuvieron a salvo en el coche—. ¡Esa dama quería conquistarte!

El señor Peck sonrió y alzó la barbilla.

—¡Este viejo todavía conserva su atractivo! —dijo, pavoneándose.

Subieron y bajaron colinas, y al fin tomaron la carretera que llevaba al Parque Nacional de Custer.

—Una de las manadas más grandes de bisontes del mundo vive en este parque —informó Jupe—. Los he visto en los zoológicos, pero nunca vi ninguno en libertad.

—Los veremos en plena naturaleza —dijo el señor Peck—. Jupe, ¿te empollaste esa guía antes de salir? ¿O te pasas las noches aprendiéndote esas cosas de memoria?

—Se debe a su extraordinaria memoria —repuso Bob—. Nunca olvida un dato.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo —dijo el señor Peck—. Hay días que no recuerdo siquiera mi nombre; menos mal que lo llevo escrito en mi carné de conducir.

—Eso es —aseveró Pete— porque estás demasiado ocupado con nosotros, empapándote, como dijo la dama, de nuestras frescas y originales ideas.

—Cierto —formuló el señor Peck—. Y como os volváis más frescos os dejaré a un lado de la carretera para que vayáis hasta Custer andando.

Tras ascender por una colina, entraron lentamente por la verja del parque.

El señor Peck, deteniendo el coche, exclamó:

—¡Canastos! ¿Y eso qué es?

Una manada de asnos salvajes se había congregado en la carretera. Sus pequeñas y delicadas pezuñas hacían clop clop sobre el asfalto mientras los animales se acercaban a las ventanillas del automóvil.

—Creo que quieren comida —dijo Pete.

—¡Terrible! —exclamó el señor Peck—. Probablemente están hartos de basura. Espero que los bisontes no anden buscando algo que comer.

Nada de eso. Los enormes animales pacían a cierta distancia, más al interior del parque, e hicieron caso omiso del coche cuando el señor Peck lo detuvo en la carretera.

—Una vez hubo tantos bisontes que las llanuras estaban plagadas de ellos —explicó Júpiter—. Solían vagar por las vías del ferrocarril y parar los trenes durante horas.

—Y ahora éstos son casi todos los bisontes que quedan —replicó el señor Peck—. Lo cual demuestra de lo que somos capaces los humanos cuando nos ponemos a pegar tiros.

Bob iba disparando su cámara.

—Me gustaría acercarme más si fuera posible —dijo—. Desde esta distancia parecen un montón de peñascos entre la hierba alta.

—¡Olvídalo! —le advirtió Pete—. Son bichos peligrosos.

—Desde luego que sí —dijo el señor Peck—. Cada año algún tonto intenta acercarse demasiado a alguno y acaba corneado. Dejémosles en paz. Son animales salvajes y los animales salvajes siempre son peligrosos.

Cuando dejaron atrás los bisontes encontraron un lugar donde poder aparcar junto a la carretera.

—Llevo sentado demasiado tiempo —declaró el señor Peck—. Me apetece dar un paseo —señaló un sendero que iba desde la carretera hasta una colina cubierta de pinos—. ¿Alguien quiere ver lo que hay al final de ese camino?

—Mientras el final no esté demasiado lejos —replicó Bob.

El señor Peck quitó las llaves del contacto.

—¿Tú vienes? —le preguntó a Jupe.

—Creo que no —replicó éste—. Prefiero quedarme aquí y meditar un rato.

El señor Peck se encogió de hombros.

—Como gustes.

Pete, Bob y él se apearon. A los pocos minutos habían desaparecido en el espeso bosque. Jupe se bajó del coche y escuchó.

Otro automóvil se aproximaba por la carretera. Jupe aguardó, casi esperando ver aparecer el «Lincoln» gris. Sin embargo, no fue un «Lincoln» lo que vio, sino un «todo terreno» y un anciano al volante. El hombre saludó a Jupe con la mano al pasar.

Jupe sonrió al darse cuenta de que había dejado volar su imaginación. Nadie les seguía. Si Snabel fuese tras ellos tendría que tenerles a la vista por lo menos parte del tiempo. Ellos estuvieron alertas y vigilantes, pero no vieron nada sospechoso en cientos de kilómetros.

Un pájaro cantó en un árbol encima de Jupe, y luego salió volando con un fuerte batir de alas. Jupe estaba ya aburrido de esperar junto a la carretera. Cuando los otros se marcharon pensó que él debía vigilar el «Buick», pero seguro que era una tontería. Echaría a correr para alcanzar a sus compañeros.

Subió por el sendero.

El bosque se cerró tras él y al volverse en el primer recodo no pudo ver la carretera. Sin embargo, oyó el ruido del motor de un coche. Se detuvo a escuchar y oyó abrir una portezuela y luego cerrarla.

Alguien se había salido de la carretera para aparcar cerca del «Buick».

Jupe sintió que su pulso se aceleraba y se le pusieron de punta los pelos de la nuca. Dio un paso al lado y se volvió a mirar. La

persona que había aparcado el coche comenzó a subir por el camino y a Jupe le invadió el pánico. ¡Tenía que esconderse!

La colina estaba bastante oscura debido a la sombra de los árboles que la cubrían. Los matorrales eran escasos, pero a unos pocos metros a la derecha del sendero había un grupo de matas que parecían manzanilla. Jupe fue hasta allí y se tumbó detrás. Miraba el camino por entre los tallos de las plantas.

Jupe no pudo ver el rostro del recién llegado, pero sí el par de pies que aparecieron ante su campo visual. Se oía una respiración ronca y fatigosa. El recién llegado se detuvo mirando camino arriba. Llevaba mocasines marrones y unos tejanos. Jupe dedujo que el hombre no estaba demasiado acostumbrado al aire libre. Los zapatos eran casi nuevos, los tejanos parecían rígidos y el hombre se detenía demasiado a menudo.

¿Por qué esperaba tanto antes de continuar? ¿Habría notado algo? ¿Acaso dejó alguna señal de su paso al abandonar el sendero?

De pronto, Jupe tuvo la sensación de estar terriblemente al descubierto. De volverse el hombre hacia la derecha seguro que le vería. Algún animal salvaje salió de su escondite a la izquierda del hombre, que dio media vuelta para ver cuál era la causa del ruido.

En aquel momento, Jupe se incorporó hasta ponerse a gatas y miró por encima de las matas.

Casi se queda sin aliento.

¡La figura rechoncha que estaba en el camino llevaba una pistola en la mano!

—¡Iu ju! —gritó alguien.

El hombre se volvió a mirar hacia la carretera y Jupe pudo ver su rostro bajo un sombrero de paja de ala ancha. Sus dudas se disiparon: era Snabel.

Jupe se dejó caer al suelo. Estaba sudando. ¿Y si saliera huyendo? Decidió no hacerlo. Seguro que Snabel le vería si abandonaba su precario refugio.

—¿Me recuerda? —decía la voz del camino. Era una mujer, y ahora estaba muy cerca. Jupe sonrió. Conocía esa voz. Era Betsy, la dama que había hablado con el señor Peck en el monte Rushmore —. ¡Pensé que no volvería a verle nunca más cuando se disipó en el aire después de comer!

Jupe supuso que Snabel habría escondido la pistola en su

bolsillo para que la dama no la viera. Oyó murmurar a Snabel que había tenido que ir a poner gasolina, y a la mujer expresar su contento por haberle vuelto a encontrar. Se ofreció a acompañar a Snabel en su paseo, si era ese su propósito. Snabel se negó con brusquedad diciendo que ya había tomado todo el aire fresco necesario por aquel día.

Jupe levantó la cabeza y los vio marchar.

La mujer iba cogida del brazo de Snabel que seguía caminando estoicamente igual que un robot. Jupe imaginó que estaría furioso por haber sido sorprendido y hecho prisionero por la dama.

La extraña pareja desapareció. Un minuto o dos más tarde Jupe oyó poner en marcha un automóvil, luego otro, y alejarse después a los dos.

CAPÍTULO 11
UNA OSADA MANIOBRA

Los amigos de Jupe lo encontraron sentado junto al camino cuando regresaron media hora más tarde.

—Te has perdido una buena excursión —dijo Pete. Bob frunció el entrecejo.

—Algo ha ocurrido —dijo—. Tienes un aspecto… horrible.

—Nunca imaginé que nos siguiera con una pistola —exclamó Júpiter, meneando la cabeza—. Ha sido todo un *shock*. Señor Peck, le debemos una disculpa.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Snabel estuvo aquí y llevaba una pistola. Hasta ahora yo tenía mis dudas respecto a sus sospechas, pero estaba usted en lo cierto. Nos sigue y, si puede, nos hará daño de verdad.

Jupe les narró lo sucedido.

Ben Peck se echó a reír al final de la narración.

—Bien, a esa dama le gusta trabar amistad con extraños, ¿verdad? Y Snabel es de lo más extraño que hay. Le tendrá entretenido un buen rato.

Pete miró a su abuelo que se desternillaba de risa.

—Abuelo, no tiene gracia. Podría habernos matado. Ahora que tenemos la certeza deberíamos avisar a la policía, o al *sheriff*, o a quien corresponda en esta zona.

El señor Peck meneó la cabeza.

—¿Recordáis a aquel policía la noche del incendio cuando le hablé de Snabel? Pensó que yo estaba loco. Tú, Pete, lo dijiste entonces, y tenías razón: ocurra lo que ocurra, tenemos que solucionarlo nosotros. ¡No perdamos más tiempo discutiendo sobre

esto! ¡Prosigamos nuestro viaje!

Aspiró el aire con fuerza como si saborease el bosque por primera vez.

—Me siento aliviado —declaró—. Ahora estamos seguros. ¿Sabéis? Me preguntaba si no estaría empezando a chochear.

Júpiter y Pete intercambiaron una mirada de sorpresa. El señor Peck comenzó el descenso hacia el coche y los muchachos le siguieron. Llegaron a Rapid City al anochecer y se hospedaron en un motel. Después de cenar unas hamburguesas en el lugar más próximo, el señor Peck se acostó y roncó satisfecho.

Jupe tumbado en la cama contemplaba el techo.

—¿Cómo lo hará?

—¿Te refieres a Snabel o al abuelo?

—A Snabel, claro —replicó Jupe—. Siempre nos encuentra, vayamos donde vayamos.

No había respuesta, ni los otros intentaron buscarla. Se durmieron en seguida.

Cuando a la mañana siguiente reemprendieron la marcha, estaban todos tensos, observaban la carretera en frente y luego se volvían a mirar hacia atrás con frecuencia. Todas las veces que bajaban del coche para estirar un poco las piernas y contemplar la panorámica, camino de Badlands, también en Dakota del Sur, no se apartaban del «Buick». Las extrañas formas de las rocas en aquella región pusieron a Pete muy intranquilo. Le daba la impresión de estar en territorio enemigo, y que Snabel podía aparecer detrás de un arbusto, o de un peñasco, y abrir fuego contra ellos con un arma mortífera.

—Abuelo, ¿cuál es ese invento que desea con tanto afán? —preguntó Pete quizá por centésima vez desde que emprendieron el viaje.

—Es muy importante, Pete —contestó el señor Peck muy serio —. La verdad es que estarás más seguro si no sabes de que se trata.

Siguieron adelante, pasando más formaciones rocosas, hasta llegar a un poblado de perros de las praderas. El suelo estaba lleno de agujeros, y los perros corrían de un agujero a otro o permanecían sentados ante ellos.

Eran apenas las once de la mañana cuando finalizaron su recorrido por los Badlands. Regresaron a la autopista y se dirigieron

a toda velocidad hacia el este. Ahora el terreno era llano y la carretera se extendía kilómetros y kilómetros sin apenas una ondulación o una curva. Vieron coches delante de ellos y muchos circulando en sentido contrario, pero ningún «Lincoln» gris.

Ben Peck conducía deprisa, adelantando a otros automóviles y mirando a sus conductores al pasar. Al cabo de un rato aminoró la marcha, dejando que le adelantaran otros vehículos, pero no vio ni rastro de Edgar Snabel.

—No lo entiendo. No va delante ni le veo detrás. No nos ha adelantado ni nosotros le hemos pasado. Pero apuesto un botón de mi camisa a que anda por aquí cerca. ¿Cómo lo hace?

Pete, que vigilaba por la ventanilla posterior, se puso tenso de repente.

—¡Motoristas! —anunció—. ¡Eh, abuelo, mira que si fuesen la misma banda que vimos en Crescent City!

El señor Peck miró por el espejo retrovisor.

—Están muy lejos de Crescent City, a menos que se dirijan a una convención. Tengo entendido que esa gente celebra reuniones de éstas a menudo.

Los motoristas montaban en formación militar. Iban en dos líneas sentados muy erguidos, a buena marcha y mirando al frente. Desde luego, eran tan imponentes como el grupo de Crescent City, y también iban vestidos de cuero negro claveteado.

Se acercaban al «Buick» implacablemente.

—Abuelo, ¿no puedes ir más deprisa? —le pidió Pete.

—Nosotros no huimos de nadie —replicó el señor Peck.

Bob sonrió. El señor Peck tenía desde luego sus defectos, pero también coraje y decisión, y los muchachos empezaban a confiar en sus recursos.

—No hay razón para suponer que esos tipos tengan algo que ver con nosotros —dijo ahora—. Incluso aunque fuesen los que vimos en Crescent City, en estos momentos ya nos habrán olvidado.

Los muchachos podían oír el ronquido de las motos, y vieron a los motoristas situarse a la izquierda para adelantar el «Buick».

—¡Uh oh! —exclamó Pete—. ¡Ese es el tipo que se abalanzó sobre ti en el muelle, abuelo!

El señor Peck gruñó.

—¿Cómo puedes saberlo? Lleva tanta barba que no parece un

ser humano.

El motorista se volvió para mirar al «Buick» al adelantarlo y, por desgracia, el señor Peck miró al motorista en aquel mismo instante. Sus ojos se encontraron; los del motorista se abrieron desmesuradamente, lo mismo que su boca, en un gesto de sorpresa. Los muchachos le vieron sonreír. Luego gritó a sus amigos mientras señalaba al señor Peck y los muchachos.

—¡Ya están aquí! —exclamó Bob—. ¡Ya los tenemos otra vez encima!

Los motoristas rodearon al «Buick» y aminoraron la marcha.

El señor Peck pisó el acelerador y el «Buick» salió disparado. Los motoristas que iban delante del coche no se apartaron. Continuaron su marcha imperturbables, muy erguidos y con la mirada al frente, como si lo desafiaran para que les arrollase.

—Están convencidos de que no les atropellaré… y aciertan —dijo el señor Peck con amargura. Aflojó la presión de su pie sobre el acelerador y fue más despacio.

Miró hacia la izquierda e inició la maniobra. El motorista que iba a su lado se apartó. Se puso más a la izquierda y, de nuevo, el motorista le cedió el paso. Se oyeron gritos de protesta, pero ya era demasiado tarde. El «Buick» estaba en el primer carril, y el motorista que no se atrevió a bloquearle el camino, detrás.

—Mirad ahí delante.

El señor Peck indicó a los muchachos una nube de humo que se alzaba en uno de los pastos junto a la carretera. Alguien debía quemar hierbajos y, puesto que casi no había viento, el humo permanecía pegado a la tierra oscureciendo la carretera. Dentro de pocos segundos estarían metidos en esa densa nube.

—Cuando lleguemos a esa humareda —prosiguió el señor Peck—, agarraos fuerte, muchachos.

No hubo tiempo para más explicaciones. Estaban inmersos en el humo y la carretera desapareció. Los motoristas también. Sólo había una nube gris que lo envolvía todo. Ben Peck dio un golpe de volante a la izquierda.

Se despegaron del suelo. Por un instante volaron por el aire. Luego cayeron a tierra en la zanja de la zona divisoria. Por un segundo Pete pensó que iban a volcar, y gritó, pero el automóvil recobró el equilibrio y quedó de cara al oeste.

El señor Peck respiró profundamente, puso la primera, pisó el acelerador y sintió girar las ruedas. Salieron hacia adelante dando tumbos por la zanja y siguiendo la línea paralela que separaba las dos calzadas de la autopista. Pete miró por encima de su hombro en cuanto salieron de la nube de humo. El primer carril en dirección oeste estaba libre.

—¡Allá vamos! —gritó el señor Peck y, girando el volante, hizo saltar el coche por encima del bordillo para entrar en la autopista dirección oeste. Una vez conseguido su objetivo, aumentó la velocidad.

—¡Abuelo, qué grande eres! —vitoreó Pete.

—No cantes victoria todavía —le advirtió su abuelo—. Esos tipos no tardarán en darse cuenta de lo que he hecho.

Había una salida unos metros más allá. El señor Peck enfiló la rampa de deceleración. Al final de la rampa tomó la primera carretera y se dirigió a un grupo de árboles que estaban a unos quinientos metros.

—Aquí no nos verán —pronosticó—. Sólo mirarán la carretera que tienen delante.

Respiraba más agitadamente que de costumbre, pero sonreía mientras vigilaba la autopista.

Un minuto después los motoristas aparecían ante su vista. Volvían a montar en rígida formación, pero evidentemente escrutaban la autopista que se extendía ante ellos mientras circulaban dirección oeste.

—Vaya una caterva de malvados —manifestó el señor Peck—. Me temo que nos reservaban alguna sorpresa desagradable.

Los motoristas continuaron su marcha por la autopista hasta desaparecer en la distancia. De pronto, Júpiter señaló:

—¡Mirad ahí! —exclamó.

Un «Lincoln» gris iba hacia el este por el primer carril. Un segundo después de que Júpiter hubiera hablado aminoró la marcha.

—¿Será posible? —dijo Ben Peck.

—Eh, tal vez no sea Snabel —dijo Bob—. Puede ser cualquiera.

—Y si es Snabel —apuntó Pete— le dejaremos que vaya delante de nosotros para variar.

Pero el «Lincoln» no siguió adelante, sino que aflojó la marcha,

se metió en el arcén de la autopista y se detuvo ¡justamente delante del lugar desde donde ellos le observaban!



CAPÍTULO 12
UN LANCE APURADO

El «Lincoln» continuaba parado con sus luces de emergencia encendidas.

—¡Nos ha vuelto a localizar! —exclamó el señor Peck—. ¡Maldita sea! Es Snabel, y sabe que estamos aquí. Pero ¿cómo lo hace?

A través de los árboles vieron aparecer un coche patrulla en la autopista. Se detuvo en el arcén junto al «Lincoln» y un agente uniformado se apeó. Snabel abrió la portezuela del coche y cambió unas palabras con el agente. Luego le acompañó hasta la parte delantera del «Lincoln» y Snabel levantó el capó para mirar el motor.

—Es una comedia —dijo Jupe—. Está fingiendo ser un conductor en apuros.

Jupe salió del «Buick».

—Está bien —anunció—. Mientras está entretenido en la autopista veamos cómo logra seguirnos.

—¡Sí! —masculló Pete—. ¿Cómo?

—El señor Peck lo dijo —corroboró Jupe—. Nos ha localizado, y eso es rigurosamente exacto. En este coche debe haber algún dispositivo que le manda una señal. Él la intercepta y sabe así dónde estamos. Por eso ha podido seguirnos sin necesidad de vernos siquiera. ¡Es de la única forma que ha podido hacerlo!

Salieron todos y el señor Peck se apresuró a abrir el maletero del coche. Sacaron las maletas y las abrieron. Quitaron también los asientos posteriores. Jupe inspeccionó debajo de los asientos delanteros y del salpicadero.

Fue Bob quien encontró al fin el aparato pegado al depósito de la gasolina debajo del coche. Era una cajita de plástico, no mayor que una pastilla de jabón.

—¡Ya lo arreglaré yo! —exclamó el señor Peck, cogiendo una piedra.

—¡No, espere! —Jupe cogió el aparato detector y lo colgó de la rama de un árbol—. Le tendremos esperando un rato más.

Los Tres Investigadores volvieron a meter el equipaje en el coche. El señor Peck puso el motor en marcha y arrancaron de nuevo. Esta vez se alejaron lentamente de la autopista en dirección norte a campo traviesa.

Bob miró hacia atrás. Lo último que vio en la autopista fue a Snabel hablando con el agente del Estado, y a éste mirando el «Lincoln» y rascándose la cabeza con aire de perplejidad.

Al cabo de un trecho, el señor Peck encontró una buena carretera vecinal. Giró al este y condujo a través de una serie de pueblecitos rurales, separados entre sí por grandes extensiones de pastos que, de vez en cuando, estaban salpicados de ovejas y caballos. En Pierre, todavía en Dakota del Sur, atravesaron el río Missouri y luego vieron más aldeas y más praderas.

Por la noche se detuvieron en una pequeña posada para dormir y desayunar, en una población que estaba a menos de cincuenta kilómetros de la línea divisoria del estado de Minnesota. Tenía un garaje que se cerraba con llave, donde el señor Peck pudo dejar su coche. La posadera era una mujer sonriente y tranquila llamada señora Leonard que hablaba continuamente sin esperar respuesta.

Les preparó una cena excelente y, al día siguiente, un desayuno campesino auténtico. Y allá se fueron otra vez, respirando el suave y húmedo aire del campo.

La mayor parte del trayecto la hicieron por carreteras de segundo orden hasta Minnesota. Pero en Rochester volvieron a coger la autopista y fueron directos hacia La Crosse, ya en el estado de Wisconsin. El señor Peck estaba entusiasmado.

—Con Snabel o sin Snabel veremos La Crosse —anunció—. La madre de Pete se crió aquí. Es una de las ciudades más bonitas que podáis imaginaros.

—Ahora que ya nos hemos librado del chisme electrónico que Snabel nos había colocado, no tenemos por que preocuparnos —

indicó Pete.

—Lo que es seguro es que Snabel es un sujeto ruin y solapado —afirmó el señor Peck—. Debe haber venido preparado como un espía profesional. Probablemente ha debido poner micrófonos espías por mi casa desde hace años. No me extraña que sepa tantas cosas que no son de su incumbencia.

En otros tiempos Júpiter hubiera tomado estas declaraciones con cierta reserva. Ahora las creía a pie juntillas. Snabel les seguía por todo el país, sin el menor género de duda y, al parecer, deseaba hacerse con el invento del señor Peck, fuese lo que fuese.

«¿Y qué podría ser?», se preguntó Júpiter. Los Tres Investigadores habían registrado el automóvil sin encontrar el menor rastro del insólito invento. ¿Acaso el señor Peck lo llevaba encima? ¿O en su cabeza? Pero ¿cómo iba Snabel a robárselo si lo llevaba el señor Peck en la cabeza?

No obstante, surgían más dudas. ¿Por qué Snabel se había reunido con aquel hombre en Monterrey? En el muelle de pescadores hubo un segundo personaje, un hombre bien vestido que se había desvanecido en el aire a la primera señal de alarma. Sin embargo, aquella persona no pareció mostrar el menor interés por el señor Peck.

¿Para qué había ido a reunirse con Snabel?

—¡Ahí está! —exclamó el señor Peck de pronto.

Circulaban por un puente que cruzaba un río, que el abuelo de Pete les informó que era el Mississippi. Los muchachos vieron meandros verdes que sobresalían del agua e islas profusamente sombreadas por árboles. Había una población al otro lado del río.

—Eso es La Crosse —dijo el señor Peck—. Pasaremos aquí la noche.

Aquella tarde cenaron en un restaurante en la misma orilla del río. Observaban cómo las golondrinas volaban sobre el agua y a una garza vadeando cerca de una de las islas.

—Para Mark Twain el Mississippi debió tener este aspecto —explicó el señor Peck—. ¿Recordáis que Tom Sawyer se escondió en una isla con Huck? Debió de ser en una isla como ésta.

—¿Podríamos dar un paseo con un barco de vapor? —preguntó Bob con ansiedad—. En un prospecto del motel he leído que sale uno cada dos horas del centro de La Crosse para un recorrido

turístico.

—¡Lo tomaremos! —afirmó el señor Peck.

A la mañana siguiente, a las diez cuarenta y cinco, esperaban para embarcar en el Reina de La Crosse. El pequeño barco iba y venía desde el muelle de la calle State hasta las esclusas de la ciudad. El señor Peck sufrió una ligera decepción al enterarse de que iba propulsado por un poderoso motor diesel en vez de la antigua máquina a vapor. Pete le hizo ver rápidamente que los diesel no acostumbran a estallar con el consiguiente hundimiento del barco, en tanto que las máquinas de vapor solían hacer eso precisamente.

—Bien, no importa —replicó el señor Peck—, con tal de que conserve una auténtica rueda de paletas.

Él y los muchachos subieron a bordo en cuanto se lo permitieron. Eligieron un buen sitio en la cubierta superior y observaron a los mirones que estaban en el malecón. Vieron también a varios deportistas haciendo *jogging* y a niños jugando sobre la hierba. Y algo más que llenó de ira al señor Peck.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad! ¿No es ese el otro tipo?

Los muchachos miraron en la dirección indicada.

Habían dejado el «Buick» aparcado cerca del muelle y ahora vieron a un hombre a su lado que lo estudiaba de un modo peculiar.

Jupe contuvo la respiración. ¡Era el tipo bien vestido que se encontró con Snabel en el muelle de Monterrey!

—¿Es él, verdad? —exclamó el señor Peck—. Es el otro individuo. ¡Oh, espera a que le ponga las manos encima!

Corrió hacia la escalerilla que bajaba a la otra cubierta. Pero subían por ella otros pasajeros y la máquina del Reina de La Crosse se puso en marcha. Cuando el señor Peck llegó a la primera cubierta, la distancia entre el barco y el muelle se agrandaba a medida que se separaba del atracadero.

Transcurrió más de una hora antes de que el barco fluvial regresara al muelle. El señor Peck y los Tres Investigadores fueron los primeros en desembarcar. Corrieron hasta el «Buick».

El coche estaba intacto. No había en él la menor señal de que hubieran intentado abrirlo. Pete se agazapó para inspeccionar los bajos. Jupe sacó las maletas del maletero y revisó la parte de atrás. El señor Peck inspeccionó el salpicadero y el motor.

—¡Nada! —exclamó el anciano—. ¿Qué diablos haría ese tipo aquí? ¿Cómo habrán vuelto a encontrarnos? Después de deshacernos del aparato detector, ¿cómo han podido localizarnos?

—Tal vez esperaban, sencillamente —replicó Jupe. Los otros le miraron intrigados—. Lo que quiero decir —prosiguió—, es que si uno desea realmente encontrar a alguien que recorre el país, va a los sitios donde suelen ir los turistas y espera. En La Crosse yo vigilaría el barco fluvial para ver si el tipo que busco sube a dar un paseo.

El señor Peck asintió.

—Es posible, sí. Sabes, eres un chico listo, Jupe. Todos sois muy listos.

—Tal vez deberíamos marcharnos de aquí —propuso Bob—. Y de ahora en adelante deberíamos mantenernos alejados de las rutas turísticas. Siempre que hemos evitado las autopistas no hemos tenido problemas.

—De acuerdo —repuso el señor Peck—. Nos iremos de inmediato, y cuando lleguemos a Nueva York todo habrá terminado. A Snabel se le habrán acabado la suerte y las innumerables oportunidades que ha tenido.

Salieron de La Crosse al cabo de quince minutos y fueron hacia el sur, siguiendo una serie de carreteras de segundo orden. Aquella noche pernoctaron en las afueras de Rockford, en Illinois.

A la mañana siguiente fueron a Chicago. El señor Peck propuso a los muchachos un rápido recorrido por la avenida de la Playa del Lago, recorriendo las suntuosas mansiones y los espléndidos edificios de apartamentos que bordean el lago Michigan.

—Ahora ya podréis decir que habéis estado aquí —declaró el señor Peck. Habían comido en lo alto de uno de los elevados edificios de la ciudad y prosiguieron su viaje por Indiana.

Aquella noche pernoctaron en Sturgis, en el estado de Michigan, junto a la línea fronteriza con Indiana. A Bob se le había acabado el carrete. Dejó a sus amigos y se dirigió a la tienda de artículos fotográficos de la principal calle de la ciudad, pero estaba cerrada. Entró en un supermercado. Había un mostrador al lado del establecimiento donde un empleado le vendió dos rollos de película. Pagó, y al dirigirse a la salida le bloquearon el paso.

Ante él estaba el elegante desconocido de Monterrey.

Bob miró al hombre y se quedó traspuesto, incapaz de moverse ni de hablar.

—No la llevas encima —dijo el hombre sin emoción, como su rostro relamido—. Está bien. Iremos a buscarla —agarró a Bob por un brazo, esbozó una sonrisa y le gritó—: ¡Vámonos!

Bob intentó desasirse sin conseguirlo. La mano de aquel hombre parecía de acero. Ahora se había vuelto hacia la puerta automática arrastrando a Bob. La puerta se abrió de par en par cuando se aproximaron. Más allá de la puerta estaba la zona de aparcamiento, y más allá…

Locos pensamientos pasaron por su mente uno tras otro en rápida sucesión. El desconocido bien trajeado tenía que ser un compinche de Snabel. Juntos retendrían a Bob como rehén hasta conseguir lo que querían: el invento del señor Peck. ¿Y si el anciano testarudo se negaba a entregárselo? ¿Y si…?

Bob profirió un grito y giró sobre sus talones. Había un refrigerador de agua cerca de la puerta y se agarró a él. A pesar de que al hacerlo apretaba el botón que hacía brotar el agua, mojándole su cara, su cuello y su camisa, él continuó agarrado al refrigerador, gritando.

—Vamos, hijo —le dijo el desconocido—. Suelta eso.

El sujeto aquél habló en voz baja con firmeza y decisión. Parecía un padre reprendiendo a un niño desobediente.

Un empleado acudió en seguida.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—No, nada —repuso el desconocido, que continuaba sujetando a Bob con una mano mientras con la otra intentaba hacerle soltar el refrigerador—. Mi hijo ha estado…

—¡Es un secuestrador! —chilló Bob que consiguió apartarse lo suficiente para que el agua no le salpicara—. ¡Es un incendiario! ¡Un criminal! ¡Llame a la policía, señor! ¡Este hombre no es mi padre! ¡No le he visto en mi vida!

Se congregó un reducido número de personas. Tres o cuatro clientes con sus carritos y un joven jefe de ventas con una chaqueta roja y porte decidido.

—Charlie —dijo al empleado—, vaya y llame a Parsons en la comisaría. Dígale que venga, dejaremos que él se encargue de esto.

—¡Es ridículo! —vociferó el elegante desconocido—. Quiero

decir que no deseo que la policía intervenga en esto. El muchacho no está fichado y, si puedo cortar esto de raíz, no lo estará nunca.

El desconocido bajó la voz.

—Ha estado probando porros, y puede que algo más fuerte. De veras, quiero cortar por lo sano antes de que…

—¡Miente! ¡Este tipo no es mi padre! —insistió Bob—. ¡Ni siquiera sabe como me llamo!

El jefe de ventas miró al hombre con aire interrogador.

—¡Pregúnteselo! —le apremió Bob—. ¡Haga que le diga mi nombre! ¡Apuesto a que no lo sabe!

El desconocido se limitó a sonreír con afectación.

—Mi hijo Ralph es extremadamente testarudo. Me temo que es cosa de familia.

Bob soltó el refrigerador para sacar su cartera de uno de sus bolsillos y entregársela al jefe de ventas.

—Mi carné de estudiante está ahí —le dijo—. Con mi fotografía.

Mientras el joven empleado abría la cartera, el elegante desconocido dio media vuelta y desapareció.

CAPÍTULO 13
PETE MONTA MUY ALTO

Bob, sentado en una pequeña habitación detrás de la sección de productos lácteos del supermercado, trataba de contestar a las preguntas del ayudante del *sheriff*.

No fue sencillo.

—¿Pero por qué iban a perseguiros por todo el país? —decía el agente.

—El señor Peck dice que nos persiguen porque él tiene un invento del que esos tipos quieren apoderarse —repuso Bob—. Me figuro que debe ser verdad.

Bob explicó entonces que el señor Peck era el abuelo de su amigo. Después pasó a describir los inventos que conocía del anciano, y de como el señor Peck se negaba a hablarles del más importante que se disponía a vender en Nueva York.

—Él cree que podría ocurrimos algo si sabemos demasiado.

—Pues ha estado a punto de suceder —dijo el policía.

Bob asintió con la cabeza y aceptó agradecido que el ayudante del *sheriff* lo acompañara en su coche hasta el motel donde había dejado a sus amigos.

El señor Peck se puso hecho una furia al conocer lo ocurrido, y aunque se negó rotundamente a discutir su invento con el agente, le refirió gustosamente la persecución desde Rocky Beach. No omitió nada, ni el incendio del motel en Coeur dAléne, ni el aparato detector colocado en el depósito de la gasolina, ni que el desconocido de Monterrey hubiese deambulado alrededor de su coche en La Crosse.

Cuando el señor Peck comenzó su relato, el agente se mostró

cortés y atento, pero cuando hubo terminado, su rostro mostraba incredulidad.

—Ya. ¡Eso es todo!

—¿No es bastante? —manifestó el señor Peck.

—Desde luego que sí.

Júpiter recordaba el número de la matrícula del automóvil que habían visto cerca del monte Santa Helena y se lo dio al agente para que lo anotase. El señor Peck y Bob firmaron el informe. Cuando el ayudante del *sheriff* se marchó, el señor Peck parecía un tanto fastidiado.

—Nunca atraparán a esos dos. Ahora ya deben estar bien lejos.

Nadie le llevó la contraria.

Más tarde, momentos antes de acostarse, Júpiter dijo:

—Hay algo que no tiene sentido.

Pete gimió medio dormido.

—¿A qué te refieres, Jupe? —preguntó Bob.

—¿Por qué el compinche de Snabel quiso secuestrarte a ti, Bob?

—Para conseguir el invento del señor Peck, ¿no?

—No Bob, me refiero a ti en particular, no al señor Peck, o a Pete, o a mí.

—¡Arrea! ¡Y yo que sé! ¡Tal vez porque estaba solo!

—Por su magnetismo animal —intervino Pete.

Sin hacerles caso, Jupe siguió con sus razonamientos.

—Veamos. Tú no la llevas encima. Supongamos que ese «la» es el invento del señor Peck, porque es eso lo que está en nuestras mentes, pero de hecho, ese «la» podría ser cualquier cosa.

—Jupe —le suplicó Bob—, ¿no podríamos dejarlo para mañana? Ya he tenido bastante por hoy.

Júpiter pareció contrariado.

—De acuerdo —convino.

Se desearon buenas noches y, al poco rato, el único ruido eran los acompasados ronquidos procedentes de la habitación contigua.

A la mañana siguiente los Tres Investigadores y el señor Peck partieron antes del amanecer y ahora su viaje se había convertido en un vuelo. Decidieron olvidar las carreteras secundarias. No importaba el camino que tomasen, sus perseguidores parecían siempre capaces de encontrarles. Por eso decidieron ir por la autopista donde por lo menos abundaba el tráfico. Si Snabel y su

compinche intentaban cometer algún acto de violencia, como obligar al «Buick», por ejemplo, a salirse de la carretera, el señor Peck y los muchachos podrían encontrar ayuda.

Atravesaron Indiana y Ohio. Al atardecer el señor Peck estaba entumecido, furioso y agotado. Le atormentaba el pensamiento de que Snabel le obligara a huir. En Pensilvania se rebeló por completo. Bajó por una rampa de salida y se detuvo en un motel situado sólo a cien metros de la autopista.

—Muchachos, podéis ir a nadar un rato, o a mirar la televisión, o lo que queráis. Yo voy a poner gasolina.

—Te acompañaremos, abuelo —se apresuró a decir Pete.

—¡Todavía no necesito niñera! Hay una estación de servicio un poco más abajo de esa carretera. Volveré en seguida.

Se marchó de un humor que cualquiera le llevaba la contraria. Los muchachos se fueron a ver la tele a su habitación, pero estaban demasiado nerviosos para prestarle atención. Esperaron.

Pasaron veinte minutos y luego media hora.

—Algo le ha ocurrido —dijo Pete.

Júpiter paseaba de un lado a otro y Bob miraba por la ventana. Estaban en las afueras de una pequeña ciudad y Bob veía las luces a través de los árboles.

—Tal vez se haya acordado de que necesitaba alguna cosa y ha ido a la ciudad a comprarla —dijo Bob.

—O no le habrán gustado los precios de esta gasolinera y se habrá ido a buscar otra —añadió Júpiter.

Transcurrieron otros quince minutos y los Tres Investigadores ya no pudieron esperar más. Se pusieron sus chaquetas y echaron a andar carretera abajo.

No encontraron al señor Peck ni en aquella estación de servicio más próxima ni tampoco en la segunda que visitaron. La tercera estaba en una esquina. El empleado era apenas un poco mayor que los muchachos y él sí recordaba a un anciano con un «Buick».

—Hará cosa de media hora por lo menos que el viejo llenó el depósito y le revisé el aceite y el agua, y los neumáticos.

—¿Recuerdas qué dirección tomó al marcharse? —le preguntó Pete nervioso.

—La misma por donde vino —repuso el muchacho y señaló hacia el motel—. No sé si siguió adelante o no porque en aquel

momento llegaron un par de motoristas y estuve ocupado.

—¿Motoristas? —preguntó Pete alarmado ante aquellas preocupantes palabras.

Júpiter sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal.

—¿Cuántos eran? —le preguntó.

—Dos. ¿Por qué?

—Pues… porque tuvimos algunos problemas con unos motoristas en el oeste —declaró Júpiter—. Probablemente esos no serán los mismos, pero ¿te fijaste por dónde se fueron?

—También se fueron por ahí, por el mismo camino que el viejo. Me preguntaron si conocía algún buen sitio para acampar y pasar la noche. Les dije que en los bosques Parson. Eh, escuchad, si pensáis que puede haberle ocurrido algo al viejo y que ellos tienen algo que ver, puedo avisar a la policía.

Los muchachos dudaban. Luego Pete se acordó del carácter irascible de su abuelo. De cómo el señor Peck estuvo a punto de estallar aquella noche. Si se enteraba de que los muchachos se preocupaban sin necesidad, se pondría realmente furioso.

—Gracias —dijo Pete—. Ya… ya te lo diríamos.

—¿Cómo se va a ese sitio? —preguntó Bob.

El joven empleado les aseguró que estaba apenas a medio kilómetro de distancia. Cogió una hoja de pedido en blanco de la oficina y les dibujó un plano en el dorso. Los investigadores le dieron las gracias y echaron a andar en dirección a la autopista. Bob llevaba el plano en la mano.

Antes de llegar al motel donde se hospedaban había una carretera que torcía a la izquierda. Siguiendo el plano, los muchachos tomaron esta carretera y se encontraron en un paraje sin casas ni tiendas, únicamente iluminado de vez en cuando por una farola. Luego ya no había ni luces, sólo el pálido resplandor de la luna naciente.

Pero al cabo de un rato vieron luz. Alguien había encendido una hoguera en un claro a la izquierda de la carretera. Los investigadores vieron a dos hombres que se movían alrededor de las llamas oscilantes. Los muchachos se acercaron sigilosamente y pronto vieron el «Buick». Estaba fuera de la carretera y aparcado cerca del campamento. Al lado del coche y cerca del fuego estaba el señor Peck, sentado en una silla de *camping* plegable, de espaldas a

una mesa. Los dos hombres se hallaban ahora entre él y el «Buick». El anciano tenía una expresión pétrea.

—Son los mismos motoristas —susurró Pete—. ¡Tienen al abuelo!

—¡Chiss! —le advirtió Júpiter.

Un camino sin pavimentar iba desde la carretera al campamento. Los muchachos lo siguieron hasta casi tropezar con las dos motos aparcadas allí. Se agazaparon detrás de ellas para escuchar.

Las voces cerca de la hoguera sonaban alegres.

—¡No has visto nada todavía, viejo! —decía uno de los motoristas—. Te vamos a dar un paseo que no olvidarás jamás.

El que hablaba bebió de una lata a grandes tragos, luego la estrujó con una mano y la tiró por encima de su hombro. Rebuscó en una bolsa de papel que estaba en el suelo y sacó otra lata. Bebió abundantemente, eructó y se secó la boca con la manga.

El señor Peck hizo un gesto de disgusto y miró hacia otro lado.

—¡Eh, mírame cuando te hablo! —gritó el de la lata. Pete pegó un respingo y Jupe le sujetó por un brazo.

—¿Has subido alguna vez a toda velocidad por las colinas, viejo trasto, por lugares por los que nunca ha pasado nadie? —prosiguió el motorista.

El otro individuo se echó a reír.

—¿No? ¡Pues esto es vida! ¡Te va a encantar, viejo… si no te mata!

Y los dos se echaron a reír.

Júpiter había soltado el brazo de Pete y de pronto se dio cuenta de que ya no estaba a su lado. Se había deslizado en la oscuridad. A Jupe se le secó la boca de miedo.

Pero Pete no tardó en volver. Se inclinó sobre el oído de Jupe e hizo señas a Bob para que también escuchara.

—¡Eh! Esos tipos dejaron las llaves puestas en sus motos y las del coche del abuelo también —susurró. Les mostró un juego de llaves, luego otro y después un tercero.

—¡No se van a llevar al abuelo a ninguna parte! —susurró con fiereza—. Toma las llaves Bob y vuelve a la gasolinera para avisar a la policía. Si tratan de hacerle daño al abuelo yo… yo…

Se detuvo sin saber cómo terminar su amenaza.

Júpiter sonrió. Una idea luminosa acababa de ocurrírsele. Permaneció inmóvil un par de segundos, madurando mentalmente su idea. Le encontraba muy pocos defectos. Funcionaría. Y les permitiría llevarse al señor Peck de allí sano y salvo.

—¡Espera Bob! Se me ocurre… Tú montaste la vieja moto de Charlie Fisher un par de veces, ¿no, Pete?

Jupe se refería a uno de los personajes típicos de Rocky Beach, un viejo que se ganaba la vida limpiando jardines. Poseía una moto decrépita y le gustaba la gente joven. Algunas veces, cuando confiaba en algún muchacho, como Pete, le dejaba montar su motocicleta.

Pero la vieja moto de Charlie y las poderosas máquinas pertenecientes a los dos motoristas eran tan distintas como la noche y el día.

Pete miró a Jupe con el ceño fruncido.

—¿Pretendes que monte una de esas motos? ¿Tú estás loco o qué?

—Puede que sí o puede que no.

A continuación le puso al corriente de su plan.

Era un buen plan, y Pete lo reconoció. Pero tenía un punto débil. De no funcionar… si Pete no era capaz de dominar aquella máquina como Jupe esperaba, los motoristas le sorprenderían y lo detendrían. A menos que Bob y Jupe pudieran luchar con ellos y vencerlos, cosa muy improbable.

Por otro lado, a menos que Pete y sus amigos actuaran con rapidez, los motoristas harían pasar un mal rato al señor Peck.

Pete no podía permitir que eso ocurriera y se decidió:

—¡De acuerdo! —aprobó—. ¡Hagámoslo!

Los muchachos se arrastraron hasta el «Buick». Lenta y cautelosamente abrieron el maletero y sacaron algunas herramientas. Acto seguido se pusieron a trabajar.

Los motoristas se habían bebido ya varias latas de cerveza, y sus voces sonaban pastosas y sus movimientos eran torpes. Pete comprendió que aquellos individuos no hubieran sido capaces de percibir cualquier ruido que hicieran los investigadores. Pero no estaban dispuestos a correr riesgos. Trabajaron en silencio y casi por tacto. No les llevó mucho tiempo una vez consiguieron familiarizarse con las herramientas.

—Gracias a Dios que sólo son dos —dijo Jupe entre dientes—. No hubiéramos sido capaces de quitarlos todos si llega a estar aquí toda la banda.

Despacio, sin hacer el menor ruido, Jupe volvió a colocar las llaves en el contacto de la primera moto. Luego le entregó el segundo juego a Pete que estaba junto a la otra moto.

La moto era enorme. Pete era el más alto de los Tres Investigadores y también el más fuerte. No obstante, una vez a horcajadas sobre el sillín apenas si tocaba con los pies en el suelo. Sin embargo, bajó la moto de su caballete, puso la llave en el contacto y respiró hondo. Luego colocó el pie sobre la palanca de arranque, dio vuelta a la llave y pisó con fuerza hacia abajo.

La moto rugió como un animal furioso y luego se paró el motor.

Pete se quedó helado de terror. Los motoristas gritaron y se pusieron en pie.

Pete volvió a dar una patada a la palanca.

De nuevo el motor rugió, y esta vez no se paró. Pete se inclinó hacia adelante mientras la moto patinaba y salía disparada como un caballo desbocado. Luego se metió en un bache antes de saltar a la carretera. Pete gritaba y continuó gritando, pero no se detuvo.



Los motoristas montaron en la otra máquina; el que iba delante dio una patada a la palanca de arranque y fueron tras Pete. Muy al contrario que éste, ellos dominaban la moto… de momento. De pronto se oyó un grito, una maldición, y los dos hombres salieron despedidos de su moto al desprenderse la rueda delantera.

Los motoristas rodaron por el suelo para apartarse de aquel monstruo de una sola rueda que volcado en tierra describía círculos excéntricos.

Júpiter y Bob corrieron hasta donde estaba el señor Peck. Cada uno de ellos le cogió por un brazo y en volandas lo llevaron hasta el «Buick». Por un instante no comprendió lo que ocurría, pero luego lo entendió. Corrió cuanto pudo y abrió la portezuela del «Buick». Los muchachos se sentaron en el asiento delantero y entregaron las llaves al señor Peck, y antes de que hubieran cerrado la puerta, el coche ya estaba en marcha. El anciano dio una vuelta, y trazó una U que aplastó media docena de arbustos. Esquivando un árbol por los pelos, pasó junto a los aturdidos motoristas.

Cuando llevaban recorridos unos quinientos metros el señor Peck aminoró la marcha. Los muchachos se volvieron a mirar.

Los motoristas corrían a pie por la carretera, gritando con los puños en alto.

Jupe y Bob se echaron a reír.

CAPÍTULO 14
EL SECRETO MORTAL

Pete entró cojeando en el motel media hora más tarde. Estaba mojado y sucio, pero satisfecho.

—Me lancé con la moto dentro de un estanque —les informó—. He metido las llaves en el buzón de correos. Eso detendrá a esos tipos un buen rato.

Dio un respingo y prosiguió:

—Pero dime, abuelo, ¿qué ocurrió? ¿Cómo te metiste en semejante lío?

El señor Peck parecía un tanto violento.

—Pues verás, Pete. Esos simios me cogieron por sorpresa. Puse gasolina en una estación de servicio como os dije que haría. Luego me metí por una carretera vecinal para comprobar si Snabel o sus secuaces habían colocado algún otro aparato detector debajo del coche. Mientras lo comprobaba, esos cretinos surgieron de no sé dónde y me amenazaron con romperme todos los huesos si no hacía lo que me decían. Uno de ellos se subió al coche y me obligó a ir a ese campamento.

Júpiter estaba muy serio.

—Ha corrido usted un grave peligro, ¿lo sabe? Tuvo suerte de escapar ileso.

—Oh, no era necesario que temieseis por mí, Jupe —dijo el anciano, alzando la cabeza—. Esperaba que esos cavernícolas se emborrachasen del todo para actuar. Todavía me guardaba algunos trucos en la manga.

Pete no estaba muy seguro de lo que insinuaba su abuelo, pero decidió que era mejor no averiguarlo.

—¿Avisaste a la policía? —le preguntó Pete.

—No quiero que la policía intervenga en este asunto —replicó el señor Peck—. No voy a perder más tiempo dando explicaciones a más agentes retrógrados. Nos vamos de la ciudad y esta vez iremos hacia el oeste.

—¿Al oeste? —se extrañó Pete.

—Al oeste. Los motoristas nunca sospecharán que nos hemos ido en esa dirección. Ni tampoco Snabel y su compinche, si es que nos vigilan, esperarán que lo hagamos. Buscaremos alguna pequeña población donde poder encontrar una casa de compra y venta de automóviles. Cambiaremos el «Buick» por otro coche y continuaremos nuestro camino en paz. Es el «Buick» lo que nos ha delatado cada vez. Snabel lo conoce, su compinche lo conoce y los motoristas también lo conocen. Tenemos que deshacernos de él.

Pete miró a su abuelo con admiración.

—¡Eh, muy agudo!

—Vosotros también lo sois, muchachos. Bien, ahora recoged vuestras cosas y las mías. Mientras, iré a pagar la cuenta y a buscar el coche. Os esperaré en la puerta lateral, la que da a la piscina. Reuníos allí conmigo y traed las maletas. Y Pete, ponte ropa seca.

El color había vuelto a las mejillas del anciano caballero y sus ojos brillaban. Sonrió. Ahora podía competir con sus enemigos y no limitarse simplemente a huir.

Se dirigieron al oeste por la autopista. Era casi medianoche cuando la dejaron para detenerse en una ciudad de la frontera entre Ohio y Pensilvania. Las calles estaban desiertas y la mayor parte de los edificios a oscuras, pero las luces del Holiday Inn, cerca de la autopista, estaban encendidas y los viajeros se instalaron allí. Durmieron el resto de la noche y se levantaron temprano. Cuando la agencia Ford, la más próxima al hotel, abrió por la mañana, ellos cuatro ya estaban esperando.

El señor Peck se avino casi sin discutir el precio que le ofrecieron por el «Buick». Escogió un «Ford» sedán de dos años de antigüedad en la sección de coches usados y extendió un cheque.

Esperaron a que la agencia hiciera una llamada para comprobar su conformidad.

Era más de mediodía cuando los cuatro abandonaban el establecimiento subidos al «Ford».

—Creo que nos hemos librado de todos —dijo el señor Peck que no había dejado de vigilar por si veía algún rastro de Snabel o su compañero. Bostezó abiertamente y se frotó los ojos—. Ya no soy tan joven y, a veces, lo olvido. ¿Qué os parecería si nos quedásemos aquí a pasar el día y descansar? La presión ya ha pasado. Snabel no nos encontrará jamás con este «Ford».

Los muchachos aceptaron gustosos. Regresaron al Holiday Inn, nadaron en la piscina y jugaron al minigolf en una instalación cercana. A última hora de la tarde volvieron a su habitación. Bob y Pete miraron la televisión mientras Jupe, sentado junto a la ventana, observaba el exterior. Tenía el entrecejo fruncido y se pellizcaba el labio inferior, señal inequívoca de que pensaba intensamente. De pronto asintió con la cabeza y exclamó:

—¡Claro!

Los otros dos se volvieron a mirarle.

—¿Qué es lo que está claro? —dijo Pete.

—No es el invento de tu abuelo lo que interesa a Snabel —declaró Júpiter—. Ni le ha interesado nunca.

Sus dos amigos le miraron estupefactos.

—Tú… tú bromeas —dijo Pete—. ¿Qué otra cosa puede interesarle? El tipo nos buscaba en Custer con una pistola. ¿Tú crees que era para disparar contra un búfalo o algo así?

—¿Y qué me dices de ese individuo que quiso secuestrarme en el supermercado? —añadió Bob.

—En él pensaba precisamente —manifestó Júpiter. Se aclaró la garganta para darse importancia y se irguió en su asiento dispuesto a exponer su teoría—. ¿Qué fue lo que te dijo exactamente este individuo, Bob?

—Dijo que yo era su hijo, que estaba drogado, que deseaba cortarlo de raíz y que quería sacarme de allí. Estaba bien claro. Probablemente pensaría pedir un rescate… y ese rescate sería el invento del señor Peck. ¿Supones que tendrá relación con la defensa nacional? Parece algo más importante que una bomba de humo.

—No me interesa la explicación que dio al empleado del establecimiento. ¿Qué es lo que te dijo antes de que llegara el empleado?

—¡Oh, fue algo así como… como: «Sé que tú no la tienes, de modo que vamos a buscarla», o «tú no la llevas encima, ¿verdad?»!

Algo por el estilo.

—¿Y qué es lo que tú no llevabas encima entonces? —le preguntó Júpiter.

—Pues… el invento del señor Peck, supongo. ¿Qué si no?

—¿No podría ser otra cosa? ¿No podría referirse a algo que tú sueles llevar y que aquella tarde no llevabas?

Bob frunció el entrecejo.

—No sé lo que podría ser, a menos que… ¡Uau! ¡Claro! ¡Mi cámara fotográfica y el estuche! Pero eso ¿qué puede importarle a ese tipo?

Júpiter sonrió.

—Sí. La cámara y el estuche donde guardas los rollos para revelar. Los dejaste en el motel y eso es lo que quieren esos dos. ¡Me jugaría la cabeza!

Jupe volvió a reclinarse y juntó las puntas de los dedos de sus dos manos.

—No creo que Snabel nos siguiera cuando emprendimos este viaje. ¿Recordáis su aspecto cuando el señor Peck lo vio por primera vez en Pismo? Se le veía asustado. Creo que fue a Pismo por una razón completamente distinta.

»Supongamos por un momento que nuestro encuentro con Snabel en Pismo fue completamente casual. En realidad, Snabel no nos espiaba cuando nos vio partir de casa del señor Peck la primera mañana. Sólo curioseaba como tenía por costumbre. Poco tiempo después, también él se marchó con intención de dirigirse a Monterrey para encontrarse con alguien. Nosotros nos entretuvimos una hora o más comiendo en Santa Bárbara. Él fue directamente a Playa Pismo donde se detuvo a descansar y estirar las piernas. Paseó por la playa, como hicimos nosotros, y cuando tu abuelo le vio y se enfureció, Snabel quedó tan sorprendido por lo menos como el señor Peck. ¿Recordáis su cara?

»Se alejó por la playa y luego fue a Monterrey, y ahí es donde cambió toda la situación. ¿Os acordáis de lo que ocurrió en Monterrey?

—Pues que volvimos a encontrarlo en el muelle —apuntó Pete—; y también vimos al otro individuo, el que quiso raptar a Bob.

—Exacto. Y Snabel no nos seguía en absoluto cuando llegó al muelle de pescadores. No se escondía. Paseaba tranquilamente

como cualquier turista.

Jupe se tapó los ojos con la mano. Bob y Pete sabían que volvía a rememorar la escena, reproduciéndola en su memoria, como cuando uno vuelve a pasar una cinta de vídeo. Detalles que pudieron carecer de importancia cuando los Tres Investigadores se tropezaron con Snabel en el muelle de pescadores, pero que ahora tal vez se pusieran de relieve.

—Snabel llevaba su cámara aquel día, una exactamente igual a la de Bob, pero no hizo ninguna foto. Sólo la llevaba en la mano. Luego, cuando llegó el otro hombre, Snabel le dijo: «Lo traigo».

»¿Acaso no indica eso que Snabel iba a entregar algo al otro tipo? Y el segundo individuo le dijo que se cambiaran de sitio y se alejaron de nosotros hasta llegar junto al banco donde Bob estaba sentado. Entonces Snabel nos reconoció. ¿Os acordáis qué cara puso? Y el señor Peck salió de la tienda desde donde lo había observado todo. El hombre que había ido a encontrarse con Snabel desapareció. Se esfumó de pronto. El señor Peck agarró a Snabel por la camisa y le dijo que no iba a salirse con la suya y que era mejor que abandonara y olvidara sus proyectos.

»Y Snabel se asustó otra vez. Él no esperaba encontrar allí al señor Peck. Cuando tu abuelo nos dijo que nos marcháramos, Bob recogió su cámara que había dejado encima del banco y nos fuimos.

»Y ahí es donde empezó todo, porque a partir de ese momento sí que Snabel vino detrás de nosotros. ¿Os acordáis que corría gritando cuando nos alejábamos en el coche?

Pete asintió con la cabeza y Bob miró a Jupe, diciendo:

—De acuerdo, ¿pero por qué?

—Porque no fue tu cámara la que cogiste, Bob —puntualizó Jupe—, sino la que llevaba Snabel consigo, y que dejó en el banco cuando el señor Peck le agarró por el cuello.

—¿Quieres decir que va detrás de la cámara? —dijo Pete—. Pero eso no tiene sentido. Si lo que quería era la cámara, por qué no se acercó a nuestra habitación del motel de Santa Rosa y nos dijo: «Eh, chicos, vosotros tenéis mi cámara y yo tengo la vuestra, aquí está». ¿Por qué tanta persecución, espionaje, secuestro y demás?

—Porque si se tratase únicamente de una cámara fotográfica no tendría importancia —dijo Jupe—. Nadie viajaría de Monterrey a Santa Rosa sólo por una cámara. Nadie nos seguiría por todo el

país. Tiene que ser la película que estaba en la cámara. Eso es tan importante para Snabel y para el otro hombre que no quieren que nos enteremos de su contenido.

Bob se levantó en seguida para ir en busca del estuche de su máquina que estaba encima de la cama. En su interior había nueve rollos, uno de ellos virgen. Los restantes estaban impresionados en espera de ser revelados.

—Debe haber alguna tienda de revelado rápido en esta ciudad —dijo apremiante—. ¡Busquémosla!

Así lo hicieron. Era una tienda pequeña situada a unas tres manzanas del hotel. Los Tres Investigadores entregaron los rollos a la mujer que les atendió y luego esperaron, mirando las fotos de las vitrinas hasta que fue la hora de recoger sus copias.

Bob se dio cuenta de que estaba temblando, mientras llevaba el sobre amarillo con las fotos hasta el aparcamiento. Pete y Jupe miraban por encima de su hombro, en tanto se las pasaban. Vieron al señor Peck en el monte Rushmore, fotos del bisonte en Custer y de las formaciones rocosas de los Badlands. Y entre todos aquellos tesoros turísticos había una instantánea de un avión despegando.

—Esta no la hice yo —dijo Bob.

Pete cogió la copia y la examinó de cerca. El avión era muy estilizado, casi como una aguja, y tenía las alas echadas hacia atrás.

—Parece un avión militar —comentó Pete—. Seguro que no es un simple avión de pasajeros.

Bob pasó más fotos. Varias de una especie de instalación que parecía una combinación entre una refinería de aceite y un silo de grano. Otras tomadas más de cerca de dibujos y diagramas extendidos encima de un tablero y sujetas a él con chinchetas. También aparecía fotografiada una libreta de notas, páginas de ecuaciones y anotaciones que para los muchachos no tenían ningún significado.

Bob sudaba cuando acabaron de ver todas las fotos.

—Esto es lo que debía entregar al otro tipo —declaró—. Podrían ser instalaciones militares, ¿no os parece? ¡Podría tratarse de un espía, un auténtico espía que vende información al enemigo!

CAPÍTULO 15
EL CEBO

—¡El FBI! —exclamó eufórico el señor Peck—. ¡Eso es! ¡Llamaremos al FBI para que detengan a ese truhán! Pete ya había abierto la guía telefónica.

—En esta población no hay FBI.

—¿Es que pensabas que lo había? —replicó el señor Peck—. Iremos al FBI de Nueva York ahora mismo. ¡Haced las maletas, muchachos!

Obedecieron. Viajaron toda la noche hasta que al fin entraron en un túnel con las paredes de azulejos blancos y atiborrado de tráfico. Más allá del túnel estaba la gran ciudad: altos edificios, una jungla de automóviles e infinidad de taxis que luchaban por conseguir un sitio ante un edificio que resultó ser la Estación de Pensilvania.

El señor Peck detuvo el «Ford» al otro lado de la calle frente a la estación, mientras Jupe iba a buscar la dirección del FBI en la guía telefónica. Los muchachos estaban muy excitados. Habían colaborado anteriormente con la policía de Rocky Beach, pero nunca con el FBI sobre un posible caso de espionaje.

A las nueve y media, el señor Peck y los muchachos habían localizado la oficina local y fueron recibidos por un hombre que supusieron era un agente federal. Se llamaba Anderson. Era una persona pulcra, de cabellos rubio ceniza, dientes blancos muy uniformes, firme apretón de manos y reposados modales. Su serenidad le ayudó a escuchar con calma el relato del señor Peck que acusaba al criminal Snabel de vender secretos militares al enemigo. El anciano estaba tan indignado que sus palabras resultaban un tanto incoherentes.

El hombre del FBI aguardó cortésmente a que el señor Peck se dominara.

—¡Abuelo, por favor! —le suplicó Pete—. No estamos seguros de muchas de esas cosas. ¿Por qué no enseñas las fotos?

—¡Fotos! ¡Fotos! ¡Estamos seguros! —exclamó indignado el señor Peck, pero arrojó el sobre con las fotos encima de la mesa—. Esto estaba en la cámara de Bob, sólo que… ¡no era su cámara! La cambiaron —declaró—. ¡El traidor Snabel iba a entregar esto a un agente extranjero!

Anderson miró las fotos y su rostro permaneció impasible.

Júpiter aprovechó la ocasión para intervenir.

—Señor Anderson, me gustaría presentarme, y también a mis amigos. —Al decirlo sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó. El agente la leyó. Decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador Júpiter Jones

Segundo Investigador Pete Crenshaw

Tercer Investigador Bob Andrews

Anderson abrió la boca como si fuera a preguntar algo, pero Júpiter continuó:

—Yo soy Júpiter Jones, el jefe de nuestra firma de detectives, con sede en Rocky Beach, California. Hemos investigado misterios de toda clase, de modo que no desconocemos las técnicas policiales.

Bob creyó ver una chispa de divertida condescendencia en el rostro —por otra parte impasible— del señor Anderson, que depositó cuidadosamente la tarjeta de los muchachos encima de su mesa.

—Claro que nunca hemos tropezado —prosiguió Jupe, bajando la vista con cierta timidez— con algo de tanta trascendencia. Para nosotros será un auténtico privilegio cooperar con el FBI…

—Acaba ya —le interrumpió Pete impaciente.

Jupe miró al Segundo Investigador y, volviéndose al agente, continuó: en un caso que posiblemente pudiera afectar a nuestra seguridad nacional.

Jupe le explicó a continuación el cambio de cámaras en Monterrey.

—Eso fue el comienzo de una serie de atentados —puntualizó Jupe.

—¡Ese criminal no ha cesado de acosarnos desde entonces! —exclamó el señor Peck.

Cuando el anciano se sosegó, Jupe habló del incendio en el motel de Coeur dAléne, en Idaho; de haber visto a Snabel persiguiéndoles por el Parque Nacional de Custer, en Dakota del Sur; y, finalmente, del intento de secuestro de Bob en Michigan.

—No hay duda de que habrá un informe sobre un intento de secuestro acaecido hace unos días en Sturgis.

Un empleado del supermercado llamó al *sheriff* de allí.

El hombre del FBI guardaba silencio por si Jupe tenía algo más que añadir. Al cabo de un momento asintió con la cabeza.

—Ya —dijo escuetamente.

Júpiter se recostó en su asiento satisfecho de su discurso. Había estado lógico, ordenado, preciso y convincente. Eso seguro. Ahora el señor Peck volvió de nuevo al ataque.

—Ese tunante de Snabel tiene talento para ser espía. Y el que iba con él debe ser un agente enemigo, seguro. El hombre del FBI sonrió.

—¿Supongo que no sabemos qué clase de enemigo?

—¿Y eso importa? —preguntó el señor Peck.

—Quizá no —contestó el empleado del gobierno.

Les rogó que aguardaran y salió de la habitación con las fotos. Volvió al cabo de poco y dijo únicamente que sus colegas estudiaban el caso y que ya se pondrían en contacto con ellos.

—¿Dónde van a hospedarse en Nueva York? —preguntó.

El señor Peck le dio el nombre de un pequeño hotel llamado Riverview Plaza, en el East Side. Anderson lo anotó.

—En el supuesto que haya habitaciones —añadió el señor Peck

preocupado.

—Creo que eso podemos comprobarlo, si no les importa esperar unos minutos más —dijo Anderson.

Volvió a salir, y a los pocos minutos estaba de regreso, asegurándoles que el Riverview Plaza tenía dos habitaciones para ellos.

—Si se les ocurre alguna cosa más, o por casualidad vieran a Snabel de nuevo, por favor, pónganse en contacto conmigo —les dijo, entregándoles su tarjeta.

Los muchachos comprendieron entonces que su historia había sido tomada en serio, lo suficiente por lo menos como para merecer ser investigada.

Satisfechos salieron en tropel y bajaron en el ascensor. El señor Peck les condujo hasta el Riverview Plaza. Era un edificio antiguo desde el que tal vez en otros tiempos se divisaba el río Hudson, pero que ahora estaba completamente rodeado de altos bloques comerciales. Un empleado del hotel se llevó el «Ford» al aparcamiento. Un botones les subió las maletas a sus habitaciones cuyas ventanas, no demasiado limpias, daban a un edificio con grandes ventanales de cristal en el cual hileras interminables de hombres y mujeres se hallaban sentados ante pantallas de ordenador.

Jupe encontró el lugar deprimente y se alegró de poder echar las persianas y acostarse. Cerró los ojos y se preguntó cuánto tiempo tardaría el FBI en comprobar su historia. ¿Qué harían los agentes con respecto a Snabel? Eso fue lo último que se preguntó antes de quedarse dormido.

Soñó que estaba en su casa, en la chatarrería. En el sueño iba por un túnel rodeado de desechos con el remolque que hacía las veces de puesto de mando de los Tres Investigadores. Tenía que correr porque el teléfono sonaba, sonaba, sonaba…

Se despertó sudando de angustia. El teléfono de la habitación sonaba realmente. Bob se levantó para contestar. Jupe le observaba aturdido y soñoliento, y le oyó decir:

—Sí —y luego añadir—: No faltaba más. Colgó.

—Era el señor Anderson que llamaba desde el vestíbulo —informó—. Ahora sube.

Los muchachos saltaron de la cama y Pete corrió a despertar a

su abuelo. El anciano apareció con los cabellos en desorden y descalzo en el momento en que el FBI llamaba a la puerta.

Anderson llegaba acompañado de otro hombre más alto y algo mayor que él. Presentó a su compañero como el agente Friedlander. Luego tomó asiento en la silla del rincón y dejó que Friedlander llevara la voz cantante.

El señor Peck tuvo que contestar a muchas preguntas sobre Ed Snabel, y logró hacerlo sin exaltarse ni andarse con rodeos. Lo que sabía de Snabel era muy poco, si se considera que habían sido vecinos varios años. Sólo pudo decir a Friedlander que tenía entendido que Snabel trabajaba para una industria de la defensa, que al parecer no tenía familia ni amigos, y que cultivaba orquídeas por afición. Del socio de Snabel que intentara secuestrar a Bob no sabía absolutamente nada. Sin embargo, Bob supo reconocer al colega de Snabel entre las doce fotos que le enseñó Friedlander.

—¿Quién es? —quiso saber Bob después de identificar al desconocido—. ¿Tiene antecedentes?

La foto que Friedlander se guardó en el bolsillo no era una vulgar instantánea de archivo. En ella se veía a un elegante personaje en un aeropuerto o tal vez en una estación de ferrocarril. Salía por una puerta como si acabara de descender de un avión.

—Se trata de un hombre que conocimos en el pasado —dijo Friedlander—. Puedes llamarle Bartlett: es uno de sus muchos alias.



Anderson se adelantó para abrir una cartera de mano que llevaba consigo. Sacó varios rollos de película. Todos precintados como si hubieran sido impresionados y a punto de ser revelados.

—Bob, nos harías un gran favor si llevases estos rollos en el estuche de tu cámara. No te preocupes si te los roban, son fotos intrascendentes.

—¡No! —estalló el señor Peck, levantándose—. ¡No quiero que utilicen al muchacho como cebo! ¡Yo soy el responsable de él durante este viaje y no lo consentiré!

Anderson sonrió.

—No, señor Peck. No le vamos a convertir en cebo. Ya lo es. Snabel y su socio todavía pueden encontrarlo. Ya se han buscado bastantes problemas por esos carretes. Si al fin esos dos logran ponerle la mano encima y Bob no les puede dar lo que quieren, ¿qué supone usted que harán?

El señor Peck pareció convencido y se sentó de nuevo.

—Es una encerrona, ¿no? —dijo—. Como las de esos policías que vemos en televisión. Ustedes seguirán a Bob, y cuando Snabel y ese Bartlett hagan el menor movimiento, ¡zas! les atraparán.

Friedlander y Anderson no lo admitieron, pero tampoco lo negaron. Se limitaron a pedir al señor Peck que les mantuviera informados si él y los muchachos decidieran abandonar Nueva York o mudarse de hotel. Luego los hombres del FBI se marcharon.

Cuando la puerta se cerró tras ellos Bob pegó un brinco.

—¡Voy a ser un contraespía! —exclamó alborozado—. Hasta hoy éramos nosotros los perseguidos, pero ahora vamos a ser los cazadores.

—¿Cazadores? ¡Tú eres el cebo! —le corrigió el señor Peck.

Quiso parecer dolido y sensible, pero también él estaba excitado a pesar suyo. Bennington Peck jamás soñó que al final de aquel viaje estaría colaborando con el FBI para atrapar, de una vez por todas, a su molesto vecino.

CAPÍTULO 16
EL ABUELO ES NOTICIA

—¡Cuatro días! —se lamentaba Bob—. ¡Cuatro días enteros y ni rastro de ellos!

—Les hemos perdido para siempre —dijo Pete—. Jamás nos encontrarán.

Jupe nada dijo. Sentado en un banco de piedra delante del Museo de Historia Natural observaba las palomas que deambulaban por la acera, y también a Ben Peck.

El anciano caballero contemplaba el tráfico con el ceño fruncido. Ni una sola vez durante los cuatro días mencionó el invento que les había llevado a todos hasta Nueva York, ni contactó con nadie para presentarle su invento. Estaba total y absolutamente embebido en el intento de atraer a Snabel y su compinche. Siempre que abandonaba el hotel sus ojos azules estaban alertas, su actitud tensa y no se apartaba de Bob.

Se figuraban que Snabel y Bartlett tal vez les esperaban en alguna atracción preferida por los turistas, como había ocurrido en La Crosse. Por eso decidieron dejarse ver lo más posible y visitar todo lo digno de ser visto en la ciudad de Nueva York. Bob llevaba su cámara a todas partes y a menudo abría su estuche para que la gente viera los rollos que llevaba para revelar.

El plan era lógico y lo siguieron hasta el agotamiento. En su primer día como turistas dieron un paseo en bote alrededor de la isla de Manhattan y luego por la tarde visitaron las Naciones Unidas. Sintiéndose espléndido, el abuelo invitó a los muchachos a cenar en un restaurante al aire libre en lo alto de un hotel. Un pianista entretenía a los comensales con suaves melodías mientras

contemplaban las luces de la ciudad a sus pies. Los Tres Investigadores pudieron sentir el fuerte pulso de Nueva York.

Al día siguiente se levantaron temprano. Tomaron el metro hasta Brooklyn y disfrutaron de las montañas rusas en Coney Island. Después de dar una vuelta por el Aquarium, Júpiter comió su primera patata al horno envuelta en papel de plata.

—Esperad a que se lo cuente a tía Matilda —dijo Jupe, relamiéndose.

Continuaron hasta la Estatua de la Libertad y terminaron el día cenando en la terraza del World Trade Center. Se encontraban a tal altura que los helicópteros volaban por debajo de ellos. Pete se atragantó y no sabía dónde mirar. «Tal vez sean palomas mensajeras», pensó. Pero aquello sobrepasaba todo lo que él había visto e imaginado en Rocky Beach.

Impávidos, el señor Peck y los muchachos mantuvieron aquel ritmo un día más. Pasearon por el histórico Greenwich Village y se detuvieron para comer en Chinatown.

Después del almuerzo, el señor Peck leyó en voz alta el papel de un caramelo con su porvenir: «Esta noche tendrás fortuna en el amor». Todos rieron. Entonces llegó la hora de ver a las Rocketters en el Radio City Music Hall, y la cena en Lindy, donde probaron por primera vez el pastel de queso neoyorquino.

Totalmente agotados se derrumbaron en la cama y durmieron profundamente.

El siguiente día por la mañana, el cuarto como turistas, tocó visitar el Museo Metropolitano de Arte seguido de un paseo por Central Park. Tomaron el sol sentados en un banco del parque, y compraron bocadillos *souvlaki* y tacos de cordero con pan de pita a un vendedor ambulante. Recorrieron también el Museo de Historia Natural al otro lado del parque.

Durante el curso de sus diversas actividades habían observado que un joven de jersey marrón y pantalones grises estaba a menudo cerca de ellos. Cuando no le veían a él, era un individuo de rostro curtido con un *blazer* azul marino el que no les perdía de vista.

—Son agentes del FBI —decidió Bob—. Me siento más seguro teniéndolos a nuestro alrededor.

—Me jugaría cualquier cosa a que desearían echarle el guante a ese compinche de Snabel —manifestó Pete—. Probablemente se

trate de un peligroso espía internacional.

—No os dejéis llevar de vuestra imaginación —dijo el señor Peck, que añadió—: Esperemos que esos hombres del FBI mantengan los ojos abiertos.

El señor Peck se levantó al día siguiente cansado y con agujetas. Razón que aprovechó Pete para protestar.

—Abuelo, ¿por qué no te quedas y llamamos para que te suban el desayuno a la habitación? Olvidémonos de Snabel. Jamás nos encontrará.

—No es imposible —replicó el señor Peck—, y no estoy dispuesto a correr el riesgo de perdérmelo por nada del mundo.

Jupe había sonreído, admirando la fuerza de voluntad de aquel hombre.

—Hoy va a ocurrir algo —pronosticó el señor Peck—. Lo noto en los huesos.

Y allí estaban delante del museo a última hora de la tarde y no había ocurrido nada. El hombre del jersey marrón no estaba de turno. El de la chaqueta azul estaba de pie en la acera, comiéndose un helado que había comprado a un vendedor ambulante con aire aburrido.

—¿Sabéis? Llamamos poco la atención —dijo Pete—. Esta es una ciudad enorme y Snabel no sabe dónde buscarnos. Tenemos que hacer algo fuera de lo corriente, como trepar al Empire State o cruzar a nado el río Hudson. Así se fijarían en nosotros. Si saliéramos en televisión, seguro que Snabel nos vería.

—Tu madre me cortaría la cabeza —dijo el señor Peck.

—Bueno, eso seguro —afirmó Pete—, pero todo tiene un precio.

Una sonrisa apareció lentamente en el rostro de Jupe.

—¡Televisión! —exclamó entusiasmado pero en voz baja.

—¿Qué? —inquirió Bob.

—Uh oh —gimió Pete—. Ya se te ha ocurrido una de tus brillantes ideas. Por favor, nada demasiado difícil, ¿de acuerdo, genio? Lo del Empire State lo dije en broma.

—No tiene por qué ser tan espectacular —dijo Júpiter—. Si pudiéramos aparecer en un programa de humor, o en un reportaje de algún acontecimiento importante.

—¿Qué tal la inauguración de un hotel? —dijo Bob—. He leído en el periódico que se va a inaugurar uno en Nueva York. Se llama

el New Windsor. Ha llamado mucho la atención por haber sido construido sobre los cimientos de un antiguo hotel que se incendió hace un par de años. Muchos intelectuales se hospedaban en el viejo hotel cuando venían a la ciudad. Habrá una gran fiesta y es posible que asista el gobernador.

—¿Cuándo lo inauguran? —preguntó Jupe.

—Mañana por la noche —respondió Bob—. Si asiste el gobernador, seguro que habrá un reportaje televisado.

Jupe asintió.

—Diremos al FBI que nos consiga invitaciones. Si pudiéramos trasladarnos a ese hotel, además de asistir a la fiesta, mejor que mejor. Snabel y Bartlett sabrían dónde encontrarnos.

Jupe se levantó y se fue a donde estaba el hombre de la chaqueta azul marino. Sin más, le dijo:

—¿Podría el FBI facilitarnos invitaciones para asistir a la inauguración del New Windsor mañana por la noche?

El hombre se quedó tan sorprendido de que el muchacho le dirigiera la palabra que dejó caer su helado. Jupe, sin prestar atención al helado que había caído sobre uno de los zapatos del hombre, prosiguió diciendo:

—Seguro que aparecerá un reportaje del acontecimiento en el telediario. Si nos entrevistara un periodista, quizás uno de nosotros podría decir que nos hospedamos en ese hotel. De esa forma Edgar Snabel sabría donde encontrarnos. Y ustedes no tendrían que seguirnos por todo Nueva York.

El hombre del FBI ya se había recobrado de su sorpresa y después de respirar hondo empezó a decir que no sabía de qué le hablaba Jupe. Luego se cortó y asintió con la cabeza.

—Ya os diremos algo —dijo, y se alejó calle abajo. Jupe volvió al lado de sus amigos.

—Nos llamarán —les informó.

—¡Y entretanto nos deja aquí solos y desprotegidos! —exclamó el señor Peck.

—Abuelo, no te hagas la víctima —le regañó Pete—. Estás tan desprotegido como un tanque blindado. Ese tipo, Snabel, las iba a pasar muy moradas si llega a toparse contigo.

Esto hizo que el señor Peck se sintiera mucho más contento, e insistió en que regresaran en taxi al Riverview Plaza.

Aquella tarde sonó el teléfono. Era Anderson quien sugirió que tuvieran las maletas preparadas para trasladarse al New Windsor al día siguiente.

—¿Tienen ya traje oscuro? —preguntó—. Si van a aparecer en televisión, deben dar la impresión de que han venido a Nueva York para asistir a una fiesta elegante.

—¡Oh! —exclamó el señor Peck cogido por sorpresa.

—No se preocupe por eso —manifestó Anderson—. Nosotros les llevaremos lo necesario.

El New Windsor estaba recién acabado. El nuevo y suntuoso vestíbulo olía todavía a pintura y barniz. Un camarero del servicio de habitaciones que Bob se encontró en el ascensor se orientaba con la ayuda de un plano a escala reducida del hotel. Las habitaciones destinadas al señor Peck y a los muchachos eran más pequeñas que las de Riverview Plaza, pero estaban en el piso treinta y dos. Desde la habitación del señor Peck se veía el East River.

Cuando el señor Peck y los muchachos se trasladaron allí a las cinco, la gente de TV instalaba su equipo en la entrada. Cuando los californianos bajaron a las seis cuarenta y cinco con sus impecables chaquetas azul marino que les había proporcionado el FBI, el vestíbulo resplandecía de luz. Anderson, que esperaba cerca del mostrador de recepción, les presentó al cronista del telediario que iba a hacer el reportaje de la gala inaugural.

Era alto y bien parecido, con unos dientes muy blancos y cabellos perfectamente peinados. Estrechó la mano del señor Peck, mirando más allá de la oreja izquierda del anciano. Se apartó un poco para saludar a una mujer que acababa de entrar por la puerta giratoria, y que llevaba una chaqueta bordada con lentejuelas y abalorios.

Entonces se encendió la luz roja de la cámara de TV, indicando que empezaba a filmar. Un hombre con auriculares que estaba al lado de la cámara hizo una seña al presentador. Éste anunció que se encontraba en el vestíbulo del New Windsor y que a su lado se hallaba la señora Jasper Harrison Wheatly que había volado desde Roma para asistir a la gala inaugural del remozado hotel.

El hombre no dijo por qué era importante la señora Wheatly; los muchachos supusieron que todo el mundo lo sabía, aunque ellos no. Su sonrisa era tan forzada que Pete llegó a temer que se le rompiera

la cara. Dijo unas breves palabras y luego desapareció entre la multitud.

De pronto, el presentador se dirigió al señor Peck y los muchachos, con la mano extendida en un gesto de bienvenida mientras la cámara los enfocaba.

—¡Y aquí está el señor Bennington Peck! —lo proclamó en un tono como si le sorprendiera aquella coincidencia—. Un invitado muy especial que ha atravesado Estados Unidos para estar presente en esta inauguración.

Ben Peck sonrió a la cámara. Estrechó la mano del presentador y ya no se la soltó, hasta haber dicho a los televidentes que su esposa, que en paz descanse, y él, solían hospedarse en el antiguo Hotel Westmore cuando venían aquí.

—En nuestra luna de miel… —decía el señor Peck.

—Vinieron al Windsor —dijo el reportero.

—Sí.

Intentaba soltar su mano sin conseguirlo.

—Como decía, vinimos al Windsor y luego… volvíamos a menudo —se irguió un poco más—. Tuve un gran disgusto cuando se quemó el viejo Westmore, pero este nuevo es estupendo. Algo húmedo, pero ya se secará cuando enciendan la calefacción. Los muchachos y yo… —en aquel momento las cámaras enfocaron los rostros sonrientes de los Tres Investigadores—… estamos disfrutando mucho aquí, y nos quedaremos por lo menos toda la semana. Es la emoción más fuerte que hemos tenido después de las montañas rusas de Coney Island.

En aquel momento el reportero logró soltarse y retrocedió sin abandonar su sonrisa profesional. Dio las gracias al señor Peck y a los muchachos, y la entrevista terminó.

El señor Peck se hizo a un lado, secándose el sudor con su pañuelo.

—¿He estado bien? —preguntó—. ¿Qué tal lo que he dicho?

—¡Has estado magnífico, abuelo! —Pete aplaudió—. ¡Dijiste lo preciso! ¡Además, lo dijiste muy bien y con voz potente!

—¡Estupendo! —exclamó el señor Peck—. Ahora ese tunante de Snabel ya sabe dónde encontrarnos.

Los Tres Investigadores y él se dirigieron a un restaurante escandinavo en el edificio Citicorp para tomar un tentempié puesto

que no habían sido invitados a la gran cena y recepción que iba a tener lugar en el jardín del hotel. Y si el señor Peck se dio cuenta de que el señor Anderson se reía y les miraba desde el otro lado del vestíbulo, no hizo el menor comentario. Él había hecho su trabajo.

¿Cuánto tiempo tardaría Snabel en encontrarlos?

CAPÍTULO 17
¡ATRAPADOS!

Al día siguiente, los muchachos casi habían terminado de desayunar cuando el señor Peck entró en la cafetería del hotel. Había permanecido despierto hasta medianoche para poder ver su entrevista en el telediario de la noche y luego otra vez en el de las doce. Al sentarse al lado de Pete les informó satisfecho que también se había visto en el noticiario de la mañana.

Sonreía a los clientes del restaurante como si esperase que le pidieran autógrafos. El camarero le trajo el menú, pero no demostró reconocerlo. El anciano pidió:

—Café —le dijo—, tostadas, dos huevos fritos bien hechos y tocino.

—¡Abuelo, tu colesterol! —protestó Pete.

—Deja que sea yo quien me preocupe de mis arterias. Vamos a tener un gran día y necesito acumular energías.

Pero después del desayuno el gran día aún no se hizo realidad. Los Tres Investigadores se instalaron en el vestíbulo del hotel y Bob tuvo buen cuidado de juguetear con su cámara y su estuche. El hombre del FBI de la chaqueta azul marino deambulaba por las tienda de regalos y el del jersey marrón hojeaba unas revistas en el mostrador de la prensa.

—Está bien, Snabel, estamos esperando —auguró el señor Peck.

Pero nada ocurrió. Pasaron las medias horas y las horas.

A las once, el señor Peck empezó a impacientarse. A las once y media había llegado al punto de ebullición.

—¡Es ridículo! No podemos quedarnos aquí sentados indefinidamente. ¡Ese estúpido no vio la entrevista! ¡Ignorante! ¡Ni

siquiera está al corriente de las noticias!

Luego sonrió con astucia.

—Hay un doble encuentro de béisbol esta tarde en el Yankee Stadium —dijo—. ¿Y si fuéramos?

—Abuelo, podríamos estropearlo todo —se lamentó Pete—. Si Snabel y su compinche vieron la entrevista, nos buscarán aquí.

—O precisamente fuera —replicó el señor Peck—. Cometemos un error al encerrarnos aquí. Hemos de salir y darles la oportunidad de venir arrastrándose detrás de nosotros como serpientes que son.

—No creo que tengamos que preocuparnos por si les perdemos —declaró Jupe—. Si vienen aquí y no nos encuentran, esperarán. O volverán. ¿Acaso no nos han perseguido por todo el país para recuperar esa película? No van a darse por vencidos ahora.

De modo que quedó decidido. El señor Peck reunió a su tropa y preguntó al conserje qué metro podían tomar para ir al Yankee Stadium.

Eran las doce cuando el señor Peck y los muchachos salieron del hotel para dirigirse a la estación de metro que estaba a dos manzanas. Los empleados del gobierno que les vigilaban les seguían a una manzana de distancia. Cuando llegaron al andén del metro, el señor Peck y los Tres Investigadores dejaron pasar un tren para que los agentes pudieran tomar con ellos el próximo. Fueron hasta el Bronx. Los hombres del gobierno en un extremo del vagón y los muchachos al otro. El señor Peck iba de un lado a otro muy contento mirando a la concurrencia.

En el estadio se fingieron neoyorquinos y animaron a los Yanquis. Sintieron una verdadera satisfacción cuando el primer encuentro terminó con la victoria de los Yanquis por una carrera.

Los muchachos y el señor Peck saborearon unos perros Calientes con mostaza y *chucrut* como cena. Luego se dispusieron a disfrutar con el segundo partido. Esta vez venció el equipo visitante, lo que provocó un torrente de vítores de los aficionados leales del Bronx. Se unieron al griterío por divertirse. Aunque los Bomberos del Bronx perdieron el segundo partido, el señor Peck y los muchachos se levantaron satisfechos de sus asientos.

Los espectadores se agolparon en las salidas para abandonar el estadio. Los muchachos fueron codo con codo entre miles de personas hasta que llegaron al metro. Allí la estación no era

subterránea sino elevada. A pesar de la multitud que le oprimía, el señor Peck disfrutó de la brisa de la tarde.

Cuando llegó un tren con dirección a Manhattan, los cuatro fueron arrastrados a su interior entre la masa de aficionados al béisbol. Las puertas se cerraron y el tren arrancó; sólo entonces Pete vio al hombre del gobierno del jersey marrón. Estaba entre la multitud que acababa de llegar al andén y miraba frenéticamente los vagones que pasaban frente a él. Por un breve instante sus ojos y los de Pete se encontraron. Luego el tren aumentó de velocidad y el hombre del FBI quedó atrás.

Pete estaba aprisionado entre un tipo fornido con una chaqueta a cuadros y un muchachito que se balanceaba sin sujetarse en ningún sitio, y que comía cacahuetes sin parar. Pete se apartó del chico de los cacahuetes y se acercó a Júpiter que iba colgado de un estribo.

—Hemos perdido a nuestros guardaespaldas —le dijo—. Vi al del jersey marrón que se quedaba en el andén.

—¿Guardaespaldas? —repitió una mujer muy delgada con un turbante violeta. Estaba muy cerca de Júpiter, pero gritó lo suficiente para que la oyeran en el país vecino—. ¿Tenéis guardaespaldas? ¡Quién lo diría! ¿Qué es lo que tenéis que merezca ser guardado?

La mujer se echó a reír como si hubiese dicho algo sumamente ingenioso. Varios pasajeros también rieron y miraron a Pete.

A Jupe se le ocurrió de pronto una diablura.

—No te preocupes —le dijo a Pete—. Ya no necesitas que te vigile ese tipo. El período de incubación terminó ayer.

La mujer pegó un respingo y de pronto pareció preocupada.

—¿Período de incubación? ¿Que período de incubación? ¿Acaso tienes algo que se contagia?

—¡No, no! ¡Es una broma! —admitió Pete.

Su negativa no hizo más que aumentar la inquietud de la mujer. Retrocedió y a la siguiente parada se apeó.

Otras personas también se apearon en distintas paradas durante el trayecto hasta Manhattan. El señor Peck y Bob pudieron reunirse con Pete y Jupe en el espacio libre del centro del vagón.

—Pete vio al hombre del gobierno en el andén —le dijo Jupe al señor Peck—. Perdió el tren. Ahora vamos sin escolta.

—Eso no es ninguna novedad —replicó Ben Peck—. De todas formas parece que no importa. Si Snabel y compañía andan por aquí se están muy quietecitos.

Era cierto. Los muchachos podían ver el vagón del metro en toda su extensión. Ninguno de los pasajeros se parecía ni remotamente a Snabel o a su socio.

Abandonaron el metro en la calle Cuarenta y dos. El señor Peck descubrió un túnel que les conduciría desde la estación a sólo dos manzanas del hotel. El túnel tenía un aspecto lúgubre y poco atrayente. Los muchachos se miraron con aire interrogador, se encogieron de hombros y siguieron al anciano que ya había echado a andar. Cuando estaban en medio del túnel oyeron la increpación.

—¡Ben Peck!

El túnel estaba completamente desierto con excepción de otra persona, un hombre que avanzaba hacia ellos sonriente. Les pareció más bajo de como le recordaban y, quizá, más grueso, pero es porque llevaba una gabardina muy holgada.

—¡Snabel! —exclamó el señor Peck.

—Celebro verle de nuevo —dijo el aludido—. Hacía ya demasiado tiempo.

En el túnel reinaba tal silencio que los muchachos pudieron oír el goteo del agua en alguna parte.

Luego alguien habló a sus espaldas.

—Entrégame la cámara, por favor.

Era el hombre que vieran en Monterrey. Llevaba una pistola con la que apuntaba a Bob.

Bob se apresuró a entregársela.

El elegante desconocido abrió rápidamente el estuche para asegurarse de que en su interior estaban los carretes para revelar. Hizo un gesto de asentimiento dirigido a Snabel, y a los demás les conminó:

—Está bien. ¡Adentro todos!

Con la pistola les indicó una puerta en la pared del túnel. Snabel había quitado el candado. Era un cuartucho húmedo, lleno de escobas, cubos y envases de desinfectante.

—¡Adentro! —ordenó con más vehemencia.

Entraron y la puerta se cerró tras ellos. Oyeron cómo introducían un hierro entre las dos argollas que antes sujetaban el

candado, y luego pasos que se alejaban.

—¡Socorro! —gritó Pete—. ¡Sáquennos de aquí!

CAPÍTULO 18
NO HAY ESCAPATORIA PARA UN TRAIDOR

Al cabo de lo que les pareció una eternidad, un empleado del metropolitano les liberó. Un transeúnte había oído gritos apagados en el interior del cuartucho y avisó al empleado que acudió con uno de los vigilantes. Cuando éste quiso interrogarlos, el señor Peck le dijo que se fuera a paseo. Luego subieron la escalera y, al llegar al hotel, llamaron al agente del FBI.

Anderson acudió en seguida, al parecer muy tranquilo, lo cual enfureció todavía mas al señor Peck.

—¡De modo que esto es lo que conseguimos a cambio de pagar nuestros impuestos! —exclamó el anciano hecho un basilisco—. Arriesgamos nuestras vidas para ayudarle a atrapar a un par de espías peligrosos y, cuando ellos muerden el cebo, ¿dónde están ustedes? ¡Durmiendo!

—Tiene usted toda la razón, señor Peck.

Ya más calmado, el señor Peck le puso al corriente de los acontecimientos del día. Empleó bastante tiempo para describir su secuestro en un cuartucho maloliente, sin ventilación y lleno de escobas empapadas.

—¡Un ultraje! —profirió al terminar.

—Desde luego —repuso Anderson—. No debimos permitir que ocurriera. Nuestros agentes —prosiguió el agente del gobierno— vigilan todas las salidas de la ciudad de Nueva York… aeropuertos, estaciones de ferrocarril, de autobuses, túneles, puentes, todo. Tenemos muchas posibilidades de atraparlos si intentan abandonar la ciudad.

—¿Y si no lo hacen? —apuntó el señor Peck—. ¿Es que vamos a dar vueltas por ahí como patos mareados?

—De ninguna manera —dijo Anderson—. Este caso ha terminado por lo que respecta a ustedes. Esos dos tipos ya no les molestarán más. Snabel ya no tiene nada que hacer ahora que ha entregado los negativos. Y cuando su contacto descubra el engaño, deducirá que los tenemos nosotros. De modo que ellos han perdido y nosotros ganado, y nadie ha sufrido daño alguno.

—Pero un par de espías siguen por ahí sueltos —replicó Ben Peck—. Yo diría que eso sí es un peligro.

Anderson sonrió.

—Edgar Snabel no volverá a espiar porque no tendrá ninguna oportunidad —puntualizó—. Usted lo ha desenmascarado, señor Peck. Puede sentirse orgulloso de ello. Ya no podrá solicitar trabajo en ninguna industria de defensa sin que le tomen las huellas dactilares. Si es lo suficiente tonto como para adoptar otro nombre, le atraparemos también. Pero lo más probable es que no lo intente siquiera. Desaparecerá ahora que sabemos quién es y tratará de crearse una nueva identidad en otro lugar.

—¿Pero y ese tipo que iba con él? ¿Ese Bartlett? —inquirió el anciano—. ¡Supongamos que intenta algo más!

—Si no lo atrapamos, probablemente intentará alguna estratagema. No obstante, seguiremos buscándole. Entretanto, les estamos muy agradecidos por su ayuda. Por favor, no piensen que ha sido insignificante o intrascendente. Todo lo contrario.

El señor Anderson se marchó y cuando la puerta se hubo cerrado tras él reinaba en la estancia una cierta inquietud.

—¡Maldita sea! —profirió Pete.

Júpiter asintió con aire solemne.

—Es como querer dormir en una cama sin hacer. Uno desearía levantarse y hacerla.

Pero los Tres Investigadores no veían el modo de solucionarlo. No se les ocurría ningún medio de localizar a Snabel o al elegante Bartlett, y se dispusieron a disfrutar del resto de su estancia en Nueva York. El señor Peck dedicó —por fin— su atención al invento que le había impulsado a viajar.

A la mañana siguiente del partido en el Yankee Stadium, el señor Peck estuvo ausente todo el día. Al regresar al hotel a primera

hora de la tarde, anunció con aire misterioso que había visto a sus «contactos» y que al parecer la cosa «marchaba».

Luego encargó que revisasen el «Ford» para el largo viaje de regreso.

Durante los días siguientes, el señor Peck se marchaba temprano y regresaba tarde al hotel, mientras los muchachos se quedaban solos. Fueron a ver un portaaviones fondeado en el río Hudson, visitaron el Hayden Planetarium, comieron barquillos en Little Italy, montaron en el tranvía aéreo hasta la isla Roosevelt, dieron un paseo por el Rockefeller Center y compraron algunos recuerdos.

El cuarto día después de su desafortunado encuentro con Snabel, vieron a la mujer con la orquídea.

Fue en el cruce de la Sexta Avenida con la calle Trece cuando la señora pasó por su lado. Llevaba la orquídea en una maceta, con tres flores verdes y marrones. Era muy bonita.

—¡Eh! —exclamó Bob.

—¡Uau! —exclamó Pete.

Júpiter, por ser Júpiter, reaccionó de una forma que la mujer no pudo ignorar. La saludó con una reverencia y dijo:

—Es una Cymbidium, ¿verdad?

La mujer sonrió satisfecha.

—¡Conoces las orquídeas! ¿No es preciosa? ¿También tú las cultivas?

—Mi tío Egbert —mintió Júpiter con su acostumbrado aplomo, y la mujer le creyó.

—Voy a dejarla en el apartamento de mi hija hasta la tarde —explicó la mujer—. Mientras, voy a hacer unos recados. Esta noche la exhibiré. Creo que me llevaré algún premio.

—Ya —convino Júpiter—. ¿Acaso hay alguna exposición de orquídeas en la ciudad?

—No es exactamente una exposición —puntualizó la mujer—. Se trata únicamente de la reunión mensual de nuestro grupo local. *Sir* Clive Stilton dará una conferencia. Es toda una autoridad en la materia, ¿sabes? ¿Por qué no venís? Siempre hay una mesa con plantas para sortear. Podrías llevarle una orquídea a tu tío Egbert. ¿Vives en Nueva York?

—No. En California.

La mujer le entregó su orquídea a Pete para poder abrir su bolso.

Sacó una tarjeta y escribió una dirección.

—A las ocho en el Statler Royal —dijo, entregándole a Jupe la tarjeta—. Venid. A tu tío le interesará saber que has visto a *sir* Clive. Uno de nuestros socios grabará la conferencia y puedes encargar una cinta si te interesa.

Pete le devolvió la maceta y ella se alejó calle abajo.

Jupe miró la tarjeta. Elena Innes Macauliffe, con domicilio en Riverdale, Nueva York. El Statler Royal estaba en la Séptima Avenida.

—¿Se os ha ocurrido pensar que esa reunión de cultivadores de orquídeas habrá sido anunciado en los periódicos y que tal vez lo haya leído Snabel? —presagió Jupe.

—También se me ocurrió en cuanto te pusiste a hablar con esa señora —dijo Bob—. ¿Tú crees que Snabel sigue todavía en Nueva York? ¿Piensas que se molestará en asistir a una reunión de cultivadores de orquídeas? Recuerda que procurará pasar desapercibido.

—Quién sabe —replicó Jupe—. Si aún está aquí tiene que entretenerse en algo. Y recuerda, tu abuelo dice de él que las orquídeas son lo único que le interesa.

—Es posible —manifestó Pete—. Tal vez vaya. Y nosotros, ¿qué podríamos perder si vamos?

Los muchachos discutieron brevemente la conveniencia de que el señor Peck les acompañara, pero Pete se opuso.

—Los ataques de nervios son sumamente perjudiciales para su presión sanguínea. Y si Snabel asiste a esa conferencia sobre orquídeas, al abuelo le dará el mayor ataque de nervios de toda su vida.

—¿Y si se entera después? —preguntó Bob.

Pete parpadeó.

Los muchachos regresaron al hotel sin saber todavía qué partido tomar. Encontraron un recado para ellos en conserjería. El señor Peck iba a regresar tarde aquella noche. Ellos tendrían que cenar solos y después ir al cine si querían.

Aquella tarde cenaron contentos en un restaurante cerca del hotel, famoso por preparar los mejores bocadillos de Nueva York. Incluso Júpiter quedó saciado hasta la nuez. Tomaron un autobús hasta el Statler Royal y subieron en el ascensor hasta el gran salón

de baile que estaba en el duodécimo piso.

En realidad, el salón no era tan grande. El hotel era antiguo y había zonas desgastadas en la moqueta roja que cubría el suelo y polvo en las lámparas de cristal. Al salir del ascensor fueron saludados por un hombre regordete que vestía una camisa blanca de estilo remotamente oriental. Llevaba prendida una insignia con su nombre, y por ella supieron que se llamaba Walter Bradford, de Syosset. Estuvo encantado al conocer el interés de los muchachos por las orquídeas y les aseguró que Jupe podría obtener una cinta con la conferencia grabada para su «tío Egbert».

—*Sir* Clive hablará del cultivo —les informó— y de la importancia de escoger la planta madre adecuada. Será muy interesante.

Pete y Bob intercambiaron una mirada escéptica.

El señor Bradford se excusó y fue a saludar a otros recién llegados. Los Tres Investigadores se dispusieron a explorar el trazado de la planta duodécima.

El salón de baile ocupaba casi la totalidad del piso. En el pasillo situado ante la entrada había dos ascensores para los huéspedes del hotel. Junto a los ascensores había una puerta de salida que daba al hueco de una escalera. El resto de las habitaciones estaba en un pasillo a la derecha, y un ascensor para el servicio en medio del pasillo de la izquierda. Más allá de ese ascensor había una pequeña alacena. Frente a la alacena y al otro lado del corredor se hallaba la puerta de entrada al salón de baile y, al final del pasillo, una puerta que daba la impresión de dar a otra escalera. Sin embargo, no era una salida. Cuando Pete la abrió para asomarse, sólo vio un estrecho balcón protegido por una baranda que daba al exterior. El balcón no tenía otro acceso que la puerta que acababa de abrir. Pete quedó muy satisfecho con aquel descubrimiento y volvió a entrar en el edificio. La pesada puerta se cerró de golpe.

Convencidos de que Snabel tendría que utilizar el ascensor o la escalera del pasillo principal para subir y lo mismo para escapar, los muchachos entraron en el salón. El señor Bradford, de Syosset, estaba ahora en la mesa del conferenciante pidiendo a los asistentes que tomaran asiento y guardaran silencio.

Los entusiastas de las orquídeas habían paseado alrededor del salón donde se exhibían las orquídeas encima de unas tablas

montadas sobre caballetes. Cuando el señor Bradford llevaba algún tiempo insistiendo, se apartaron de las orquídeas y se sentaron en las sillas plegables colocadas en hileras.

Las luces del techo se apagaron y, de pronto, un foco iluminó la mesa del conferenciante.

El señor Bradford tras pronunciar unas palabras de salutación pasó a exponer el motivo de la reunión y a presentar a su distinguido invitado, *sir* Clive Stilton.

—*Sir* Clive nos mostrará ejemplares de sus orquídeas —dijo—, y discutirá la importancia de las plantas madre en la reproducción y para obtener buenos híbridos.

—¡Oh, cielos! —gimió Pete—. ¡Qué mal lo voy a pasar aguantando ese rollo para no dormirme!

La mujer que estaba en la fila de delante se volvió para sisearle.

Pete se escurrió en su silla y observó a un sujeto muy delgado de cara sonrosada que se aproximaba a la mesa frotándose sus huesudas manos y que dijo: «¡Pues bien!». Luego el sujeto guardó silencio unos instantes, sonriendo a los fanáticos de las orquídeas.

A renglón seguido, dijo:

—El señor Bradford me decía hace sólo unos minutos que se alegraba de que el conferenciante de hoy fuese un cultivador de regadío. El último que lo hizo fue un cultivador de secano. En realidad, no soy tampoco demasiado partidario del agua.

Pete empezó a reír en silencio.

Bob le propinó un codazo.

Jupe miraba al frente, haciendo esfuerzos por mantenerse impasible.

Detrás de los Tres Investigadores se oyó crujir una puerta. Jupe se volvió.

—¿Si alguien es tan amable de apagar la luz? —pidió el conferenciante.

El señor Bradford se brindó a hacerlo y en un instante la sala quedó a oscuras. Luego se oyó el zumbido de un proyector y en una pantalla apareció una fotografía del conferenciante en su invernadero. Estaba inclinado sobre una mesa llena de plantas.

—Ahora bien —prosiguió con su voz a oscuras—, ¿cómo escoger las mejores plantas madre para nuestras orquídeas? Pues las mismas flores son uno de los medios para saberlo al cultivarlas. ¿No es eso

lo más importante? —manifestó *sir* Clive.

Una de las puertas del pasillo exterior se abrió, y a contraluz se vio la silueta recortada de un hombre rechoncho que posiblemente aguardaba para acostumbrarse a la oscuridad.

El conferenciante hablaba en aquellos momentos de semillas y plantas que no crecían como debieran, y del tiempo que necesitaba un cultivador de orquídeas para conseguir buenos resultados.

La figura de la entrada avanzó en la penumbra y la puerta se cerró.

Jupe hizo una seña a Pete. Luego se levantó para dirigirse hacia la parte de atrás de la sala. Pete y Bob fueron tras él.

—Creo que el que acaba de entrar es Snabel —susurró Jupe—. Voy a llamar al señor Anderson.

Salió, procurando no abrir la puerta demasiado aprisa. Bob y Pete le siguieron y por un momento permanecieron silenciosos en el corredor, mirando si había algún teléfono.

Se oyó abrir una puerta por allí cerca.

No era la puerta que daba al corredor, sino la otra, la que estaba en el pasillo cerca de la alacena.

¿Era Snabel? ¿Habría abandonado la sala al reconocer a los Tres Investigadores? También su silueta debió recortarse contra la luz del pasillo.

Oyeron pasos en el corredor de la izquierda y un tintineo de loza. Luego un zumbido y el ascensor de servicio. En él vieron de espaldas a ellos a un hombre vestido de oscuro que sostenía una bandeja a la altura del hombro.

Era un camarero que llevaba la bandeja con un servicio de copas.

—¡Pero si lleva mocasines! —exclamó Bob.

El camarero se sobresaltó, y al volver ligeramente la cabeza le vieron la cara.

—¿Quiere estarse un momento quieto, señor Snabel? —le dijo Bob—. Me gustaría hacerle una foto.

Bob llevaba su cámara. Se había acostumbrado a llevarla siempre consigo. Disparó y se encendió el *flash*.

Snabel se abalanzó sobre Bob con un grito y la bandeja con las copas se estrelló contra el suelo.

En aquel momento se abrieron las puertas del ascensor de

servicio. Jupe y Pete empujaron a Snabel para que entrase en el ascensor. Jupe apretó el botón de paro para mantenerlo donde estaba, y Pete el rojo para que sonase la alarma. Se oyó un timbre muy potente.

—¡Policía! —gritaba Bob ante la puerta de la sala—. ¡Socorro! ¡Asesino!

La puerta de la sala se abrió justo en el momento en que Snabel corría hacia Bob dispuesto a estrangularle.

Bob tomó otra foto.

El señor Bradford salió al corredor con el rostro congestionado de furor.

—¡Basta de alboroto! —gritó.

Snabel se detuvo aturdido y cegado por el *flash*.

—¡Guardias! —chilló Bob—. ¡Que alguien llame a la policía!

El *flash* de Bob volvió a funcionar, esta vez en las mismas narices de Snabel.

El hombre retrocedió, llevándose las manos a los ojos por un instante. Luego retrocedió hasta el ascensor de servicio.

Jupe y Pete le aguardaban allí. Snabel fue hacia ellos, pisando los fragmentos de cristal esparcidos por la moqueta.



Luego vio la puerta al final del pasillo a pesar de los puntos que bailaban delante de sus ojos, y debió parecerle la salvación. Corrió hacia ella con los brazos extendidos.

—¡Cuidado! —gritó Pete, pero era demasiado tarde. Snabel abrió la puerta y desapareció en la oscuridad. La puerta se cerró sola.

La gente salía del salón asustada, excitada o simplemente por curiosidad. Los cultivadores de orquídeas se congregaron en el corredor, mirando hacia el final del pasillo.

El timbre de alarma del ascensor dejó de sonar.

Se hizo un silencia sepulcral y, en aquel silencio, todos oyeron el grito procedente de la puerta del final del pasillo.

—¡Socorro!

Era Snabel que comenzó a aporrear la puerta.

—¡Abran la puerta! ¡Socorro!

Con toda calma Jupe se volvió hacia el anfitrión.

—Señor Bradford, ¿puede indicarme dónde está el teléfono más próximo? Tengo que llamar urgentemente al FBI.

CAPÍTULO 19
EL SEÑOR SEBASTIÁN INVITA A COMER

El restaurante neoyorquino era increíblemente elegante. Las mesas estaban cubiertas por manteles blancos y las ventanas de cortinas de brocado. Había fragantes flores por todas partes. Las alfombras eran tan mullidas que amortiguaban cada pisada, y en vez de menú el maitre les sugirió verbalmente lo que los Tres Investigadores debían escoger. Les sirvió un camarero con frac azul y chaleco a rayas. El plato de mariscos había sido preparado con tal arte que no sabía a ninguno de los mariscos que los muchachos habían comido hasta entonces. Y además, en poca cantidad.

El anfitrión, su amigo Héctor Sebastián, de California, miró a su alrededor y sonrió pesaroso.

—Cuando era un detective privado no podía permitirme el lujo de comer aquí —dijo—. Ahora que me he convertido en un conocido escritor de novelas de misterio y obras de teatro puedo comer donde me venga en gana. Pero ¿por qué diantre quise venir a comer hoy aquí? Voy a necesitar un tentempié a media tarde.

El señor Sebastián tomó un sorbo de agua mineral y sonrió.

—De todas maneras es agradable tener dinero y que todo el mundo te conozca —afirmó con cierto aire de complacencia—. ¿Y qué hay de vuestro caso? Telefoneé a tu tía Matilda, Jupe, cuando la historia de Edgar Snabel apareció en los periódicos. Ella estaba asombrada. Me dijo que os suponía de vacaciones con tu abuelo, Pete. No era capaz de imaginar por qué perseguíais espías ni qué hacíais en una reunión de cultivadores de orquídeas.

Pete sonrió.

—Estamos de vacaciones —repuso—, pero también tenemos que

atender un caso que nos encargó mamá.

Entonces le contó cómo su madre les había encargado que cuidaran de su abuelo para que no se metiera en líos.

—Y lo hicimos… en cierto modo —concluyó Pete—. Y otras muchas cosas explosivas, también.

—Eso he oído —dijo el señor Sebastián—. Celebro encontrarme en Nueva York al mismo tiempo que vosotros. Vine a entregar mi nuevo libro a Bateman y Watts. Son los editores que publicaron mi última obra Factores depresivos. Mi agente dice que desean publicar éste. Se titula Silencio mortal.

—¿Es ese el título? —preguntó Jupe—. ¿Silencio mortal? Suena bien. ¿De qué trata?

—Tendréis un ejemplar en cuanto salga de la imprenta —replicó el escritor—. Ahora quiero que me habléis de vuestro caso. ¿Vais a escribirlo como de costumbre?

—He tomado mis notas —dijo Bob, que aprovechó para añadir —: Nos alegramos mucho cuando llamó esta mañana a nuestro hotel. Desearíamos saber si va a escribirnos una introducción.

—Puedes apostar lo que quieras a que sí. Dadme algunos detalles.

Los muchachos así lo hicieron, empezando por su primer encuentro con Snabel en Playa Pismo para finalizar con una jubilosa descripción de los sucesos en el Statler Royal.

—¡Magnífico! —exclamó el señor Sebastián—. Y muy profesional por vuestra parte al observar que un camarero de hotel no lleva mocasines. Pero hay una cosa que me sorprende. ¿Cómo no visteis el detector colocado en el depósito de gasolina cuando mirasteis debajo del coche en Santa Rosa? Suponía que lo habríais visto en seguida.

—En eso hice el tonto —confesó Júpiter—. Era medianoche y las pilas de nuestra linterna se habían agotado. Con todas las emociones que siguieron a continuación me olvidé de volver a comprobarlo. En aquellos momentos no prestábamos demasiada atención a las sospechas del señor Peck respecto a que Snabel era un espía, lo cual era cierto.

»Nunca lo sabremos todo sobre este caso. Era información confidencial, de modo que el FBI nos dijo muy poco. Pero supimos por el señor Anderson que Snabel fue despedido de su trabajo. Era

ingeniero electrónico de una compañía de material para aviones. Lo despidieron porque no se llevaba bien con ninguno de los otros técnicos que trabajaban con él. Tal vez se dedicó al espionaje porque consideraba que le habían tratado injustamente. Tomó las fotografías antes de dejar su empleo y sacó la cámara a escondidas.

»No tenía laboratorio propio para revelar sus fotografías y no quiso arriesgarse llevándolas a uno, por eso iba a entregar su cámara a Bartlett. Por entonces se cambiaron las cámaras. Y encima el señor Peck no cesaba de llamarle espía, y como Snabel tenía una conciencia culpable pensó que el señor Peck sabía más de la cuenta.

—¡Me encanta! —exclamó el escritor—. ¡El mismo Snabel se delató!

Pete asintió feliz.

—El abuelo ayudó mucho. Cuanto más lejos íbamos en nuestro viaje, más desesperado se ponía Snabel. Tenía que recuperar las películas a toda costa antes de que Bob se diera cuenta del cambiazo y acudiera a las autoridades. El «Lincoln» que nos seguía era de Bartlett, o por lo menos un coche que alquiló para poderse reunir con Snabel en Monterrey.

—¿Y qué ha sido de ese tal Bartlett? —preguntó Héctor Sebastián.

Los rostros de los Tres Investigadores se ensombrecieron.

—Parece que escapó —admitió Jupe—. El señor Anderson nos dijo que había sido visto en Viena al día siguiente del arresto de Snabel. Se escabulló de la red del FBI.

—No me sorprende. Sin duda era un espía experimentado —observó el señor Sebastián.

—De todas formas la cosa no es tan mala como parece —intervino Pete—. Quiero decir que ese tipo tiene que entregar esos carretes a alguien, y cuando vean que las fotos son un fraude, las va a pasar moradas.

Héctor Sebastián asintió.

—¿Y tu abuelo, Pete, vendió su invento?

Pete sonrió contento.

—Sí. Esta vez sí que se hará rico. Quiero decir que en dinero puede que no, pero su idea realmente funciona y es práctica.

—No pudimos encontrarlo en el automóvil porque no estaba allí. El abuelo lo envió por correo al Riverview Plaza donde nos

hospedamos al llegar a Nueva York, pidiéndoles que lo guardasen hasta nuestra llegada. Estuvo a salvo en el hotel todo el tiempo. Por eso no se ponía frenético cuando pensaba que Snabel trataba de robárselo, bien… sólo estaba furioso.

—Pero ¿en qué consiste su invento? —quiso saber Héctor Sebastián—. ¿Por qué tanto secreto?

—Porque es una especie de secreto militar —dijo Pete—. Bueno, no realmente militar, pero importante para nuestro programa espacial. Es una nueva clase de válvula que el abuelo inventó mientras trabajaba en un extintor para la parroquia. Tiene un sensor automático y es de menor tamaño que las válvulas que utilizamos actualmente, y más eficaz. Puede regular la temperatura y presión de un traje espacial para que no resulte tan abultado. Necesita menos aislamiento. De manera que los astronautas pueden moverse con mayor libertad en caso de abandonar sus naves.

—¡De modo que era cierto! —exclamó el señor Sebastián.

—Sí. Ahora el abuelo celebra numerosas reuniones con cierta firma que es una de las principales proveedoras de la NASA. Su abogado redacta los contratos. En realidad es una lástima que ande tan ocupado últimamente. Algunas veces le vuelve a uno loco con su temperamento, pero es divertido estar con él.

—Desde luego es una caja de sorpresas —dijo el señor Sebastián—. Se diría que tu abuelo y tú os habéis conocido en este viaje.

Pete sonrió, asintiendo.

—Y ahora muchachos —les dijo el escritor y amigo—, si el señor Peck os deja libres esta tarde, tengo algo que puede interesaros: entradas para una comedia de Broadway. ¡Situación peligrosa! Está llena de misterio e intriga.

—Me parece estupendo —dijo Júpiter.

Pete y Bob aplaudieron entusiasmados.

—Son para la primera sesión —dijo Héctor Sebastián—, de manera que será mejor que nos marchemos ya.

—Una cosa, señor Sebastián —pidió el Primer Investigador.

—Sí, Jupe.

—¿No podríamos comer algo por el camino?